



LITERATURA Y POLÍTICA: LA MUJER COMO ACTOR POLÍTICO Y SOCIAL EN
COLOMBIA

PRESENTADO POR:
SHIRLEY PATRICIA VERGARA SERRANO

ASESOR:
JULIO EDUARDO MESA ESCOBAR

TRABAJO DE GRADO PARA OBTENER EL TÍTULO COMO POLITÓLOGA

PROGRAMA DE CIENCIA POLÍTICA
FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS POLÍTICAS
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
MEDELLÍN

2016

“La novela como forma moderna apela a la sociedad cambiante y toma forma en un presente que no es ajeno, en un pasado que se conecta con el presente y posiblemente en un futuro que logra vislumbrar en medio de la incertidumbre e incompletion que genera la realidad (...). La novela enlaza una realidad que no logra desvincularse de los tiempos, ni de lo contemporáneo ni de lo humano, menos aún del componente erróneo que posee lo humano”.

Zulema Atehortúa Cano

“La literatura es una parte de la realidad, la parte de la realidad que mejor y más ampliamente explica el resto de la realidad”.

Carlos Barral

Agradecimientos

A mis padres, que con su amor y su inigualable apoyo me acompañaron fervorosa y respetuosamente en todo mi proceso académico.

A Hernán, por su entrega y disposición de leer mis avances, por escucharme y brindarme el ánimo y la fuerza necesaria para cada momento.

A mi asesor, por su dedicación e incommensurables enseñanzas, aportes y críticas que contribuyeron a la materialización de este trabajo de investigación.

Tabla de Contenido

<i>Agradecimientos</i>	3
<i>Introducción</i>	6
<i>Capítulo Uno: Planteamiento del problema</i>	8
1.1. Justificación	12
1.2. Objetivos	16
1.2.1. Objetivo general.....	16
1.2.2. Objetivos específicos.	16
1.3. Preguntas	17
1.3.1. Pregunta general.....	17
1.3.2. Preguntas específicas.....	17
1.4. Hipótesis	18
1.4.1. Primera Hipótesis.....	18
1.4.2. Segunda Hipótesis.....	18
<i>Capítulo Dos: Marco teórico</i>	19
2.1. Lo natural y lo biológico: como factor constituyente de la dominación	23
2.2. Lo público y lo privado: la ausencia y presencia de la mujer como actor político. ..	27
2.3. Imaginarios sociales: el imperialismo cultural como justificador de la violencia simbólica	32
2.4. Lo común y lo cotidiano: la realidad como materialización del <i>habitus</i>	36
2.5. Lo íntimo y lo subjetivo: como constituyentes de lo político	39
<i>Capítulo Tres: Metodología</i>	43
3.1. Herramientas Metodológicas	46

3.2. Graficación del problema	48
3.3. Matrices de Análisis	50
Capítulo Cuatro: Análisis Empírico de los Datos.....	58
4.1. La mujer, la política y la literatura en otras investigaciones	59
4.2. El ayer de la participación política de la mujer	63
4.3. La Mujer y su participación política Hoy.....	68
4.4. Caracterización del discurso literario en tres novelas colombianas: la mujer y su participación.....	74
4.4.1. “Mujeres de Fuego” de Alonso Salazar Jaramillo (1993).	75
4.4.2. “Lápiz de Guerra” de Javier Echeverri Restrepo (2000).	76
4.4.3. “Sin tetas no hay paraíso” de Gustavo Bolívar Moreno (2005).	78
4.5. La significación y participación política de la mujer en tres novelas colombianas. 79	
4.5.1. Lo natural y lo biológico: la mujer como objeto en la literatura.....	80
4.5.1.1. La mujer como objeto sexual.	80
4.5.1.2. La mujer como objeto de Violación.	90
4.5.2. Imaginarios Sociales: narrados y perpetuados en la literatura.....	96
4.5.2.1. La mujer enmarcada por estereotipos, disposiciones morales y sociales.	96
4.5.2.2. La mujer del hombre y para el hombre.	100
4.5.2.3. La construcción de un nuevo imaginario social.	102
Capítulo Cinco: A manera de Conclusión.....	109
Bibliografía	112
Anexos.....	118
Anexo 1: Entrevista a Pablo Montoya Campuzano	118
Anexo 2: Fichas de lectura de las novelas seleccionadas para el análisis.....	125
Anexo 2. 1: Ficha de lectura No. 1	125
Anexo 2. 2: Ficha de lectura No. 2	135
Anexo 2. 3: Ficha de lectura No. 3	143

Introducción

Gracias a la riqueza narrativa que se puede encontrar en las novelas, las ciencias sociales las han considerado como una fuente de información propicia y pertinente para el estudio en todos los ámbitos del mundo social “la experiencia literaria de la escritura y de la lectura, pudieran contribuir de modo determinante en la descripción y análisis fenomenológico de lo político” (Cansino, 2001, p.164). De manera que, la literatura se ha constituido en el medio de expresión de la vivencia de los escritores inmersos en una realidad social e histórica, puesto que a través de la escritura han plasmado su visión particular del mundo de los cuales han sido testigos directos o indirectos. Es por esto que la literatura cumple un papel importante en la sociedad, en tanto que refleja la realidad y permite hacer un viaje en el tiempo en donde cada época está representada por una concepción diferente del mundo.

En este sentido, se analizó sobre el universo de lo político en la literatura colombiana, especialmente, sobre el papel de la mujer como un actor político y social en nuestro país. Para este cometido me concentré en dos períodos, a saber, los años 80-90 y 2000 a la actualidad, todo en razón a que cada período representa un imaginario de mujer y en esa medida, se intentó dar una breve síntesis de la relación o disyunción entre la tradición y la modernidad en Colombia, desde la perspectiva de la condición social, política, económica y cultural de las mujeres en dichos momentos, es decir, del contexto socio-político de cada época, en tanto que de período a período se vivieron una serie de transformaciones que fueron dando y abriendo espacios de reconocimiento a un actor político que históricamente fue desdeñado.

En esta investigación se analizó y comprendió cómo la literatura -como expresión histórica de la sociedad- evidencia las manifestaciones de las mujeres, las conquistas que lograron y que abrieron caminos a otras más grandes; pero así mismo, evidencia muchas de las formas existentes de dominación, en este caso, discursivas, que recrean un imaginario que se reproduce en la sociedad. En otras palabras, este trabajo se centró en las contribuciones de la Arqueología del Saber, como método de análisis del discurso en relación con la vida social y política en el texto literario, en este caso, la novela.

En el primer capítulo encontrarán la formulación del problema de investigación, la introducción, las preguntas, objetivos e hipótesis que marcaron el rumbo de la misma; en un segundo momento se encuentran los referentes teóricos que buscan explicar y dar respuesta a lo propuesto en los objetivos; en el capítulo tres se enuncia la metodología, las estrategias y herramientas utilizadas para la materialización de esta investigación; en un cuarto momento, se presenta una aproximación a los trabajos realizados que abarcaron la relación que existe entre la mujer y la literatura en Colombia en el siglo XIX además, de presentar una contextualización de los períodos que aquí nos interesa y una caracterización y análisis de las novelas seleccionadas. Por último, se presentan las conclusiones, que son resultado del análisis y la contrastación de la teoría con nuestro objeto de estudio.

Este trabajo además de demostrar la importancia que tiene para la disciplina de las Ciencia Política, el estudio de fenómenos sociales a partir del análisis del discurso literario, buscó demostrar cómo en la literatura se recrean, narran y evidencian lenguajes de exclusión y androcentrismo que relegan y subordinan a la mujer colombiana y que efectivamente, dichos discursos son producto de unos imaginarios sociales que se han construido y mantenido en el tiempo pero que aún en contra de todo lo estipulado, las mujeres han luchado en pro de sus derechos, su libertad y condición plena como ciudadanas pertenecientes a esta sociedad.

Capítulo Uno: Planteamiento del problema

“Cuando alguien con la autoridad de un maestro, por ejemplo, describe el mundo y tú no estás en él, hay un momento de desequilibrio psíquico, como si te miraras en un espejo y no vieras nada”.

Adrienne Rich

Las palabras tienen la infinita facultad de romper el silencio. A través de ellas es posible revivir la imagen o el pensamiento, son creadoras y transformadoras de realidades. La literatura es entonces, el gran artífice de narraciones de mundos que existen ya sean reales o imaginados. En este sentido la construcción narrativa no ha sido un elemento aislado del contexto sociopolítico, cultural y económico del país, puesto que en el discurso literario es posible percibir cómo se construyen referentes de estímulo o crítica, a situaciones específicas del poder constituido.

La literatura expresa y representa los diferentes órdenes sociales en el mundo, todos ellos inscritos en el plano de la ficción, es decir, intenta ofrecer una visión verosímil de lo acaecido en una época determinada pero a partir de la creación de personajes e historias que surgen de la imaginación del escritor. Los textos literarios, para este caso, novelas, nutren las tramas de sus relatos con los hechos cotidianos, además, plasman las percepciones sobre los procesos sociales, económicos, culturales y políticos de un grupo social determinado. En otras palabras, la literatura crea una memoria del pasado intentando hacer comprensibles acontecimientos extintos en el tiempo.

En este sentido, el objetivo de este trabajo radicó en analizar y comprender la significación de la mujer como un actor político y social desde la literatura colombiana¹ y de esta forma, comprender, cómo a través de la literatura se refleja un imaginario social enmarcado y construido en sistemas y símbolos de significado, que configuran los roles en una sociedad. Así mismo, analizar el establecimiento de relaciones de dominación a partir de la construcción y significación social, que no sólo se concreta en las representaciones del cuerpo, también transforma los cuerpos y las mentes mediante una construcción práctica que impone la diferenciación como una especie de somatización de las relaciones sociales de dominación. Virginia Woolf señala que históricamente la mujer ha ocupado una posición de otredad frente al hombre, donde dicha otredad, se manifiesta en la incapacidad de acción de la mujer, en el sentido de que las actividades que se asocian con el género son funciones naturales. “Durante todos estos siglos, las mujeres han sido espejos dotados del mágico y delicioso poder de reflejar una silueta del hombre de tamaño doble del natural (...). Si ellas no fueran inferiores, ellos cesarían de agrandarse” (Woolf, 1980, p.54).

El discurso literario además de ser constructor y referente de la cultura de una sociedad, es fuente, denunciante, justificador y perpetuador de esquemas de dominación y subordinación socio-cultural cimentadas históricamente en la misma. Es decir, el discurso también responde a estas lógicas de exclusión, invisibilización y dominación que sientan las bases de esta sociedad y en esa medida, son tipificadores, naturalistas y totalizantes. Gabriela Castellanos Llanos en su texto, *¿"Lenguajes incluyentes" o lenguajes "políticamente correctos"?: Cómo construir equidad en el discurso*. Caracteriza las lesiones o problemas que produce el uso de un lenguaje excluyente, a saber, el insulto, la invisibilización y la inferiorización.

El primero y el más evidente de los argumentos aducidos por aquellos a quienes hemos llamado los activistas del lenguaje, es el de la necesidad moral de evitar insultar u ofender a alguien por razones de su identidad (...). En segundo lugar, el lenguaje puede ser empleado de múltiples maneras para impedirles a los interlocutores e interlocutoras participar en un intercambio lingüístico en un plano de igualdad. A este fenómeno podemos denominarlo inferiorización, y puede darse mediante el

¹ Para esta investigación, se trabajaron dos períodos de tiempo en Colombia, a saber, los años 80-90 y 2000 a la actualidad. Remítase al Capítulo Cuatro de este trabajo, en donde se desarrollan.

léxico, mediante el empleo de distintas estrategias discursivas (...). En tercer lugar, las y los proponentes del lenguaje incluyente reclaman el derecho de ser incluidos e incluidas, a que se elimine la invisibilización por medio del lenguaje. (Castellanos Llanos, 2009, p.57-58).

Este último problema, es tal vez una de las batallas lingüísticas más profundas y presentes en los debates sobre la inclusión y equidad discursiva. Es tan inveterada dicha invisibilización, que las mujeres no presentan cuestionamientos a una condición que tradicionalmente siempre ha existido y en ese sentido, aceptan y reconocen la sumisión que deben asumir frente a los hombres de su vida y por tanto, pedirle a ellos un lugar en su mundo porque por sí solas no son reconocidas. “La dominación masculina, como hecho social, tiene sus correlatos en las interacciones verbales y se ejerce de múltiples maneras, muy complejas pero finalmente eficaces” (Castellanos Llanos, 2009, p.58).

Si bien es cierto que la mujer ha sido víctima de un lenguaje excluyente, también lo ha sido de un lenguaje androcéntrico, lenguaje discriminatorio dirigido específicamente a mujeres, que más que invisibilizar, se ubica en una clara subordinación discursiva, en tanto que el lenguaje androcéntrico es un conjunto institucionalizado y legitimado de convenciones, que la ubican en una posición de otredad frente al hombre. No obstante, es necesario reconocer y entender que lo femenino no es un asunto propio de la mujer, también es una condición que se manifiesta en el hombre pero dicha manifestación se ve negada y entorpecida en este último, en tanto que lo femenino siempre se ha asumido como algo inferior, en razón a la antropología diferencial existente. En otras palabras, lo femenino y lo masculino se han asumido como esferas irreconciliables, a partir de las cuales se establecen las diferencias jerárquicas de género que nos escinde dentro de relaciones de dominio y subordinación a las que subyace el Poder.

El androcentrismo es una práctica tan común y generalizada que puede decirse va más allá del lenguaje. La primera persona en usar este concepto fue Charlotte Perkins Gilman, quien lo definió como la tendencia a ubicar el punto de vista masculino en el centro de nuestra visión cultural e histórica del mundo. (Castellanos Llanos, 2009, p.60)

De acuerdo a lo anterior, es necesario señalar que el lenguaje además del significado que tiene en términos lingüísticos está inmerso en una lógica social, es decir, corresponde a un contexto y prácticas sociales que le convierten en un discurso, en la medida en que explica y da

cuenta sobre un fenómeno o práctica social, otorgando sentido a la realidad misma de dicha sociedad. Dicho de otro modo, un discurso puede ser mitificador y a su vez, servir a unas lógicas de dominación y control.

Adviértase que, más allá de señalar y profundizar que en el discurso literario debe haber espacio a un lenguaje incluyente o equidad discursiva, un espacio representativo y reconocedor de aquellos grupos que padecen subordinación. Este trabajo pretende demostrar que a pesar de que han existido procesos en donde la mujer ha logrado conquistar escenarios diferentes al privado; la literatura, continúa subrayando y reflejando esa condición de minoría y subordinación, en tanto que está atravesada y basada en un constructo social androcéntrico que tal como lo describe Bourdieu (2000) es un proceso construido y sustentado en el tiempo, son esquemas que se han eternizado y se han somatizado naturalmente sin ningún problema, y que esa diferencia o contraposición a lo tradicionalmente instaurado, es una ruptura que requiere de tiempo. Ruptura por la cual también deba pasar el lenguaje, en tanto que a través de este es que se entretejen y se eternizan todos los valores, costumbres y prácticas sociales.

Parece difícil que logremos neutralizar las tendencias socioculturales a intentar controlar a las mujeres, ya que éstas probablemente se basan en gran parte en el temor de muchas personas a los cambios profundos que ha sufrido la situación de las mujeres en el último siglo; de allí la fuerza y el arraigo que adquieren los discursos y las prácticas que las hacen parecer peligrosas o que exigen de ellas renunciar a ciertos placeres inocuos so pena de causar daños irreparables a su prole. (Castellanos Llanos, 2009, p.61-62).

No obstante, el lenguaje es una construcción histórica de lo social y lo cultural y en esa medida, es posible deconstruirlo y reconstruirlo nuevamente, puesto que la cultura como el *ethos* de una sociedad responde a una condición de cambio y transformación en el tiempo. No son categorías inmóviles y permanentes, antes bien, son producto del devenir histórico de su pueblo. En este sentido, en este capítulo se expone la ruta que demarcó el desarrollo de esta investigación, a saber, la justificación teórica, planteamiento de los objetivos, preguntas de investigación e hipótesis.

1.1. Justificación

En la actualidad podríamos decir que en nuestra consciencia discursiva se han eliminado las barreras, los estereotipos o estigmatizaciones creadas en cuanto a temas de género, raza o religión. El mundo entero predica y proclama la igualdad de todos, el reconocimiento del otro, la superación de las diferencias. No obstante, en la conciencia práctica es evidente que aún se manifiestan actitudes de carácter despectivo y opresor frente a lo que se considera diferente y minoritario, en tanto que la opresión es un asunto estructural, es decir, una construcción que está inserta en las normas, hábitos y símbolos presupuestos que guían el actuar de los individuos. “La opresión designa las desventajas e injusticias que sufre alguna gente no porque un poder tiránico la coaccione, sino por las prácticas cotidianas de una bien intencionada sociedad liberal” (Young, 2000, p.74).

En este sentido, este trabajo de investigación correlaciona tres categorías, a saber, la mujer, la política y la literatura, en donde busca analizar el imaginario socialmente construido de la mujer como actor político y social en la literatura, entendiéndola como discurso social que narra y evidencia la condición de subordinación de ésta como grupo oprimido por la sociedad. Ahora bien, tal vez surja la pregunta de por qué la literatura como fuente de análisis político. La respuesta, alude precisamente al hecho de que si bien ambas son territorios diversos, no puede negarse la relación que existe entre ellas, dada la posibilidad que ofrece la literatura de evaluar la historia y lo político; y de analizar cuestiones discursivas y del lenguaje.

La literatura y el arte en general brindan una manera diferente de considerar y analizar la realidad social, puesto que más que basarse en teorías totalitarias y clasificatorias, ofrece prioridad al sentido común, éste entendido como el saber popular, como conocimiento intuitivo y relativo de la realidad que intenta explicar. Tal como lo expone el autor Michel Maffesoli en su texto *Elogio de la razón sensible* (1997) “hace falta saberse fiar de la sabiduría relativista. Ella sabe, gracias a un saber incorporado, que nada es absoluto, que no hay una verdad general sino que todas las verdades parciales, pueden entrar en relación con las otras” (p, 42). En este sentido,

a partir del sentido común, del conocimiento de lo sensible, de lo emocional y afectivo, existe una posibilidad de hacer reflexión. De manera que desde un compartir de saberes entre el arte, la acción y la academia, es posible analizar las problemáticas socio culturales y políticas de una comunidad y dentro de dicha reflexión, hay espacio para abordar asuntos que tal vez las ciencias sociales en su cientificidad ignoran, como lo efímero, lo inmediato, lo hermoso y lo lúdico. En resumen, se busca superar las barreras que la investigación social sostiene y encontrar en otras formas de conocimiento, en este caso, en la literatura, un acercamiento a la realidad social.

Desde la literatura, es posible analizar los comportamientos humanos y su inserción en la vida y la colectividad, el comportamiento político de los escritores, las incursiones literarias de los políticos, las relaciones entre escritores y políticos, cuestiones que contribuyen a configurar la obra literaria y la teoría y la praxis política. (Pérez Samper, 2003, p.231)

La relación existente entre literatura y sociedad, es una relación de dependencia que las une simultáneamente. Una relación que permite la creación de la literatura y a su vez, la recreación de la sociedad en esta. “La literatura expresa a la sociedad, al expresarla, la modifica, la contradice o la niega. Al describirla la inventa, al inventarla la revela” (Pérez Samper, 2003, p.233). Y en esa medida, es posible hablar de una articulación entre arte y política, en donde la literatura será una alternativa de conocimiento para la política.

Los modos de conocimientos que prevalecen en una sociedad obedecen, según Ranciére, al ordenamiento policial de los cuerpos, espacios y tiempo vigente. Por ello, será un envite político disputar dicho campo, proponiendo formas alternativas en torno a las que el arte tendrá mucho que decir. (Di Filippo, p.255)

En consonancia con lo anterior, el arte se constituye en un modo liberador de los oprimidos, es decir, es una posibilidad de praxis revolucionaria que permite comprender los mecanismos de la dominación social y posibilita la reivindicación de comunidades y pensamientos que han sido soterrados y juzgados. “Al arte le compete reedificar un espacio público dividido y restaurar competencias iguales para los seres parlantes” (Di Filippo, p.273). Así como el arte, tiene como función cuestionar la realidad y transformarla y hacer política de lo anónimo, cuenta todo aquello

que no ha sido contado; por su parte, la política, tiene como función darle voz a aquellos grupos que históricamente han sido acallados, reconocer al otro y dirimir los conflictos.

Para Ranciére, la política tiene que ver con la palabra, con el logos, y con su toma en cuenta, es decir, con las posibilidades de ser considerado en el espacio público-político como un animal lógico, dotado de la palabra, y no sólo de voz. (Di Filippo, p.269)

En este sentido y de acuerdo al objeto de este trabajo, conviene preguntarse por la relación que propongo de mujer y política partiendo de dos hechos importantes, el primero, considerar la política como una práctica colectiva que busca regular los conflictos existentes en una comunidad y que dichos conflictos, son precisamente producto de la existencia de diferencias sociales que se convierten a menudo, en desigualdades; el segundo, reconocer a las mujeres como grupo minoritario que históricamente ha sido dominado por una estructura que sustentada en una visión androcéntrica, hegemónica y dicotómica del mundo social ha justificado y legitimado la subordinación de la mujer, creando situaciones de desigualdad e inferioridad.

Dichas diferencias constituyen un imaginario social de la mujer, que determina y encasilla su rol en la sociedad de acuerdo a su condición natural y biológica, situándola en determinadas ocupaciones sociales y fijándole ciertas funciones; además de limitarla a la participación activa en la toma de decisiones, al acceso de recursos y beneficios económicos. “De relaciones asimétricas entre estos grupos, nacen tensiones constantemente que pueden requerir un tratamiento político” (Vallés, 2000, p.23). Por lo tanto, la política dentro sus alcances, tiene como función reconciliar y buscar un equilibrio entre los grupos, que permita preservar una cohesión social. En este sentido dicha condición de desigualdad y diferencia, puede evidenciarse en la literatura en tanto arte y de esta forma a través del discurso, se recrea y perpetúa un imaginario socialmente construido que condiciona y subordina a la mujer. Por ello, a través de la Arqueología del Saber se evidenció, cómo estructuras tradicionales a saber, la Familia, la Escuela y el Estado, establecen relaciones de poder que a lo largo de la historia se han introyectado en el colectivo y carecen de cuestionamientos, en tanto que se convierten en hechos naturalmente aceptables.

Con esto en mente, se hace necesario entender y reconocer la carga política que se encuentra en la literatura, al ser portavoz de una acción liberadora y a su vez opresora. En otras palabras, es transformadora porque favorece la evolución del pensamiento y el accionar social; no obstante, narra y recrea las condiciones de una sociedad circunscrita en una única visión de mundo. Si bien, la mujer como actor político y social ha logrado conquistar espacios y derechos que le habían sido negados, el discurso circulante en la sociedad carece de ese reconocimiento y de esta forma, el arte refleja un discurso de dominación y subordinación sobre la mujer. En esta lógica, la Ciencia Política tiene como reto servirse del arte para estudiar aquellos discursos producto de imaginarios socialmente contruidos; los cuales pueden transponerse a la realidad que nos compete y con ello, entender lo que está dicho entre líneas, eso que se dice sin ser nombrado pero que retumba en el quehacer cotidiano. La literatura, es un discurso vivo que permite comprender el pasado y entender el presente de una sociedad.

1.2. Objetivos

1.2.1. Objetivo general.

- Analizar el discurso sobre el imaginario de la mujer en Colombia, como un actor político y social a través de tres obras literarias, en dos períodos de tiempo, los años 80 – 90 y 2000 hasta la actualidad.

1.2.2. Objetivos específicos.

- Develar el imaginario de la mujer en Colombia, en dos períodos de tiempo, los años 80 – 90 y 2000 hasta la actualidad, en la literatura colombiana.
- Indagar sobre el papel político y social de la mujer en Colombia y su correlación con las novelas analizadas.
- Evidenciar la relación de dominación sobre la mujer, presente en tres novelas de la literatura colombiana.

1.3. Preguntas

1.3.1. Pregunta general.

- ¿Cuál es el imaginario político y social de la mujer en Colombia, en los años 80-90 y 2000 a la actualidad, construido en la literatura?

1.3.2. Preguntas específicas.

- ¿Qué es ser mujer según la literatura colombiana, en los años 80-90 y 2000 a la actualidad?
- ¿Cómo se significa la mujer en la literatura como sujeto literario-actuante?
- ¿Desde la literatura, cómo se refleja la relación de dominación sobre la mujer?

1.4. Hipótesis

1.4.1. Primera Hipótesis.

Si bien en la literatura colombiana existe una presencia de la mujer, en esta, se reflejan unos imaginarios socialmente contruidos en el tiempo que justifican y legitiman posiciones, espacios y roles; sustentados en una visión dicotómica, excluyente, androcéntrica y jerarquizadora del mundo que separa y clasifica tanto a hombres como mujeres.

1.4.2. Segunda Hipótesis.

La mujer narrada y reflejada en la literatura colombiana, es una mujer soterrada y relegada a los asuntos del *oikos*; además de ser una mujer supeditada a la voluntad del hombre y de la sociedad, en donde su condición como sujeto político y social es desdeñada. En este sentido, su voz es acallada y su presencia es opacada en la esfera pública.

Capítulo Dos: Marco teórico

Atendiendo a la necesidad de sustentar y comprender el objeto de estudio de esta investigación, se revisó parte de la profusa bibliografía relacionada directa o paralelamente al desarrollo de la misma. Una de las principales bases teóricas, se encuentra en lo que sustenta Max Weber en su texto *Economía y Sociedad*, en el cual, hace una clara diferencia entre lo que es el poder y la dominación, siendo la primera, la autoridad ejercida sobre otro por encima de cualquier resistencia ante esta; y la segunda, posee cierto grado de aceptabilidad ante un mandato dado, es decir, que a partir de actitudes normalizadas existe la probabilidad de que dicho mandato sea obedecido. “En el caso concreto esta dominación ("autoridad"), en el sentido indicado, puede descansar en los más diversos motivos de sumisión: desde la habituación inconsciente hasta lo que son consideraciones puramente racionales con arreglo a fines” (Weber, 2002, p.170).

En este sentido, el autor señala que la dominación está respaldada en varios fundamentos que le legitiman y dicha legitimidad, está sustentada en un cuadro administrativo, que no es otra cosa que la probabilidad que permite confiar que se cumplirán los mandatos, en tanto, se espera como contraparte la obediencia de alguien; en otras palabras, el cuadro administrativo, corresponde al modo de garantizar en la sociedad la legitimidad de dicha dominación; por tanto, este puede darse por diferentes razones, ya sea porque es una costumbre, por afectividad o ideales o una cuestión meramente material. Y en esa medida, dependiendo de la razón o la naturaleza de dicho cuadro, es posible determinar el tipo de dominación existente. Pero independientemente del tipo de dominación y la manera en que esta se manifieste, todas procuran legitimar su autoridad.

De acuerdo a lo anterior, existen tres tipos de dominación legítima. El fundamento primario de su legitimidad puede ser de carácter racional, que se basa en la legalidad de las órdenes establecidas; de carácter tradicional, que hace referencia a las tradiciones constituidas en lo cotidiano; y por último, de carácter carismático, que recae en el ejemplo y carisma de una persona y por ende, el seguimiento y obediencia a sus mandatos. “Desde el punto de vista de su

motivación concreta, un mandato puede ser cumplido por convencimiento de su rectitud, por sentimiento del deber, por temor, por mera costumbre o por conveniencia, sin que tal diferencia tenga necesariamente un significado sociológico” (Weber, 2002, p.699).

Ahora bien, para el cometido de este trabajo nos centramos particularmente en la autoridad tradicional, en tanto que a partir de dichos legados históricamente construidos, se crean imaginarios sociales que permiten la perpetuación y configuración de condiciones de dominación, que no sólo se instituyen o se configuran en el seno del hogar, sino que se consolidan y repercuten en otros escenarios de la sociedad. Los mandatos de esta autoridad no sufren de cuestionamientos, puesto que en su carácter tradicional está implícita su legitimidad y validez. Los tipos originarios de la dominación tradicional son la gerontocracia y el patriarcalismo, el primero, hace referencia precisamente a ese poder instituido en las personas mayores de una sociedad, que conocen la sagrada tradición; el segundo, a ese entorno familiar en donde una figura, en este caso, la paterna, es la encargada de determinar las reglas y de continuar con el legado. Es este último, el tipo más puro de la dominación tradicional, dado que desde la casa se configuran y se imparten los valores y tradiciones que reproducen esas relaciones tradicionales de dominio. Entendiendo la casa como un lugar común, un espacio organizado de la sociedad cargado de sentidos y oposiciones. “Los lugares comunes como las casas, son espacios organizados cargados de sentidos, son microcosmos. Constituidos por lo físico, resultado de acciones y construcciones culturales; movimientos, actividades, rituales, sentimientos y valores” (Velasco Maillo, 2007, p.110-111).

En esa misma línea y continuando con el legado de este autor, Pierre Bourdieu, señala que en todas las esferas existentes de la sociedad pervive la dominación, siendo un producto consolidando en el tiempo, que se ha construido a través de instituciones tradicionales como la Familia, la Escuela, la Iglesia y el Estado y por tanto, no requiere de justificación. Es decir, se produce un reconocimiento y por ende aceptación por parte de la sociedad, que no cuestiona, antes bien, justifica y legitima dichos tipos de dominación que hacen parte del constructo social. “Todas las esferas de la acción comunitaria están sin excepción profundamente influidas por las formas de dominación. Esta y la forma en que se ejerce es en muchísimos casos lo único que

permite convertir una acción comunitaria amorfa en una asociación racional” (Weber, 2002, p.695).

Ahora bien, dichas instituciones a partir de un proceso de socialización, entendiéndolo, como las formas de comunicación organizadas que permiten institucionalizar procesos sociales; es decir, a partir de la generación y estructuración de unas prácticas sociales específicas desarrolladas rutinariamente por unos agentes sociales, se configura un imaginario social compartido en un espacio y tiempo determinado. “Las formas de sociabilidad se enmarcan en el concepto de estructura, ya que permiten las condiciones que gobiernan la continuidad y cambios de las estructuras y en consecuencia la producción y reproducción de sistemas sociales” (Giddens, 1995, p.40). En otras palabras, la sociabilidad es un proceso que implica rutinas y aprendizajes, que si bien pueden generar concordancias, también pueden generar rechazo y exclusión al interior de la sociedad. Y en ese proceso de rutinización de costumbres y prácticas sociales, se construyen esos imaginarios sociales que configuran y determinan la cultura y se establecen en las sociedades. Los imaginarios sociales, son entonces disposiciones estructuradas que constituyen y determinan los comportamientos, prácticas, pensamientos y el cuerpo de los sujetos.

La sociabilidad está íntimamente vinculada al *ethos* de clase, el cual, es un factor articulador de unas estructuras constituidas e integrantes de las prácticas de los individuos en una sociedad; es decir, corresponde al *habitus* de una sociedad. Tal como lo señala Ritzer citando a Bourdieu, el *habitus* circunscribe las estructuras mentales mediante las cuales, *los* sujetos ven, valoran y viven el mundo. “Las personas están dotadas de una serie de esquemas internalizados por medio de los que perciben, comprenden, aprecian y evalúan el mundo social. Mediante estos esquemas las personas producen sus prácticas y las perciben y evalúan” (Ritzer, 1997, p.510). De esta forma, la sociabilidad es parte de un *habitus*, es decir, corresponde a una de las muchas formas en que este se manifiesta. El *habitus* produce el mundo social, pero a su vez, es producido por este; en otras palabras, es una construcción colectiva históricamente, pero que al mismo tiempo, reproduce constantemente esquemas y prácticas, producto de dicha construcción. “Por un lado, el *habitus* es una «estructura estructuradora», es decir, una estructura que estructura el mundo social. Por otro, es una «estructura estructurada», es decir, una estructura estructurada por el mundo social” (Ritzer, 1997).

De acuerdo a lo anterior, el autor afirma que sobre este constructo social, se han forjado unas estructuras y *habitus* que han instituido un grupo dominante que impera sobre otros; dicho grupo dominado a partir de la naturalización y no cuestionamiento de los mandatos, alimentan y otorgan la condición de dominación que los oprime. A su vez, el grupo dominante crea estrategias a través de la socialización, que le permiten conservar su posición dirigente en la sociedad. Es decir, a través de los mismos procesos de socialización, buscan generar una acostumbrada obediencia que perpetúe los ejercicios imperativos y coactivos, en donde los sujetos dominados, participen constantemente en esa lógica de dominación. Bourdieu, en su texto *La dominación masculina*, evidencia la significación de la mujer existente en la sociedad. Dicha significación está enmarcada por relaciones de poder, las cuales, están atravesadas por unas lógicas de dominación que han sido construidas históricamente y que hacen parte del constructo social y cultural, todo en razón, a que existen mecanismos sociales que han trabajado en la eternización de las estructuras de la división sexual y de los principios de división correspondientes. “Lo que en la historia aparece como eterno, sólo es el producto de un trabajo de eternización que incumbe a unas instituciones (interconectadas) tales como la Familia, la Iglesia, el Estado, la Escuela” (Bourdieu, 2000, p.8).

Acerca de este proceso de eternización, Bourdieu, lo explica con la *Paradoja de la Doxa*, que hace referencia particularmente al orden del mundo con sus sentidos y trasgresiones; al conocimiento que tenemos de la vida en comunidad, de la creencia razonable y aceptable de la realidad. Creencias o discursos culturales, que se asimilan y no se cuestionan en tanto son aceptables y hasta se asumen como naturales. Es decir, son aquellos supuestos que constituyen el sentido común, que se hacen *habitus*. Todo esto, en tanto que el *habitus* reposa físicamente en el cuerpo, y éste además de aceptar y reconocer todas las disposiciones que determinan las instituciones tradicionalmente dominantes, las interioriza, es decir, incorpora cada una de las creencias eternizadas y aceptadas socialmente. “Al realizar las prácticas no se están representando ni se trata de una simple imitación. El proceso de adquisición es una mimesis e implica una relación de identificación” (Velasco Maillo, 2007, p.23).

Para dar una mayor claridad y sustentar teóricamente lo que en este trabajo se planteó, fue necesario dividir este apartado en una estructura categorial que permitiera entender la relación de

interdependencia que existe entre ellas, a saber, lo natural y lo biológico; lo público y lo privado; imaginarios sociales; lo común y lo cotidiano; y en un último momento; lo íntimo y lo subjetivo. En su conjunto, estas categorías constituyen la columna vertebral de este trabajo investigativo.

2.1. Lo natural y lo biológico: como factor constituyente de la dominación

La condición de naturalidad de la dominación masculina, se debe en buena medida a la diferenciación biológica que parte de la “inferioridad” de la mujer, en tanto que su cuerpo y la “voluntad” de la naturaleza lo han determinado así. En esa misma lógica, la modernidad se ha encargado de crear la diferenciación de género. De manera que, por un lado, se encuentra el sexo como una distinción desde lo biológico, entendiendo lo biológico como un asunto inevitable y determinado por la naturaleza; y el género, como una construcción cultural que a partir de los discursos y prácticas se moldea y se configura una idea de mujer en la sociedad.

Un prolongado trabajo colectivo de socialización de lo biológico y de la biologización de lo social se conjugaron para invertir la relación entre las causas y los efectos y hacer aparecer una construcción social naturalizada como el fundamento natural de la división arbitraria que está al principio tanto de la realidad como de la representación. (Bourdieu, 2000, p.13-14).

La división sexual se ha legitimado en el tiempo a través de concepciones de mundo en pro de justificar la dominación masculina. Concepciones que definen y posicionan lugares, ocupaciones, capacidades y funciones determinadas que limitan y restringen las posibilidades de decisión e incidencia en el entorno y el desarrollo personal de la mujer. “Nociones que se basan en una visión androcéntrica del mundo que subvalora la mujer, la naturaleza, y lo incivilizado, dando lugar a la creación de dicotomías binarias excluyentes, como el yo/otro, público/privado, racional/irracional, objetivo y subjetivo” (Arreaza & Tickner, 2002, p.16). En otras palabras, antes que ser una división natural, se instaura una división sexual arbitraria de las actividades y de todos los ámbitos de las esferas de la sociedad en correspondencia al género, por medio de dichas oposiciones homólogas. Por lo anterior, puede afirmarse que se han establecido relaciones de dominación basadas en jerarquías de género, clase, raza y etnicidad, las cuales invisibilizaron a ciertos grupos sociales al tiempo que privilegiaron a otros.

El género se entiende como una forma de desigualdad socialmente construida entre hombres y mujeres, que crea identidades subjetivas a través de las cuales el mundo es interpretado. El género constituye la forma discursivamente cultural a través de la cual se produce una naturaleza sexuada o un sexo natural previo a la cultura. (Arreaza & Tickner, 2002, p.18).

Dicha división socialmente construida de los sexos, constituye el cuerpo de la mujer como un objeto meramente sexual que tiene como función reproducir, en tanto que el cuerpo debe acondicionarse a su labor, a las necesidades y exigencias que le demarca la sociedad. Todo esto, en razón a que el cuerpo y los órganos sexuales de los hombres y de las mujeres, son producto de una construcción social arbitraria de lo biológico, que abarca todos los aspectos de la vida cotidiana de los sujetos; de manera que, la mujer ha ocupado una posición de otredad frente al hombre, donde dicha otredad, se manifiesta en la incapacidad de acción de la mujer, en el sentido de que las actividades que se asocian con el género, son funciones naturales. “Las diferencias naturales no se convierten en desigualdades culturales más que después de la decisión siempre masculina de explotar lo diverso para jerarquizar, ordenar y estructurar una visión del mundo en la que los machos se reservan el mejor papel” (Onfray, 2008, p.158).

En este sentido, es posible afirmar que existe una relación de dependencia entre la cultura y la naturaleza. Tal como lo expresa Zygmunt Bauman en su texto *Pensando Sociológicamente*, en donde la cultura organiza, evalúa y ordena la ley natural, es decir, “a la cultura le toca suplantar el orden de la naturaleza, (es decir, el estado de las cosas tal como las cosas son sin interferencia humana) con un orden artificial, diseñado” (Bauman, 2007, p.150). La cultura como sistema de signos para mantener un orden social artificial, requiere de distinciones que le permitan crear una estructura que oriente las prácticas sociales y que por supuesto, implica por un lado, reconocimiento o aceptación, y por el otro, discriminación. De manera que el cuerpo social condiciona, determina, limita e impone al cuerpo físico. “La experiencia física del cuerpo, modificada por las categorías sociales a través de las cuales lo conocemos, mantiene una determinada visión de la sociedad. Existe un intercambio entre los dos tipos de experiencia de modo que cada uno refuerza las categorías del otro. Como resultado de esta interacción el cuerpo expresa la presión social” (Velasco Maillo, 2007, p.18). Y en este caso, el cuerpo de la mujer es

representado y concebido como un cuerpo frágil, frío, un cuerpo para otros, un cuerpo como objeto, como propiedad, un cuerpo enajenado, un cuerpo para exhibir o destinado al ostracismo como símbolo de dignidad, pureza y honor. El cuerpo es y se convierte en un portador de simbolismo, de significación y expresión que responde a unas lógicas de dominación, de utilitarismo y manipulación en razón de satisfacer los deseos y necesidades de los hombres; es decir, se convierte en objetivo materializable de la dominación masculina. Tanto la mujer como el cuerpo de ella misma, son vistos y asumidos a partir de objetivaciones y concepciones de una visión androcéntrica que la ubican como objeto de venta, de intercambio, de deseo u objeto sexual y en esa medida no se le reconoce como sujeto y se le niega su propia identidad.

Ahora bien, dichas distinciones se demarcan en dos sentidos, el primero, hace referencia a la forma del mundo y el contexto en que las mencionadas actividades se desarrollan, el segundo, hace referencia precisamente al comportamiento o la actividad como tal que responde articuladamente a situaciones particulares. Este código cultural compuesto por un conjunto de signos, los cuales son aceptados y comprendidos por los individuos, en tanto que la ausencia o presencia de un signo es precisamente lo que confiere la significancia del mismo; y en esa medida, permiten que el orden social y sexual construido, prescindan de cualquier justificación en tanto que está soportado en todo un sistema simbólico que le ratifica y no requiere de discursos que le legitimen.

Las prácticas de tratamiento y ubicación claramente discriminadas de hombres y mujeres, inscriptas desde una edad temprana, quedan plenamente establecidas y seguras una vez que se acepta fuera de toda cuestión que la relación entre los sexos está de alguna manera predeterminada. Producidas culturalmente, las diferencias sociales entre hombres y mujeres se vuelven así tan naturales como las diferencias biológicas entre los órganos sexuales masculinos y femeninos y sus funciones reproductoras. (Bauman, 2007, p.157).

Es tan profunda la aceptación y la somatización de dicha dominación que los sujetos le reconocen, en tanto que las identidades construidas y distintivas que configura el arbitrio cultural, se instituyen como principio de división dominante y en esa medida, se percibe y se valora el mundo de acuerdo a dicho principio. Se deduce entonces, que los actos de conocimiento son también, actos de reconocimiento práctico, de sumisión que crea y perpetúa la violencia simbólica

de la cual el sujeto es víctima. Reconociendo que la violencia simbólica se encuentra en todos los ámbitos, espacios y prácticas sociales, que permiten que se reproduzca de manera invisible y silenciosa a través de todas las estructuras sociales tradicionales de la sociedad, a partir de la enseñanza y herencia cultural. En esa medida no es sólo un asunto pedagógico, sino también religioso, lingüístico, familiar, científico, ético, político, cultural y estético.

La noción de violencia simbólica invita a pensar en la violencia como concepto, junto a la idea de lo simbólico como un espacio en el que necesariamente los agentes sociales se encuentran en una relación de percepción y reconocimiento. Esta dimensión simbólica es posible en la medida en que el mundo de lo social, funciona a través del lenguaje y signos que la definen y la configuran.

Siempre he visto en la dominación masculina, y en la manera como se ha impuesto y soportado, el mejor ejemplo de aquella sumisión paradójica, consecuencia de lo que llamo la violencia simbólica, violencia amortiguada, insensible e invisible para sus propias víctimas, que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y el conocimiento, del reconocimiento o, en último término, del sentimiento. (Bourdieu, 2000, p.11-12).

De este modo, la violencia simbólica se instituye a través de la anuencia que el dominado otorga al dominador, y es precisamente a partir de esas creencias socialmente inculcadas y las expectativas colectivas, que dicha relación de dominación y sumisión se convierte en algo natural, transformándolas a su vez en relaciones afectivas y de carisma. Es decir, a partir de la asimilación de clasificaciones y esquemas, el dominado además de percibir al dominador, se percibe a sí mismo, de modo que se percibe a partir de esquemas de los cuales es producto. La violencia simbólica coexiste sin ninguna contradicción con otros tipos de violencia, ya sea económica, física, sexual o psicológica presentes en las instituciones, prácticas y relaciones sociales existentes.

Esta construcción práctica, lejos de ser un acto intelectual consciente, libre y deliberado de un sujeto aislado, es en sí mismo, el efecto de un poder, inscrito de manera duradera en el cuerpo de los dominados, bajo la forma de esquemas de percepción y de inclinaciones que hacen sensibles a algunas manifestaciones del poder. (Bourdieu, 2000, p.56-57).

En este sentido, dicha ley social se convierte en una ley incorporada. Una ley que entre sus límites y alcances conlleva a que los dominados adopten emociones corporales o de pasiones y de sentimiento, puesto que desde la construcción de imaginarios sociales a través del discurso y las prácticas se somatizan los cuerpos y las mentes, legitimando dichas condiciones de dominación.

2.2. Lo público y lo privado: la ausencia y presencia de la mujer como actor político

La construcción social se hace manifiesta en gran medida al observar cómo permea diferentes ámbitos de la vida social, mostrando otras maneras para moldear el espacio social. En otras palabras, toda esta construcción naturalizada y significación social, han afectado y abarcado todos los espacios y aspectos de la vida tanto de las mujeres como de los hombres. Y es que dicho orden sexual, permanece sustentando en el conjunto de oposiciones que organizan y determinan todo lo que conocemos. De forma que esas oposiciones (alto/bajo, delante/detrás, arriba/abajo, seco/húmedo, público/privado) cargadas de connotaciones y correspondencias, “sirven de soporte a unas estructuras cognitivas, unas taxonomías prácticas, a menudo registradas en unos sistemas de adjetivos, que permiten producir unas valoraciones éticas, estéticas y cognitivas” (Bourdieu, 2000, p.129); además, de establecer fronteras y espacios que determinan las posiciones y funciones en estos; es decir, se delimitan los espacios en los que es posible la actuación o permanencia del individuo.

La dicotomización genérica del mundo moderno, se encuentra en la tradicional remisión de la mujer a la esfera de lo privado, mientras lo público es propio del ámbito masculino; dicha división, es producto de la actividad humana basada en categorías de género, la cual enmascara las relaciones de interdependencia que necesariamente existen entre ambas esferas y que refuerza la opresión de la mujer y otros grupos subordinados en estos espacios. En este sentido, Michel Onfray en su texto *Teoría del cuerpo enamorado*, plantea una metáfora de las abejas gregarias en relación a la estructura de la sociedad y la posición y función natural y tradicional de la mujer en esta.

En la colmena, la reina triunfa; en la casa la mujer también. Pero en ninguna otra parte. La delimitación de las prerrogativas de una y de otra determina una geografía de los posibles y establece barreras, límites, fronteras. La dialéctica que anima a los textos que legislan sobre la cuestión de la relación entre los sexos se articula la mayor parte del tiempo sobre una posición radical entre lo interior y lo exterior. Se le reconoce a la mujer plenos poderes bajo techo, en la casa –con tal que actúe en el sentido del bien de la comunidad, y no para el suyo propio-, pero ninguno fuera de ella. (Onfray, 2008, p.156).

Las instituciones tradicionales como el Estado, la Escuela, la Fábrica, la Iglesia y la Familia, han sometido a las mujeres a las responsabilidades y quehaceres domésticos. De esta forma, se les ha reservado la tarea de producir futuros ciudadanos y restringido su papel como constructoras de la sociedad, es decir, forman ciudadanos más no son consideradas como tal. Al igual que la abeja, tienen funciones delimitadas y específicas según su condición, es decir, también tienen un inventario de tareas que las condicionan. Por una parte, la actividad, el mando, la dirección, la iniciativa, la decisión, el principio masculino dispone del imperio sobre el afuera; por otra parte, la pasividad, la sumisión, la obediencia, la docilidad, la subordinación, el principio femenino limitándose a los poderes del adentro (Onfray, 2008, p.158).

En este sentido, existe la dominación y subordinación de la mujer desde la separación de la esfera pública/privada, perteneciendo la mujer a esta última, en tanto su “incapacidad” de asumir su rol como sujeto político. Hannah Arendt con su obra *La Condición Humana*, señala una tipología de las actividades propias de la condición humana, siendo estas, la labor, el trabajo y la acción. La primera, corresponde al proceso biológico del cuerpo humano, donde su condición humana es la misma vida. El Trabajo, es precisamente la forma en que el hombre sobrelleva su vida y a través de éste crea instrumentos que le permiten su desenvolvimiento en ella, es la condición humana de la mundanidad. Por último, se encuentra la acción, que es la condición de toda la vida política que remite al espacio de la libertad del ciudadano, de la pluralidad. “La condición humana abarca más que las condiciones bajo las que se ha dado la vida al hombre. Los hombres son seres condicionados, ya que todas las cosas con las que entran en contacto se convierten de inmediato en una condición de su existencia” (Arendt, 2003, p.23).

Ahora bien, cada actividad está situada dentro de un espacio de interacción, así pues, la labor y el trabajo por igual, son propias del *oikos*, la esfera privada; a la que aquellos que están recluidos pertenecen como cosas, no como humanos, a la que hacen parte principalmente los esclavos y las mujeres. Por el contrario, la acción es propia del *ágora*, la esfera pública, un espacio emancipado donde su principio regente es la igualdad. Y es precisamente en esta acción que se puede hablar de *vita activa*, la cual significa una vida completamente dedicada a los asuntos políticos y públicos, a los asuntos de la polis. La *vita activa* está siempre enraizada en un mundo de hombres y de cosas realizadas por estos. La política es primordialmente acción ciudadana, que pertenece al ámbito de lo público, de la comunión con los demás ciudadanos. “La capacidad del hombre para la organización política no es sólo diferente, sino que se halla en directa oposición a la asociación natural cuyo centro es el hogar (*oikos*) y la familia” (Arendt, 2003, p.39).

Existe una clara línea divisoria que distingue entre la esfera privada y pública de la vida, que corresponden al campo familiar y político, respectivamente. Mientras que la **primera**, hace referencia a ese espacio para sobrevivir y superar las necesidades y exigencias de la vida, en donde la necesidad es “un fenómeno pre político, característico de la organización doméstica privada, y que la fuerza y la violencia se justifican en esta esfera porque son los únicos medios para dominar la necesidad y llegar a ser libre” (Arendt, 2003, p.43-44). **La segunda**, por el contrario, es un espacio de y para la libertad que se da y se comparte entre iguales y vincula a todo aquello que afecta el conjunto de la comunidad. Así mismo, es una esfera que permite el libre desarrollo y autonomía de los individuos como sujetos políticos.

Ahora bien, el cuerpo también se encuentra vinculado al espacio y al entorno, puesto que dada sus condiciones naturales se adecua a las necesidades y espacios sociales. Lo público y lo privado, no sólo son espacios enmarcados en reglas que dirigen el comportamiento tanto de hombres y mujeres, sino que son espacios cargados de significados de masculinidad y feminidad. “Las orientaciones de lo público y lo privado, igual que las del género, se arraigan en lo que los antropólogos llaman *habitus*: las convenciones por las cuales experimentamos, como si fuera natural, nuestros propios cuerpos y movimientos en el espacio del mundo” (Warner, 2012, p.20). El énfasis en la importancia del cuerpo y de las prácticas que tienen que ver con él, explican los

mecanismos y la reproducción de dominación. Es así como Young, junto con la tradición feminista, señalan que las mujeres están sujetas o condicionadas a sus cuerpos, a diferencia de los hombres quienes pueden existir y definirse como sujetos desprendidos de esa categoría de corporalidad. De esta manera, el cuerpo de la mujer siempre ha estado confinado al hogar y destinado a la reproducción y al placer sexual del hombre.

De acuerdo a lo anterior, existe una correlación entre el espacio y las prácticas propias de la dinámica social, las cuales son producto de una estructura tradicional patriarcal que es y pretende ser dominante, que permite explicar que el espacio existente y constituido y a su vez transformado por dichas lógicas sociales, “se ofrece al conjunto de los hombres que en él actúan como un conjunto de potencialidades de valor desigual, cuyo uso tiene que ser disputado a cada instante, en función de la fuerza de cada uno” (Santos, 1997, p.270). En este sentido, existe una relación recíproca entre los procesos de transformación social y los individuos frente al espacio que determina su posición, y por ende, su acción y función en este. “El territorio compartido importe la interdependencia como praxis, y esa -base de operación- de la comunidad como dice Parsons, constituye una mediación inevitable para el ejercicio de los papeles específicos de cada uno” (Santos, 1997, p.272).

El espacio, ya sea público o privado, corresponden a la escena misma del yo, de la experiencia del género y la sexualidad. El espacio, también tiene implicaciones directas con el lenguaje, de manera que la feminidad es un lenguaje de sentimiento privado. “La adquisición del lenguaje es una educación en la que se aprenden los géneros del habla pública y privada y sus diferentes contextos sociales, que suelen ser contextos de género” (Warner, 2012, p.22). Al llegar a este punto, lo público y lo privado hacen parte de esos intentos de transformar la concepción adquirida y construida de género, concepción, que ha ocultado de lo público asuntos privados e íntimos que constituyen toda una estructura dominante en el día a día de la vida cotidiana.

Los movimientos feministas han transgredido las fronteras de lo privado, poniéndose de manifiesto en el ámbito público; aseverando que la caracterización por género de lo público y lo privado han contribuido a explicar y legitimar transculturalmente la subordinación de las mujeres. En este sentido, dicha transposición de lo íntimo a la mirada pública, implica una politización de lo privado. Politización, que permite contravenir la dominación masculina

constituida. En palabras de Catharine MacKinnon, citadas en el texto de Michael Warner, *Público, Públicos y Contrapúblicos*:

Para las mujeres la medida de la intimidad ha sido la medida de la opresión. Por eso el feminismo tuvo que hacer explotar lo privado. Por eso el feminismo ha visto lo personal como lo político. Lo privado es lo público para aquellos quienes lo personal es lo político. (Warner, 2012, p.32)

Dicha dicotomía entre lo público y lo privado, se constituye en una lucha política de las mujeres en busca de una participación como iguales en la vida social, así, como de la vinculación y participación de los hombres en las labores domésticas. En este sentido, buscan transformar la identidad y las relaciones sociales; además, de transformar el *habitus* por el cual las personas se siguen entendiendo y actuando según sus cuerpos como pertenecientes a un espacio, ya sea público o privado.

Sería más bien una transformación de los papeles de género, para los hombres y las mujeres, lo que llevaría a un mundo en el cual las diferencias entre hombres y mujeres se desacoplarían sistemáticamente de las divisiones entre el hogar y lo público, la vida individual y la colectiva, lo personal y lo político. (Warner, 2012, p.32).

De manera que las mujeres a partir de sus luchas y de su reconocimiento como sujetos dominados por una estructura social, se han convertido en contrapúblicos, entendiéndoles, como aquellos públicos que se definen por su tensión con un público más grande. “Un contrapúblico mantiene en cierto nivel, consciente o no, una comprensión de su estatus subordinado” (Warner, 2012, p.62). Por lo tanto, los contrapúblicos feministas, están reconociendo nuevas formas de cómo la privacidad se construye social y públicamente.

2.3. Imaginarios sociales: el imperialismo cultural como justificador de la violencia simbólica

Para que dichas luchas logren a cabalidad sus propósitos, es necesario que la sociedad reconozca que históricamente ha existido una situación de dominación y opresión sobre las mujeres y, que es necesario transformar la idea de mundo existente en la sociedad. Para ello, la justicia antes que centrarse en el tema de la distribución, debe prestar exclusiva atención a los conceptos de dominación y opresión, y por ende, a la estructuración de las relaciones sociales. Aunque la opresión normalmente incluye o implica dominación, la dominación no necesariamente implica opresión. De acuerdo a ello, Iris Marion Young en su texto, *La justicia y la política de la diferencia*, define cinco caras o criterios de la opresión los cuales son, la explotación, marginación, carencia de poder, imperialismo cultural y violencia. Las tres primeras, hacen referencia a relaciones de poder y opresión que tienen lugar en virtud de la división social de trabajo, es decir, “las relaciones estructurales e institucionales que delimitan la vida material de las personas, incluyendo los recursos a que tienen acceso y las oportunidades concretas que tienen o no tienen, para desarrollar y ejercer sus capacidades” (Young, 2000, p.102). Por otra parte se encuentran el imperialismo cultural y la violencia, las cuales serán de mayor significancia para este análisis, puesto que hacen referencia a ese determinismo ontológico que la modernidad ha diseñado para definir al individuo y condicionarlo, y el que a su vez, ha legitimado teorías sobre la superioridad racial, sexual o nacional, que han marcado los procesos de discriminación que subsisten en el mundo.

El imperialismo cultural, se entiende como el grupo dominante que tiene una pretensión de universalidad cultural, que impone sus experiencias y representaciones de la realidad como norma. Quienes están culturalmente dominados experimentan una opresión paradójica, en el sentido de que son señalados conforme a los estereotipos y al mismo tiempo se vuelven invisibles. En tanto, seres extraños, los individuos culturalmente imperializados están marcados por una esencia. Los estereotipos lo confinan a una naturaleza que con frecuencia va ligada de algún modo a sus cuerpos y que por tanto, no puede ser fácilmente negada. Estos estereotipos permean la sociedad de tal modo que no se perciben como cuestionables. “Del mismo modo que

cualquiera sabe que la tierra gira alrededor del sol, cualquiera sabe que la gente gay es promiscua, que los indígenas son alcohólicos y que las mujeres son aptas para el cuidado de los niños” (Young, 2000, p.104). Por último, está la violencia sistemática. No son los actos violentos como tal que la convierten en una cara de la opresión, sino el contexto social que los produce y legitima. La violencia se justifica y se reproduce bajo un sistema de creencias y prácticas sociales que históricamente han determinado quién es el que la imparte y quién es el que la padece.

En este sentido, la violencia es una práctica social por su carácter sistemático y por hacer parte del imaginario social que la hace posible, constante y aceptable por la misma sociedad.

La opresión de la violencia consiste no sólo en la persecución directa, sino en el conocimiento diario compartido por todos los miembros de los grupos oprimidos de que están predispuestos a ser víctimas de la violación, sólo en razón de su identidad de grupo. (Young, 2000, p.107)

Si bien, en las sociedades modernas existe un alto compromiso por la igualdad y respeto por las personas cualquiera que sea su identificación de grupo, en lo cotidiano se evidencia que en las estructuras profundas de la sociedad, impera la diferenciación histórica de los distintos grupos, privilegiando a unos por encima de otros. No obstante, dichas formas de opresión modernas se ajustan a las circunstancias específicas contemporáneas, formas nuevas que tienen tanto continuidades como discontinuidades con las estructuras del pasado. Para explicar dichas manifestaciones contemporáneas y comprender las relaciones sociales y su reproducción en las estructuras sociales y de la acción, Young (2000) expone y se apoya en la teoría de la subjetividad que propone Anthony Giddens, quien señala que la acción y la interacción, implican conciencia discursiva, conciencia práctica y un sistema de seguridad.

La conciencia discursiva se refiere a aquellos aspectos de la acción y la situación que, o bien están verbalizados, establecidos en fórmulas verbales explícitas, o fácilmente verbalizables. La conciencia práctica, por otra parte, se refiere a aquellos aspectos de la acción y la situación que conllevan a un control reflexivo, a menudo complejo de la relación del cuerpo del sujeto con el cuerpo de otros sujetos y con el contexto que lo rodea, pero que están en el margen de la conciencia en vez de ser el centro de la atención discursiva. La conciencia práctica es la toma de

conocimiento presupuesta, habitual y rutinaria que capacita a las personas para llevar a cabo la acción directamente intencionada y focalizada.

De acuerdo a lo anterior, en esas sociedades “comprometidas” con la igualdad formal de estos grupos, la gente elimina las reacciones de discriminación y opresión hacia los grupos históricamente diferenciados de su conciencia discursiva, pero en su conciencia práctica están presentes haciendo hincapié en el imaginario y en el estereotipo que marcan la diferencia frente a los otros. “Hoy en día la –otra- no es tan diferente a mí como para ser un objeto; la conciencia discursiva afirma que la gente negra, las mujeres, las personas homosexuales y las discapacitadas son como yo. Pero en el nivel de la conciencia práctica ellas están afectivamente marcadas como diferentes” (Young, 2000, p.246). Igualmente, Young señala que la ciencia y la filosofía moderna, han construido un relato específico de sujeto que no es sino el producto del régimen discursivo de un período y contexto determinado. Relato que proyecta mecanismos de dominación y opresión, además que naturaliza y normaliza prácticas y discursos.

La opresión del imperialismo cultural en nuestra sociedad entraña en parte el definir a algunos grupos como otros, especialmente señalados, encerrados en sus cuerpos. Aunque la razón discursiva ya no defina a las mujeres o a las personas de color como portadoras de una naturaleza específica, diferente de la de los hombres o la gente blanca, las asociaciones afectivas y simbólicas aún atan a estos grupos a un cierto tipo de cuerpo. (Young, 2000, p.250)

En este sentido, aquellos constructos sociales van creando imaginarios que determinan la lógica social, en donde los sujetos actúan y se definen. El imaginario social es “la concepción colectiva que hace posibles las prácticas comunes y un sentimiento altamente compartido de legitimidad” (Taylor, 2006, p.37). El imaginario social hace referencia a aquellos mapas mentales de la realidad, de la vida cotidiana; lo imaginario, pertenece al conocimiento socialmente construido, a la conciencia colectiva, a través de la cual experimentamos, pensamos y compartimos con los demás, en lugares y espacios en los que vivimos. Dicho imaginario es construido a partir del lenguaje, un lenguaje que es precisamente, un constructo histórico colectivo, y que a partir de la enseñanza en la escuela, en la familia, los amigos y los medios de comunicación, se legitiman y se aceptan como tal. Es decir, son esos postulados que se construyen

socialmente y que generan ciertas expectativas con respecto al accionar de los otros, y al mismo tiempo, nos ofrece un conocimiento previo que nos permite saber cómo debemos actuar ante ciertas situaciones, en tanto que son prácticas colectivas que hacen parte de nuestro día a día. De esta manera, el sentido de dicho imaginario social va más allá de la idea inmediata que concibe esa práctica, es necesario que exista una comprensión profunda del sentido a nuestra práctica, es decir, un entendimiento de todo el acto en su conjunto, de todas las normas que se deben cumplir para que dicho acto sea lo que pretende ser.

En los imaginarios sociales está la sustancia de la significación, entendida ésta como investidura de sentido. De manera que los imaginarios sociales son aquellos esquemas contruidos socialmente, que nos permiten percibir, aceptar algo como real, explicarlo e intervenir operativamente en lo que cada sistema social se considere como realidad. (Gómez, 2001, p.199).

En consonancia con lo anterior, los imaginarios contruidos discursivamente hacen posibles las representaciones. No obstante, dichos imaginarios no son representaciones ni sistemas de representaciones, sino aquello que permite que se elaboren las representaciones. En esta misma línea, es menester comprender la noción de imaginarios sociales, fijándola a la materialización discursiva, en tanto que el imaginario social se manifiesta en lo simbólico, en el lenguaje y en el accionar concreto entre los sujetos en la praxis social, definiéndola, limitándola y condicionándola. De manera que, dichos imaginarios sociales y las representaciones que surgen de estos, permiten que se perpetúen estereotipos, esquemas tipificadores y objetivaciones que diferencian, excluyen y jerarquizan a unos sobre otros, generando todo tipo de violencias que los legitiman y justifican.

2.4. Lo común y lo cotidiano: la realidad como materialización del *habitus*

En consonancia con lo anterior y haciendo referencia a esos esquemas cognitivos que se han construido históricamente en la sociedad, los cuales, configuran el *habitus* que determina una visión del mundo, es posible hablar de lo común y lo cotidiano. Entendiendo por el primero, la conducta como tal en la vida cotidiana, y el segundo, como la realidad de la vida cotidiana. Esta realidad, se configura en razón del entendimiento común de aquellos que componen ordinariamente la sociedad. Es una realidad del sentido común, es decir, una realidad que compone la vida cotidiana, en tanto que ésta es presentada como una realidad interpretada por los hombres y que para ellos tiene el significado subjetivo de un mundo coherente.

El mundo de la vida cotidiana no solo se da por establecido como realidad por los miembros ordinarios de la sociedad en el comportamiento subjetivamente significativo de sus vidas. Es un mundo que se origina en sus pensamientos y acciones, y que está sustentado como real por éstos. (Berger & Luckmann, 20003, p.36)

La realidad de la vida cotidiana se organiza y se presenta en el aquí y ahora de un presente, lo que no significa que la realidad cotidiana se agote, dada su presencia inmediata. En otras palabras, la vida cotidiana es precisamente la respuesta consciente de lo que se presenta como realidad, lo cual implica grados de proximidad y alejamiento, tanto espacial como temporal. Ahora bien, “la realidad de la vida cotidiana se me presenta como un mundo intersubjetivo, un mundo que comparto con otros. Esta intersubjetividad establece una señalada diferencia entre la vida cotidiana y otras realidades de las que tengo consciencia” (Berger & Luckmann, 2003, p.38). En ese compartir de la realidad de la vida cotidiana con otros, se es consciente de la existencia de una estructura establecida que la determina. Es decir, existe un conocimiento común compartido de y que se desarrolla en la realidad de la vida cotidiana, de manera que, no requiere de justificaciones que la expliquen, en tanto que ese conocimiento de lo común que se posee, la legitima como única realidad conocida, es una

realidad aceptada por todos, en tanto que el pensamiento colectivo, es el que hace posible las prácticas comunes y construye un sentimiento altamente compartido de legitimidad.

En este sentido, se aprehende al otro a partir de esquemas tipificadores, los cuales afectan la interacción con este, en tanto determinan la posición y el actuar frente a él. Dicha tipificación, es una situación de correspondencia, en tanto que de la misma manera en que una persona tipifica al otro, ese otro, bajo los mismos esquemas tipificadores, también lo aprehende. “La vida cotidiana, por sobre todo, es vida con el lenguaje que comparto con mis semejantes y por medio de él. Por lo tanto, la comprensión del lenguaje es esencial para cualquier comprensión de la realidad en la vida cotidiana” (Berger & Luckmann, 20003, p.53). De acuerdo a esto, la realidad de la vida cotidiana no sólo está llena de objetivaciones, sino que es posible únicamente por ellas; es decir, la realidad de la vida cotidiana es producto de la actividad humana y se encuentra al alcance de quienes la producen, como de las otras personas, en tanto existe un mundo común que comparten.

Ahora bien, entendiendo que el espacio está marcado por lugares y que cada persona como territorio se desenvuelve en un entorno, y en este se define y se inventa; es decir, a partir de lo construido y vivido en el entorno se construye el sujeto como unidad viviente y pensante en esa realidad compartida. Y si bien, dicha realidad lo enmarca dentro de esquemas que guían su actuar y manera de apreciar el mundo, existe una resistencia en los sujetos que le permiten oponerse a esas lógicas opresoras que impone la sociedad. A partir de tácticas, los sujetos también definen y narran el lugar común y el espacio en que se manifiestan. Se superponen a lo constituido, se rebelan ante lo ya establecido. “Trazan trayectorias indeterminadas, aparentemente insensatas porque no son coherentes respecto al espacio construido, escrito y prefabricado en el que se desplazan. Se trata de frases imprevisibles en un lugar ordenado por las técnicas organizadoras de sistemas” (De Certeau, 1990, p.40). Trayectorias que se imponen a pesar de que hay discursos comunes dictados por los medios de comunicación, instituciones tradicionales y disposiciones urbanísticas, que prescriben el orden social.

En disposición con lo anterior, la noción de poder implica un grado de resistencia, si bien, la dominación cuenta con un grado de aceptación por parte de los sujetos dominados, en tanto que dicha aceptación, puede ser consciente o inconsciente, no se niega la posibilidad de que dichos sujetos dominados, cuenten con la posibilidad de resistirse y oponerse a dichas disposiciones opresoras. Tácticas o artes de hacer de los débiles, frente a la reproducción de un orden socialmente establecido, de manera que la teoría de Certeau, planteada en *La Invención de lo Cotidiano: Artes de Hacer*, advierte sobre el límite de la dominación, y cómo la politización de lo cotidiano, genera conflicto y tensión y no la introyección del orden y la pasividad. Es decir, cómo a través de eventos cotidianos, se logra cuestionar las bases de esa estructura patriarcal; cómo el arte, el cual tiene un carácter revolucionario, logra cuestionar la realidad y transformarla, en tanto que al arte se le adjudica el cometido de enseñar y de emprender un ejercicio pedagógico, a partir del cual se evidencien las condiciones sociales de producción y reproducción de dominación que se materializan en los actos y prácticas cotidianas.

Así mismo, hace una diferenciación entre la noción de estrategia y la noción de táctica, la estrategia hace parte de una determinación, es decir, se deriva y está organizada por un poder, por el contrario, la táctica, está determinada por la carencia de este. De manera que la estrategia, está vinculada con esas estructuras históricas que le permiten crear lugares y discursos totalizadores, mientras que la táctica, no pertenece a un lugar propio, es decir, actúa frente a la oportunidad y en el espacio que le da el otro.

Este no lugar le permite, sin duda, la movilidad, pero con una docilidad respecto a los azares del tiempo, para tomar al vuelo las posibilidades que ofrece el instante. Necesita utilizar, vigilante, las fallas que las coyunturas particulares abren en la vigilancia del poder propietario. (De Certeau, 1990, p.45)

De acuerdo a lo anterior, la táctica es la posibilidad que tienen los débiles, es el instante preciso de intervenir en razón de transformar una situación conflictiva u opresora, y en esa medida, la táctica, refleja que por más estrategias de dominación existentes en una sociedad,

en lo cotidiano, en el día a día, los sujetos se inventan, y en ese inventar, buscan superar la reproducción de los esquemas totalizadores y potencializar la transformación de esa misma realidad cotidiana. En este sentido, Certeau, desborda la sujeción y opresión de los sujetos y muestra que en esa realidad cotidiana, además de existir esquemas mentales que se hacen *habitus*, paralelamente, se configuran tácticas, que silenciosa y creativamente permiten que se fragüen nuevas prácticas o formas de actuar y habitar en esta.

2.5. Lo íntimo y lo subjetivo: como constituyentes de lo político

Las nociones de poder y resistencia permiten hablar de subjetividades. Subjetividades que se configuran en espacio de lo íntimo, entendiendo por íntimo la construcción subjetiva que permite el encuentro del sujeto con su experiencia misma, lo que a su vez, le permite hacerla y reconocerla como una experiencia común. Dichas subjetividades son constituyentes de lo político, entendiendo lo político, como el modo mismo en que se instituye la sociedad. En otras palabras, lo político, es entonces la posibilidad de libertad, pero dicha libertad está cargada de una dimensión de conflicto y resistencia, en la medida en que lo político se instituye como la ruptura de lo instituido, del orden establecido. “El poder político (la *potestas*) es pensado como una auto-limitación, una auto-suspensión o una auto-represión del poder natural (*potentia*)” (Pardo, 1998, p.147). Tal como lo señala Chantal Mouffe en su texto, *En Torno a lo Político*, la diferencia entre la política y lo político, radica en el hecho de que la política son esos procesos, prácticas e instituciones que organizan la coexistencia humana, dan orden y respuesta a los conflictos que surgen a partir de lo político. De este modo, lo íntimo, es la rebelión frente a las fuerzas igualadoras y totalizadoras de la sociedad, es decir, modos subjetivos de la existencia humana. “La intimidad del corazón, a desemejanza del hogar privado, no tiene lugar tangible en el mundo, ni la sociedad contra la que protesta y hace valer sus derechos puede localizarse con la misma seguridad que el espacio público” (Arendt, 2003, p.50).

Ahora bien, la esfera íntima apunta hacia una mayor concentración en la subjetividad y la interioridad, los sentimientos y la identidad. En este sentido, la literatura, se considera como vía de difusión de las relaciones íntimas, en la medida en que esta concepción de la experiencia se ve

enriquecida por una nueva concepción del arte, según la categoría de lo estético. Lo estético, es un fruto más del proceso de subjetivación, en virtud del cual el arte, se define en términos de nuestra reacción ante él. Es decir, la estética, es “como el sistema de las formas que a priori determinan lo que se va a sentir o a experimentar” (Di Filippo, p.270). La estética es una experiencia que representa de manera suprema el valor y el significado que se le otorga a cada experiencia cotidiana, cada práctica, cada palabra.

La estética es considerada como práctica, en tanto que no sólo hace referencia al orden del arte, sino también al orden de lo social y lo político. De manera que, la literatura, se constituye como un elemento articulador y visibilizador de dichas subjetividades, dada su potencialidad transgresora en tanto arte y su papel de enunciación de lo anónimo, de lo diferente, de cuestionar la realidad y transformarla. “La relación entre estética de la política y la política de la estética, supone pensar la vinculación entre la subjetivación política de lo anónimo con el devenir anónimo propio de la estética” (Di Filippo, p.282). Todo ello, en cuanto que el discurso estético es particular, porque además de adentrarse en esa experiencia común y cotidiana, se presenta como una propuesta de carácter político capaz de transformar la realidad y ser vocera de luchas políticas en razón de eliminar las barreras impuestas por una estructura dominante, crear igualdad y justicia social.

La subjetividad humana, además de ser una alternativa, presenta un desafío para esa estructura dominante. Lo estético, se convierte entonces en una posibilidad de lucha, y por lo tanto, es político.

Lo estético no es aquí otra cosa que un nombre para el inconsciente político: es simplemente el modo en el que la armonía social se registra en nuestros sentidos y causa impresión en nuestras sensibilidades. Lo bello es simplemente un orden político vivido en el cuerpo, el modo en el que algo llama la atención a la vista y sacude el corazón. (Eagleton, 2006, p.93)

En este sentido, la relación existente entre política y literatura, no es una relación ambigua, sino antes bien, una relación innegable y necesaria. El conocimiento del arte, resulta ineludible para el cambio y la revolución.

La construcción de una identidad es un proceso político y subjetivo, puesto que a partir de esa dimensión afectiva, cargada de pasiones y sentimientos de identificación, unidad y solidaridad, se movilizan colectividades que históricamente han sido excluidas por un sistema de pensamiento que pretende un saber absoluto del ser y de la historia. Los sentimientos o esa condición emotiva de los sujetos, pueden generar un vínculo entre ellos, una sensibilidad compartida y a un estado de solidaridad con los otros. En este sentido, lo diverso, externo e irreductible puede considerarse como fundamento de un pensar liberador, en tanto que una de las claves del proceso de liberación se encuentra en la capacidad de contemplar esa alteridad o exterioridad. Es decir, las emociones se pueden convertir en un motor de movilidad y acción política de los sujetos.

Lo estético es, en este sentido, el repetidor o el mecanismo de transmisión del que se sirve la teoría para convertirse en práctica, el rodeo que ha tomado la ideología ética a través de los sentimientos y los sentidos para reaparecer como práctica social espontánea. (Eagleton, 2006, p.96)

El papel que desempeñan las pasiones en la política nos revela que lo íntimo y lo subjetivo, son un factor constitutivo de lo político, en tanto que las emociones son las respuestas inmediatas al entorno. De modo que esa vinculación sentimental con un colectivo, permite que los sujetos se unan y participen en pro de mejorar sus condiciones y de transformarlo, puesto que no existe razón práctica sin sentimientos. En este sentido, todas las emociones contribuyen a orientar la conducta de una persona, en tanto que permiten que quien las experimente, reaccione frente a situaciones que proclama como injustas o justas.

Las emociones han sido definidas también como disposiciones mentales que generan actitudes. Su vinculación con el deseo las convierte, efectivamente, en disposiciones a obrar, que proporcionan a la persona una orientación la cual viene dada por las creencias que uno tiene sobre la realidad, y se proyecta hacia un objeto propiciado por el deseo. (Camps Cervera, 2011, p.29)

Las emociones son entonces, una construcción social que responden a lo que creemos, a lo que somos, a lo cercano, a las expectativas que tenemos frente al otro, a una cultura común y prácticas sociales compartidas, a una visión de mundo, y en esa medida, los sujetos actúan y se manifiestan en razón de preservar la estabilidad o de hacer una ruptura en la continuidad de la

estructura dominante. No obstante, si bien lo estético parece hacer referencia siempre de la belleza y la simpatía; es menester señalar que lo estético por ser una dimensión netamente subjetiva, no se escapa de una dimensión conflictiva, en tanto que deja entrever sentimientos y emociones contrarias o divergentes. “Si el juicio estético es inestable, también han de serlo las simpatías sociales que se fundamentan sobre él, y con ellas todo el entramado de la vida política” (Eagleton, 2006, p.111).

Dicho de otra forma, la estética, así como puede exaltar la solidaridad de un grupo en particular que se reúne en pro de reclamar la presencia de sus seres desaparecidos en una plaza pública, al mismo tiempo, puede hacer de la guerra y cada una de sus prácticas, un evento dramático, lleno de sentimiento y representatividades, en donde se enaltece a los héroes y se culpa a los victimarios. Frente a este tema de la guerra, el feminismo señala la existencia de una interdependencia entre militarismo y patriarcado, en tanto que el primero busca la concentración del poder de una parte de la sociedad sobre el resto de la misma y como estrategia de perpetuación y sostenimiento de dicha estructura de poder hace uso de la fuerza y la violencia. En este sentido, la figura del guerrero cumple un papel fundamental puesto que beneficia o facilita la opresión y dominación del grupo opresor. La dupla Patriarcado-Militarismo, permite entonces la constitución, reproducción y aceptación de binomios que le justifican, a saber, Violencia-Virilidad y Guerrero-Héroe y es en esta lógica en donde se naturaliza la idea de la necesidad de la guerra, necesidad que atraviesa todas las esferas de la vida en sociedad. “La guerra se convierte así en una forma de expresión y de experiencia vital de la subjetividad, hasta el punto en que la destrucción y la violencia pueden experimentarse en términos de placer estético” (Acosta López & Quintana, 2010, p.55). Dichas divergencias son evidentes en la literatura colombiana, en donde la guerra ha encontrado un lugar en donde se define, se narra poética y estéticamente; además de legitimar y perpetuar condiciones que permiten la existencia de la relación dominador-dominado.

Una política estetizada apunta a la producción de lo político como obra de arte, y que esta idea ha predominado en la tradición occidental toda vez que la comunidad se ha pensado como obra, como hacer de la subjetividad o como sujeto colectivo que se realiza en su esencia. (Acosta López & Quintana, 2010, p.53)

En este sentido, lo que cabe destacar de la literatura colombiana, en este caso, la novela, “es la comprensión de la estética en términos del arte por el arte, es decir, como un ámbito completamente autorreferencial y autotélico, separado de las otras dimensiones de la vida” (Acosta López & Quintana, 2010, p.55). Así pues, la estetización de la política, implica la transformación de esta última, en tanto que la estetización corresponde a la producción de lo político como obra de arte.

Así como el artista toma la materia de la que se sirve para conformar su obra de arte, desde esta misma perspectiva, la realidad se toma como ese material bruto al que se le puede dar forma, que puede transformarse y moldearse de acuerdo con un determinado modelo, a tal punto que de pronto todo parece posible. (Acosta López & Quintana, 2010, p. 59)

Capítulo Tres: Metodología

La investigación de corte cualitativo permite captar y reconstruir el significado de lo social a partir de abordar las “realidades subjetiva e intersubjetiva como objetos legítimos de conocimiento científico; el estudio de la vida cotidiana como el escenario básico de construcción, constitución y desarrollo de los distintos planos que configuran e integran las dimensiones específicas del mundo humano” (Sandoval Casilimas, 1996, p. 15). En esa medida, mi investigación se enmarcó dentro de dicha línea, puesto que a partir de la literatura analicé el imaginario de la mujer como un actor político y social construido en Colombia en dos períodos de tiempo, los años 80-90 y 2000 a la actualidad; y evidencié, las relaciones de dominación existentes que se narran y se perpetúan en la misma, en tanto que el lenguaje es producto de una tradición cultural que responde a una visión androcéntrica, jerarquizadora y dicotómica del mundo social. De las opciones metodológicas que en la investigación cualitativa se ofrecen para identificar, estudiar y construir una reflexión del discurso, la más apropiada para el desarrollo de los propósitos de esta investigación, fue la **Arqueología del Saber** propuesta por Michael Foucault.

Esta metodología hace referencia a la teoría del acto discursivo y dirige su análisis hacia el enunciado, que como unidad básica del discurso depende de las condiciones en las que emerge y existe dentro del campo del discurso. Ahora bien, el saber al que hace referencia Foucault en su

método, es precisamente aquel que corresponde a aquellos que hacen parte de la cotidianidad, de las prácticas, costumbres e ideas de mundo que son propias de una sociedad en particular. En esa medida, este saber está constituido por enunciados que influyen determinantemente sobre la cultura o el *ethos* social, en tanto que converge entre las instituciones y los acontecimientos y está relacionado con los sujetos, objetos y conceptos, por ende, posibilita la construcción de nuevos paradigmas, opiniones y prácticas sociales. Dicho saber está enmarcado en un tiempo y lugar determinado, pero en razón a los acontecimientos y transformaciones sociales, tanto los saberes como los enunciados que lo constituyen mutan, se niegan, se validan, surgen o desaparecen.

En consonancia con lo anterior, aparece lo que el autor denomina formaciones discursivas, que son las correlaciones entre enunciados que explican, nombran, describen, articulan y constituyen en su nombre discursos que subyacen de las estructuras y las relaciones de poder. En este sentido, más que ahondar en las formas previas de continuidad a estas unidades discursivas, es menester hacer énfasis en el juego de su instancia, es decir, en el presente de su enunciación. Más que preguntarse por el cómo se ha construido tal enunciado, es entender cómo es que ha aparecido ese y no otro; y en esa medida, intentar

encontrar más allá de los propios enunciados la intención del sujeto parlante, su actividad consciente, lo que ha querido decir, o también el juego inconsciente que se ha transparentado a pesar de él en lo que ha dicho o en la casi imperceptible rotura de sus palabras manifiestas; de todos modos, se trata de reconstruir otro discurso, de recobrar la palabra muda, murmurante, inagotable que anima desde el interior la voz que se escucha, de restablecer el texto menudo e invisible que recorre el intersticio de las líneas escritas y a veces las trastorna. (Foucault, 2007, p. 44-45)

El análisis del campo discursivo trata de comprender el enunciado en la singularidad de su acontecer, puesto que es un acontecimiento que ni la lengua ni el sentido pueden agotar por completo.

Acontecimiento extraño, indudablemente: en primer lugar porque está ligado por una parte a un gesto de escritura o a la articulación de una palabra, pero que por otra se abre a sí mismo una existencia remanente en el campo de una memoria, o en la materialidad de los manuscritos de los

libros y de cualquier otra forma de conservación; después porque es único como todo acontecimiento pero se ofrece a la repetición, a la transformación, a la reactivación; finalmente, porque está ligado no sólo con situaciones que lo provocan y con consecuencias que él mismo incita, sino a la vez, y según una modalidad totalmente distinta con enunciados que le preceden y que lo siguen. (Foucault, 2007, p. 46)

Foucault propone un trabajo de descripción que permite conocer y comprender el conjunto de las reglas que en un tiempo y lugar determinado definen sobre qué se puede hablar, cuáles discursos circulan y cuáles se excluyen, en tanto que dichos discursos además de estar constituidos por un conjunto de tradiciones y un corpus de conocimientos, están inmersos en una visión de mundo. Los enunciados son una construcción social, pero estos a su vez, son constructores de lo social y de los sujetos; es decir, son constituyentes de aquellas experiencias sociales que determinan el actuar y pensar de los actores en una determinada época y contexto.

No cuestiono los discursos sobre aquello que, silenciosamente, manifiestan, sino sobre el hecho y las condiciones de su manifiesta aparición. No los cuestiono acerca de los contenidos que pueden encerrar sino sobre las transformaciones que han realizado. No los interrogo sobre el sentido que permanece en ellos a modo de origen perpetuo, sino sobre el terreno en el que coexisten, permanecen y desaparecen. (Foucault, 2007, p. 58)

En este sentido, la Arqueología del Saber más que indagar por el contexto, el origen o pasado de dichas formaciones discursivas, puesto que son unas formas ya espontáneas, ya organizadas y sostenidas en el tiempo; se interesa por el efecto, sentido y significación de las mismas, por los aspectos sociales, políticos, económicos y culturales que reclaman determinados enunciados, por los cambios que estos implican y por los acontecimientos o instituciones que estos generan. En palabras del autor, “la descripción de las influencias, de las tradiciones, de las continuidades culturales, no es pertinente, sino más bien la de las coherencias internas, de los axiomas, de las cadenas deductivas, de las compatibilidades” (Foucault, 2007, p. 6-7).

Ahora bien, en razón de dar respuesta a los objetivos propuestos en esta investigación, se buscó identificar y comprender aquellos enunciados que evidencian a la mujer colombiana como actor político y social; y así mismo, evidenciar esa condición de dominación que existe sobre

esta, en tanto que dichos enunciados tal como lo afirma Michael Foucault, hacen parte de unas formaciones discursivas determinadas por unas estructuras reguladoras de poder, que más que ser producto de una construcción social y cultural sostenida en el tiempo; construyen diversos campos que constituyen, legitiman y validan sus reglas de enunciación que producen y ponen en circulación particulares representaciones y creencias acerca de la realidad; y contribuyen a la construcción de identidades sociales, porque ubica a los sujetos que interactúan discursivamente en ciertas posiciones que suponen particulares formas de ser y estar en el mundo.

El análisis de los discursos allí narrados, permitió formular y orientar la investigación a partir de interrogantes, tales como, ¿Qué es ser mujer según la literatura en Colombia en los años 80-90 y 2000 a la actualidad? ¿Cómo se significa la mujer en la literatura como sujeto literario-actuante? ¿Desde la literatura, cómo se refleja la relación de dominación sobre la mujer? ¿Cuáles son aquellas prácticas discursivas, aquellos cambios en los usos del lenguaje, en que se expresan y sostienen los procesos de dominación imperantes en la sociedad? ¿De qué manera las nuevas prácticas discursivas de la literatura colombiana se tornan hegemónicas, invisibilizando y deslegitimando formas alternativas de representación, acción e identificación de las mujeres?

3.1.Herramientas Metodológicas

En la estrategia metodológica cualitativa existen diferentes herramientas o instrumentos que guían la construcción, recolección y análisis de información sobre el objeto de estudio que interesa al investigador. Dichas herramientas son la parte instrumental de la metodología de la investigación, por lo que se le denominan técnicas de investigación social y dentro de esta estrategia se encuentran técnicas como las entrevistas, narraciones, notas de campo, grabaciones, transcripciones de audio, registros escritos, fotografías o películas y análisis del discurso y de textos.

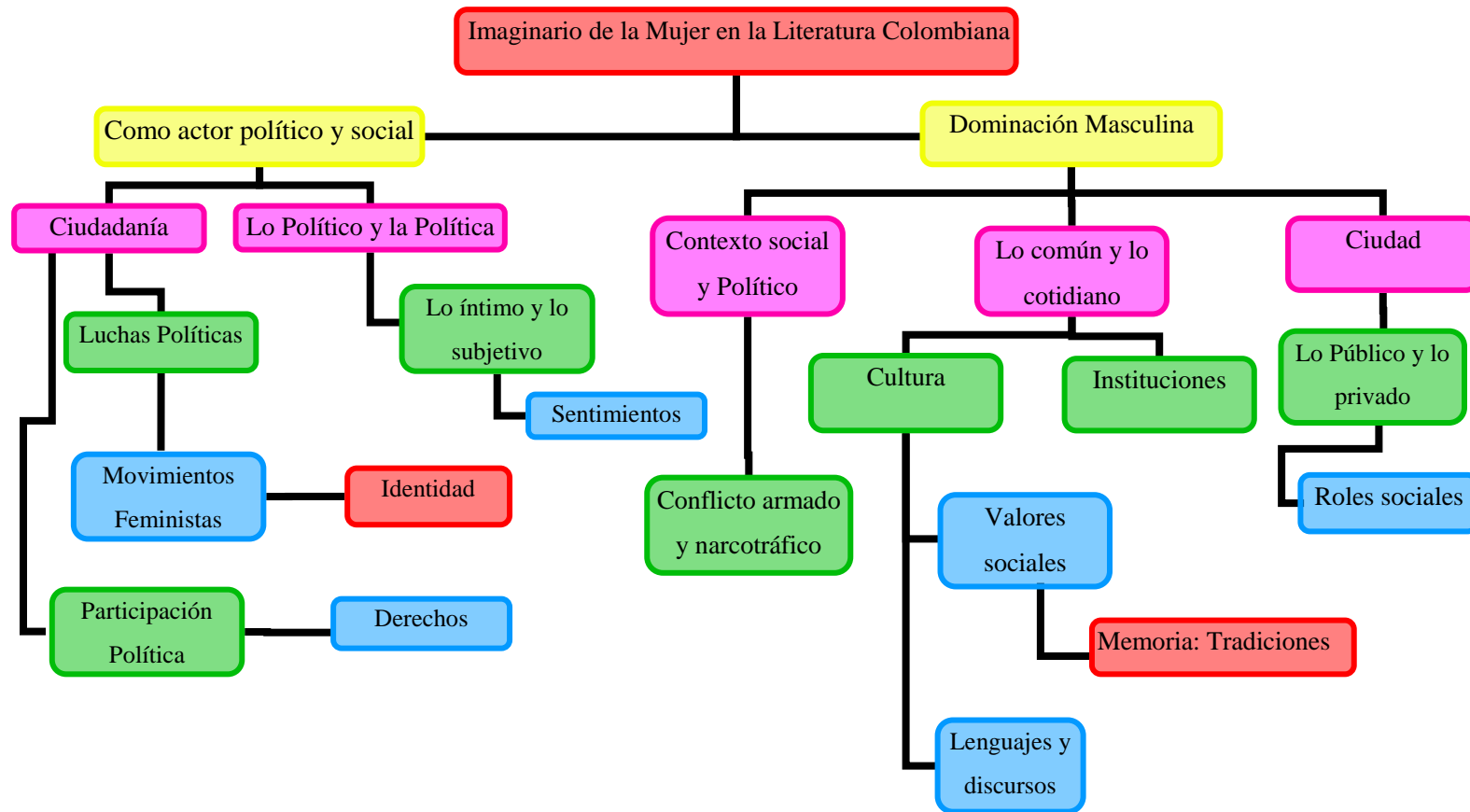
Ahora bien, para el desarrollo y consecución final de este trabajo de investigación, fueron utilizadas principalmente la *revisión y sistematización de las fuentes primarias y secundarias* seleccionadas para dar respuesta al problema de investigación aquí planteado. Como fuentes, se tomaron como referencia libros, artículos de revistas y páginas web que aparecen relacionados en

la bibliografía y que responden a las dimensiones y categorías de análisis que se han considerado en esta investigación; la *entrevista*, como un proceso de acercamiento y reconocimiento de las novelas que servirían para el análisis, lo que implicó la grabación de voz, y posteriormente la transcripción textual de la misma; *lectura de las novelas* posibles a desarrollar en este trabajo, a cada una se les realizó una ficha de lectura y a partir de estas se hizo una selección de tres novelas que fuesen significativas para este trabajo de acuerdo a los objetivos aquí planteados. En este sentido, a partir de todos los procesos aquí desarrollados, es decir, de todas las técnicas utilizadas para dar respuesta a las pretensiones de este trabajo de investigación, se realizó una validación o falsación de las hipótesis aquí planteadas, a partir de la confrontación del marco referencial y del análisis de las novelas.

3.2. Graficación del problema

A través de un mapa conceptual, se intentó explicar gráficamente el problema de esta investigación. En él, se expusieron dos ejes centrales, a saber, la mujer como actor político y social, y la dominación masculina. Ambos, atraviesan la configuración del imaginario de la mujer expuesto y narrado en la Literatura colombiana. En otras palabras, la configuración de dicho imaginario está sustentado en la hipótesis de que existen condiciones de dominación masculina que se han construido y sostenido históricamente, suscritos en contextos socioeconómicos, culturales y políticos. Dichos imaginarios, se legitiman y se justifican a partir de prácticas cotidianas o tradiciones culturales, que se fraguan al interior de la sociedades y de las instituciones que la conforman, y en esa medida, la ciudad, como escenario simbólico de dichas prácticas, se configura desde la noción de lo público y lo privado, en donde se disponen posiciones, roles y funciones dentro de la misma. Ahora bien, dicha condición de dominación masculina que se expresa a través de unos discursos jerarquizadores y dicotómicos, niegan, limitan y restringen el estatus político y social de la mujer. No obstante, a partir de las luchas políticas que se entretajan en el marco general de la sociedad, y en lo íntimo del espacio privado, las mujeres han abierto puertas para su reconocimiento en la sociedad, han conquistado espacios y derechos. Dichas luchas, son el resultado de un proceso de movilización en cuanto que hay un reconocimiento a partir de unas emociones y pasiones, configuradoras de una identidad común.

Lo anterior, es posible percibirlo en la literatura, a través del análisis crítico del discurso, puesto que el discurso literario, es una representación y lectura de la realidad social. No obstante, si bien han existido luchas políticas desde el movimiento de mujeres, en razón de ratificar su estatus como sujeto político y social, tanto en la literatura como en la sociedad, siguen existiendo arraigadamente en las bases estructurales de la sociedad, aquellos imaginarios y prácticas sociales que se circunscriben en una lógica androcéntrica del mundo.



3.3. Matrices de Análisis

Cada una de las matrices, hacen parte del proceso de construcción del problema de investigación que en este trabajo se desarrolló, fue un proceso que dotó de sentido la compleja relación teoría-práctica y a través del cual se identificaron las categorías de análisis y sus respectivos referentes conceptuales, hipótesis, objetivos y estrategias metodológicas que marcaron el rumbo de la recolección, sistematización y análisis de la información para el desarrollo del mismo.

MATRIZ DE PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN					
“Literatura y Política, ecos atemporales de la memoria: La mujer como actor político y social en Colombia”					
PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	VARIABLES	PREGUNTAS	OBJETIVOS	HIPÓTESIS	METODOLOGÍA
Este trabajo pretende analizar y comprender la significación de la mujer como un actor político y social, en una época y lugar determinado y de esa forma, comprender	VARIABLES INDEPENDIENTES: 1. Dominación Sociales 2. Imaginarios 3. Imperialismo Cultural	PREGUNTA GENERAL ¿Cuál es el imaginario político y social de la mujer en Colombia, en los años 80-90 y	OBJETIVO GENERAL: • Analizar el discurso sobre el imaginario de la mujer en Colombia, como un actor político	HIPÓTESIS: Primera Hipótesis: Si bien en la literatura colombiana existe una presencia de la mujer, en esta, se reflejan unos imaginarios socialmente	La presente investigación, es de corte cualitativo, en tanto permite captar y reconstruir el significado de lo social, para este caso, a partir de la literatura, en donde se analizó el imaginario de la mujer como actor político y social construido en nuestro país, en los años 80-90 y 2000 a la actualidad. Ahora bien,

<p>cómo a través de la literatura, se pudo haber construido un imaginario social que enmarcara y construyera sistemas y símbolos que configuraran los roles en una sociedad. Así mismo, analizar el establecimiento de relaciones de dominación, a partir de la construcción y significación social, que no solo se concreta en las representaciones del cuerpo, también transforma los cuerpos y las mentes mediante una construcción práctica que impone la diferenciación, como</p>	<p>4. Lo Político y la Política</p> <p>5. Actor Político y Social</p>	<p>2000 a la actualidad, construido en la literatura?</p>	<p>y social a través de tres obras literarias, en dos períodos de tiempo, los años 80 – 90 y 2000 hasta la actualidad.</p>	<p>construidos en el tiempo que justifican y legitiman posiciones, espacios y roles; sustentados en una visión dicotómica, excluyente, androcéntrica y jerarquizadora del mundo que separa y clasifica tanto a hombres como mujeres</p> <p>Segunda Hipótesis: La mujer narrada y reflejada en la literatura colombiana, es una mujer soterrada y relegada a los asuntos del <i>oikos</i>; además de ser una mujer supeditada a la</p>	<p>podríamos decir que el método más apropiado para ello, fue la Arqueología del Saber (AS) propuesta por Michael Foucault.</p>
	<p>VARIABLE DEPENDIENTE:</p> <p>1: Violencia: Física, Verbal, Psicológica, Simbólica, y Económica.</p> <p>2. Lenguajes excluyentes y androcéntricos</p> <p>3. Lo Íntimo y lo Subjetivo</p> <p>4. Participación política y social</p>	<p>PREGUNTAS ESPECÍFICAS:</p> <ul style="list-style-type: none"> • ¿Qué es ser mujer según la literatura colombiana, en los años 80-90 y 2000 a la actualidad? • ¿Cómo se significa la mujer en la literatura como sujeto literario-actuante? 	<p>OBJETIVOS ESPECÍFICOS:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Develar el imaginario de la mujer en Colombia, en dos períodos de tiempo, los años 80 – 90 y 2000 hasta la actualidad, en la literatura colombiana. • Indagar sobre el papel político y 		

<p>una especie de somatización de las relaciones sociales de dominación.</p>		<ul style="list-style-type: none"> • ¿Desde la literatura, cómo se refleja la relación de dominación sobre la mujer? 	<p>social de la mujer en Colombia y su correlación con las novelas analizadas.</p> <ul style="list-style-type: none"> •Evidenciar la relación de dominación sobre la mujer, presente en tres novelas de la literatura colombiana. 	<p>voluntad del hombre y de la sociedad, en donde su condición como sujeto político y social es desdeñada.</p> <p>En este sentido, su voz es acallada y su presencia opacada en la esfera pública.</p>	
--	--	---	--	--	--

Esquema de Preguntas a los Objetivos

Objetivo General: • Analizar el discurso sobre el imaginario de la mujer en Colombia, como un actor político y social a través de tres obras literarias, en dos períodos de tiempo, los años 80 – 90 y 2000 hasta la actualidad.	¿Qué?	Analizar
	¿Quién?	la literatura colombiana
	¿Cómo?	Arqueología del Saber
	¿Cuándo?	Años 80-90 y 2000 a la actualidad.
	¿Dónde?	Colombia
	¿Por qué?	La literatura, en tanto arte se ha constituido como medio de expresión y reflejo de la realidad social y en esa medida, a partir de sus narraciones permite dilucidar y entrever el imaginario que históricamente se ha construido sobre la mujer como un actor político y social en Colombia.
Objetivo Específico 1: • Develar el imaginario de la mujer en Colombia, en dos períodos de tiempo, los años 80 – 90 y 2000 hasta la actualidad, en la literatura colombiana.	¿Qué?	Develar
	¿Quién?	el imaginario
	¿Cómo?	Arqueología del Saber
	¿Cuándo?	Años 80-90 y 2000 a la actualidad.
	¿Dónde?	literatura colombiana
	¿Por qué?	En la lógica de que la literatura refleja la realidad social y que dicha realidad está sustentada sobre imaginarios y valores sociales históricamente constituidos, se pretende conocer cuál es el imaginario sobre la mujer en Colombia en los períodos aquí propuestos, y cómo este se ha mantenido en el tiempo pero a su vez, responde y se ajusta a las nuevas lógicas y fenómenos sociales correspondientes a cada época.

<p>Objetivo Específico 2: Indagar sobre el papel político y social de la mujer en Colombia y su correlación con las novelas analizadas.</p>	¿Qué?	Indagar
	¿Quién?	el papel político y social de la mujer
	¿Cómo?	Arqueología del Saber
	¿Cuándo?	Años 80-90 y 2000 a la actualidad.
	¿Dónde?	Colombia
	¿Por qué?	Conocer a través de la literatura, las luchas políticas y sociales que han sostenido las mujeres colombianas, en razón de conquistar derechos y espacios en la sociedad que históricamente le han sido negados. Y cómo a partir de estas luchas se ha resignificado el papel de la mujer en la sociedad, y en esa medida, se ha buscado eliminar con los imaginarios sociales que la han ubicado más como objeto que como sujeto político.
<p>Objetivo Específico 3: Evidenciar la relación de dominación sobre la mujer, presente en tres novelas de la literatura colombiana.</p>	¿Qué?	Evidenciar
	¿Quién?	la relación de dominación
	¿Cómo?	Arqueología del Saber
	¿Cuándo?	Años 80-90, 2000 a la actualidad
	¿Dónde?	Colombia
	¿Por qué?	El discurso literario además de describir prácticas sociales, valores y contextos socioeconómicos y políticos; refleja y denuncia aquellos imaginarios sociales que definen y determinan el actuar de los individuos en ésta, los cuales están sustentados en discursos excluyentes y androcéntricos. La literatura narra cómo a partir de dichos imaginarios sociales, se han establecido y sustentando relaciones de dominación sobre la mujer.

Esquema de conceptos explícitos e implícitos

Objetivos	Conceptos Explícitos	Conceptos Implícitos
<p>Objetivo General: Analizar el discurso sobre el imaginario de la mujer en Colombia, como un actor político y social a través de tres obras literarias, en dos períodos de tiempo, los años 80 – 90 y 2000 hasta la actualidad.</p>	<p>Sujeto político y social</p>	<p>*Lo íntimo y lo subjetivo *La política y lo político * Representación: Identidad *Esfera pública y privada</p>
<p>Objetivo Específico 1: Develar el imaginario de la mujer en Colombia, en dos períodos de tiempo, los años 80 – 90 y 2000 hasta la actualidad, en la literatura colombiana.</p>	<p>Imaginarios sociales</p>	<p>*Contexto sociopolítico * Imperialismo cultural: *Valores Sociales *Estructura-<i>Habitus</i> *Lo común y lo cotidiano</p>
<p>Objetivo Específico 2: Indagar sobre el papel político y social de la mujer en Colombia y su correlación con las novelas analizadas.</p>	<p>Ciudadanía: Empoderamiento</p>	<p>*Participación política *Derechos políticos y sociales *Ciudad-Hogar Educación-Trabajo *Feminismo: *Movimientos sociales</p>
<p>Objetivo Específico 3: Evidenciar la relación de dominación sobre la mujer, presente en tres novelas de la literatura colombiana.</p>	<p>Dominación</p>	<p>*Relaciones de Poder *Discursos excluyentes y androcéntricos *Violencia</p>

Sistema Categorical			
Categoría de 1er orden	Categoría de 2do orden	Categoría de 3er orden	Referente Bibliográfico, Jurídico y Teórico
1. Actor Político y Social	1.1. Dominación Masculina	1.1.1. Visión naturalista y dicotómica del mundo	*Arreaza, C., & Tickner, A. B. (Ene-Abr de 2002). Postmodernismo, postcolonialismo y feminismo: manual para in-expertos. <i>Colombia Internacional</i> (54), 14-38. *Sandoval Robayo, M. (2002). Pierre Bourdieu y la Teoría sobre la dominación masculina. <i>Revista Colombiana de Sociología</i> , 55-73.
		1.1.2. Dominación tradicional: Instituciones 1.1.3. Violencia física, verbal, psicológica, simbólica y económica.	*Bourdieu, P. (2000). <i>La dominación masculina</i> . España: Anagrama. *Weber, M. (2002). Los tipos de dominación. En <i>Economía y Sociedad</i> (págs. 170-241). España: Fondo de Cultura Económica.

<p>1.2.Imaginarios Sociales</p>	<p>1.2.1. Discursos Excluyentes y Androcéntricos 1.2.2 Imperialismo Cultural 1.2.3. Lo común y lo cotidiano</p>	<p>*Santos, M. (1997). Capítulo. 14. El lugar y lo cotidiano. En <i>La Naturaleza del Espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción.</i> (págs. 267-281). Barcelona: Ariel, S.A.</p> <p>*Soja, E. W. (2008). <i>Simcities. La reestructuración del imaginario urbano.</i> En <i>Postmetropolis: estudios críticos sobre las ciudades y las regiones</i> (págs. 451-485). Madrid: Traficantes de Sueños.</p> <p>*Taylor, C. (2006). <i>Imaginarios Sociales Modernos.</i> España: Paidós.</p> <p>*Velasco Maillo, H. (2007). <i>Cuerpo y espacio. Símbolos y Metáforas, representación y expresividad en las culturas.</i> Ramón Areces.</p> <p>*Young, I. M. (2000). <i>La justicia y la política de la diferencia.</i> España: Ediciones Cátedra Universidad Valencia.</p>
<p>1.3. Ciudadanía</p>	<p>1.3.1. Esfera Pública y Privada 1.3.2. Lo íntimo y lo subjetivo 1.3.3. La identidad: Emociones y pasiones</p>	<p>*Arendt, H. (2003). <i>La Condición Humana.</i> Buenos Aires: Paidós.</p> <p>*Camps Cervera, V. (2011). <i>¿Qué son las emociones?</i> En <i>El Gobierno de las emociones.</i> Barcelona: Herder.</p> <p>*De Certeau, M. (1990). Capítulo III: Valerse de Usos y Prácticas. En <i>La Invención de lo Cotidiano. I. Artes de Hacer</i> (págs. 35-52). México: Cultura Libre.</p> <p>*Di Filippo, M. (s.f.). Walter Benjamín y Jacques Rancière: Arte y Política. Una lectura en clave epistemológica. <i>Revista de Epistemología y Ciencias Humanas</i>, 257-288.</p> <p>*Eagleton, T. (2006). <i>La Estética como Ideología.</i> España: Editorial Trotta.</p> <p>*Onfray, M. (2008). Capítulo Primero: Del Instinto. En <i>Teoría del cuerpo enamorado</i> (págs. 149-175). Barcelona: Pre-Textos.</p>

Capítulo Cuatro: Análisis Empírico de los Datos

Para el propósito de este trabajo, fue necesario hacer un recuento académico e histórico sobre la mujer en Colombia, la literatura y la política, y en este sentido, demostrar que la mujer a pesar de las múltiples y densas barreras impuestas por una sociedad machista, patriarcal y jerarquizada, en su camino de lucha y reconocimiento, se ha revelado decididamente a esos imaginarios sociales y construcciones simbólicas, que tienen por objeto subyugarla y relegarla a un ámbito netamente privado, sin derechos ni participación alguna. No obstante, dicha lucha ha contado con muchas batallas, unas ganadas y otras que aún se encuentran cernidas en el tintero; enemigos y detractores, incluso por parte de las mismas mujeres; conquistas materializadas en espacios, en leyes, en voces, en presencia, en votos, en participación. La búsqueda por la igualdad de género en un Estado como el de Colombia, ha sido un proceso democratizador de la democracia, un proceso político que enuncia y reclama los postulados que hacen llamarlo como un Estado Social de Derecho, y en esa lógica, la mujer reclama su posición y condición como sujeto político y social de esta sociedad. El empoderamiento de la mujer, ha sido entonces una ardua tarea que aún se encuentra en proceso de construcción.

En este apartado, en un primer momento se realizó un esbozo de los trabajos encontrados sobre la tríada, Mujer, Política y literatura en Colombia enmarcadas todas en los siglos XIX y XX; en un segundo momento, se hizo referencia a las movilizaciones, luchas y retos que han emprendido las mujeres colombianas durante los períodos de interés para esta investigación; en un tercer momento, se encuentra la caracterización de las novelas fuentes de análisis en esta trabajo investigativo y por último, se presenta el análisis de las obras referidas.

4.1. La mujer, la política y la literatura en otras investigaciones

De la revisión bibliográfica sobre el imaginario de la mujer en la literatura colombiana, nos encontramos con dos hechos evidentes, es poco lo producido sobre el tema y, la mayor parte de quienes se han interesado por ello, han enmarcado el análisis en la literatura de los siglos XIX y XX². No obstante, dichas producciones académicas permiten evidenciar aspectos importantes en torno a esta investigación. Dicha revisión, está constituida por un total de 12 artículos de revistas especializadas, que de acuerdo a lo trabajado por cada uno de los autores, es posible agrupar en 3 categorías. El primero, hace referencia a la relación existente entre *la política y la literatura*, en donde los autores aquí incluidos, Dairo Correa Gutiérrez, considera que la literatura es un elemento de representación testimonial de los fenómenos sociales y políticos de una sociedad.

El valor de la literatura como fuente para la historia (política, económica, social y cultural), la sociología y la ciencia política pasa por considerar al discurso literario en su carácter de expresión social que almacena testimonios de fenómenos sociales con igual validez que la prensa, el género biográfico y los escritos académicos, no obstante su grado de ficción. (Correa Gutiérrez, 2008, p.75-76)

² Algunos de las autores que han estudiado a la mujer desde la literatura, especialmente la del siglo XIX son:

- Borso, V (1994). La escritura femenina en Colombia en la década de los 80. En K. Kohut, *Literatura colombiana hoy: imaginación y barbarie* (págs. 189-206). España: Iberoamericana: Vervuert Verlags gesellschaft.
- Giraldo, L. M (1998). Ellas cuentan: De la Colonia a nuestros días. Prólogo. En *Ellas cuentan: De la Colonia a nuestros días*. Bogotá: Seix Barral.
- Hincapié Hincapié, L (Ene-Jun. de 2007). Virgen, ángel, flor y debilidad: paradigmas de la imagen de la mujer en la literatura colombiana de finales del siglo XIX. *Tabula rasa: Revista de Humanidades*, 287-305.
- Jaramillo, M., Osorio, B., & Robledo, Á (1995). Literatura y Diferencia. Estudio preliminar y presentación. . En *Escritoras colombianas del siglo XX*. Medellín: Universidad de Antioquia. Navarro, N.G. La mujer como ciudadana: Desafíos de una coqueta en el siglo XIX (1997). *Iberoamericana LXIII*, 178-179 (págs.129-140).
- Raymond L, W (1991). La ideología y la novela de los siglos XIX y XX en Colombia. En *Novela y poder en Colombia*. Colombia: Tercer Mundo Editores.

El discurso de la literatura describe situaciones sociales, valores, costumbres, prácticas y episodios de la vida cotidiana. Además de ser fuente del contexto sociopolítico de una sociedad, es una gran contribuyente para poder comprender las lógicas enmarcadas en ésta, las representaciones y significaciones de experiencias y realidades vividas de sus actores. Según lo refiere en sus escritos Claudia Gilman (2003), durante los años sesenta y setenta la política constituyó el parámetro para legitimar la producción literaria de los escritores de Latinoamérica³.

La construcción narrativa no fue un elemento aislado del contexto sociopolítico, y al discurso literario se le demandó compromiso con causas políticas, la inclusión de sectores sociales subalternos en las tramas ficcionales y un esmero en construir referentes políticos de estímulo o crítica a situaciones específicas del poder constituido. (Correa Gutiérrez, 2008, p.241)

En ese sentido, la relación que aquí se refiere, literatura y política, señala un compromiso del literato, en tanto actor político y social, que debe asumir su responsabilidad de evidenciar y denunciar la realidad de su entorno. Por otra parte, el segundo grupo, tal vez el más significativo, dado los elementos que ofrece para lo que aquí nos compete, hace alusión a la relación directa entre *la mujer y la literatura*. En este grupo, los autores (Gámbaro; Borso; Hincapié; Navarro; Jaramillo y Giraldo) coinciden en el papel tradicional que la mujer ha tenido en la literatura; además de la necesidad de romper con imaginarios contruidos sobre lo que ésta debe escribir, es decir, sobre lo que se ha considerado como escritura femenina. “El reto de la escritura femenina tiene asimismo parentesco con el reto hispanoamericano: al aceptar una disyuntiva basada sobre la dependencia, se hace difícil devolver la mirada del padre creador o salir de sus sistemas de representación y de su lógica” (Borso, 1994, p.190).

La literatura como representación de una realidad y permeada por esta, contribuye a la producción y perpetuación de identidades, imaginarios e ideologías, en este caso, la ideología patriarcal, que busca mitificar desde la naturaleza biológica la identidad de las mujeres “La identidad no es una necesidad ontológica, sino un sistema simbólico de representación

³ Como ejemplos de producciones literarias, en donde la política es el eje central, se encuentran: “*Yo el supremo*” de Augusto Roa Bastos, “*La Silla del Águila*” de Carlos Fuentes y la novela del escritor hispano Mario Vargas Llosa con su novela “*La Fiesta del Chivo*”- ; o a nivel mundial la novela política de George Orwell “*1984*”.

occidental-patriarcal y machista, históricamente extendido al sujeto colectivo nacional con el nacer de la ideología de la nación en el siglo XIX” (Borso, 1994, p.192).

Los autores de estos artículos señalados anteriormente, analizan obras escritas por mujeres en Colombia, evidenciando que la literatura de los siglos XIX y XX habla de una mujer condicionada al modelo patriarcal. En estos textos se examinan las representaciones de los personajes femeninos y la manera en que las condiciones de la época y los imaginarios construidos, delineaban su conducta y condenaban las acciones que rompían con lo establecido. Una mujer que sólo podía seguir con abnegación los parámetros de una sociedad jerarquizada, en donde ella ocupaba el último lugar de la fila.

La imagen de la mujer que se representa en la literatura de finales del siglo XIX sigue los paradigmas de la mujer cristiana, estimulándola a ser sumisa, obediente, fiel a Dios, al padre, al esposo; en otras palabras, al modelo patriarcal. También debe contar dentro de sus virtudes la abnegación y la resignación frente a las dificultades de la vida, el silencio, el pudor, el miedo (al mal y a sí misma, puesto que puede caer fácilmente en éste). Y la humildad, entre otras recomendaciones que delimitan su conducta. (Hincapié Hincapié, 2007, p.290).

Así mismo, la literatura de esa época evidencia la imposibilidad de que la mujer se asumiera como ciudadana dada su posición de inferioridad frente a los hombres. Existía una aceptación y somatización frente a esa condición, y en esa medida, frente a sus responsabilidades, sus actividades y disposiciones en la sociedad.

¿Cómo puede la mujer pretender la ciudadanía cuando carece de independencia...? La mujer está destinada especialmente a ser la compañera del hombre... el mismo Dios lo mandó así; la naturaleza misma las corrobora... Por otra parte, que chocante nos será ver a la mujer abandonar sus quehaceres y salir al campo eleccionario... ¿qué sería del hogar doméstico vuelto al foco de querellas y debates? ¿Qué de la familia? ... ¿qué del respeto y la moralidad en una casa donde no se sabría quién era el amo?. (Navarro, 1997, p.129)

Todas esas justificaciones que marcaban la diferencia, e inferioridad de la mujer provienen de determinismos biológicos que hacen posible la subordinación y control de esta. Ella solo era útil para asegurar su influencia moral dentro de la casa. Si bien, la mujer en el siglo XIX, conquistó la posibilidad de escribir y ser reconocida en la sociedad por dicha actividad, existía

cierto reproche sobre ellas mismas, en tanto que habían “usurpado”, un terreno y una posición pública que era exclusiva del mundo de los hombres. “La mujer que escribe en el siglo XIX es consciente de que el acto de escribir es subversivo para el orden patriarcal preestablecido, de allí la necesidad de disculparse” (Hincapié Hincapié, 2007, p.195).

El último grupo, y no por eso el menos importante, es el que compete a *la ciudad y la literatura*. Los autores (Blanco; Gallego y Atehortúa) señalan que en la literatura, es posible contar la historia de las ciudades y los fenómenos que en un determinado momento la atraviesan. De manera que la literatura, puede convertirse en una fiel imagen de lo acaecido, una fotografía del pasado “La palabra escrita nos permite acceder a la función fundamental de la literatura: ejercer presión sobre la memoria para que no escape al olvido necesario que en ocasiones nos impone el tiempo” (Blanco Puentes, 2010, p.3). La ciudad como lugar geográfico, como ente territorial, simultáneamente es sitio propicio para la narración actual, pues es espacio, modo de vida y forma de pensamiento, de acción o reacción. En breves palabras, la ciudad reclama y afirma una forma de expresión y de escritura.

La literatura tiene su propia función social, de ahí que todo escrito cumpla con determinadas necesidades comunes a todos los pueblos: perpetuar la memoria, es decir, aniquilar el olvido; reconstruir la historia, o procurar que las heridas sanen; alimentar la vida, es decir, generar una esperanza que vaya más allá del límite; (re)conocernos por medio de la palabra, o hacer que la voz se instaure en un nuevo orden y comience la reescritura de la humanidad (Blanco Puentes, 2010, p.4).

En este sentido, dichos artículos nos permiten sustentar lo que aquí abordamos, que es precisamente, la significación de la mujer como un actor político y social desde la literatura en nuestro país durante dos períodos o momentos diferentes, y de esa forma comprender a través de ésta, los imaginarios sociales que enmarcan y construyen sistemas y símbolos de significado que configuran los roles en una sociedad. Así mismo, analizar el establecimiento de relaciones de dominación, a partir de la construcción y significación social.

4.2. El ayer de la participación política de la mujer

Partiendo del hecho de que la cultura es una construcción histórica que se entreteje en la sociedad, y que en ocasiones presenta resistencia al cambio, en otras, se comporta de manera volátil y efímera demostrando que no siempre corresponde a un proceso permanente y continuo. El *ethos* de una sociedad además de ser producto de un proyecto político y cultural, compuesto por un conjunto de valores y principios que enmarcan el deber ser; es igual, producto del devenir histórico de su pueblo, convirtiéndolo en un sistema simbólico de representación, mediante el cual se logra el consenso de sus pobladores y se consolidan procesos de cohesión social, integración cultural y política; y en esa medida, se determinan roles que condicionen el actuar en la sociedad.

De acuerdo a lo anterior, para el cometido de este trabajo, fue necesario contextualizar los períodos 80 – 90 y 2000 al presente, no sin antes hacer alusión a ciertos momentos y fenómenos sociales de años anteriores, que puedan dar una visión más panorámica y explicativa de los dos períodos que aquí nos interesa. En este sentido, se pretende evidenciar de qué manera se significó la mujer como sujeto político en cada uno de ellos, entendiendo que la sociedad colombiana experimentó grandes cambios económicos, sociales y políticos, que transformaron estructuralmente la sociedad y de esta forma, la concepción de mujer y su rol en ella; paralelamente, la mujer cuestionó su papel y lugar en ésta, en relación a lo tradicionalmente establecido.

Desde mediados del siglo XX, Colombia ha sido objeto de profundas transformaciones. El proceso de modernización económica, no transformó integralmente a los distintos sectores socio-económicos, porque mientras unos reciben el apoyo directo del Estado, otros son desdeñados. “Este proceso de exclusión, de no modernización integral, habrá de convertir los sectores atrasados en un lastre para el mismo desarrollo industrial y en causa del agravamiento de la crisis social” (Granda, Mejía, & Londoño, 1994). A partir de estos procesos de modernización económica, inicia un acelerado crecimiento urbano, que hace incapaz a las ciudades de responder

ante las demandas de la población, convirtiéndolas en nuevos epicentros de pobreza, lo que a su vez conllevará a constituir nuevas violencias. Así mismo, la violencia sectaria de los partidos tradicionales del país, permitieron el nacimiento del Frente Nacional, dejando en la penumbra toda posibilidad de un cambio democrático.

Ni los campesinos, ni los nuevos actores sociales, surgidos como consecuencia de la modernización económica y socio-urbana, encontrarán canales de participación o de acceso al ejercicio del poder en el Estado. De ahí que sus necesidades permanezcan insatisfechas o que se comience a buscar "otros" caminos para su solución por fuera de las vías institucionales. (Granda, Mejía, & Londoño, 1994).

Este vacío de Estado será necesariamente el terreno abonado para el surgimiento y consolidación de los diferentes movimientos guerrilleros, tal como lo señala León Gómez Pizarro (1987) en su texto *La Guerrilla en Colombia*

La guerrilla sería en el contexto de esa democracia restringida uno de los pocos instrumentos viables para la expresión de las demandas y expectativas de los sectores excluidos en este sistema cerrado y por tanto nacería cobijado de un no despreciable margen de legitimidad (p.113).

Con el inicio del Frente Nacional, las mujeres vieron fracasadas todas las luchas fraguadas en razón de construir la noción de ciudadanía y obtener los derechos políticos que esta implica. Durante el período de 1949 a 1957, habían sostenido una lucha política en razón del derecho al sufragio, que el 25 de agosto de 1954 se aprobó y sólo en el año 1957 se materializó⁴. Aquella no fue una batalla fácil, pero logró el reconocimiento de los derechos políticos de las mujeres, y algunos jurídicos que transformaría la estructura de participación ciudadana y democrática del país. Esta primera ola del feminismo estuvo dirigida principalmente a la conquista de derechos

⁴ La historia del voto en Colombia, es una historia de exclusiones y discriminación pero también de luchas por los derechos y libertad. Curiosa y paradójicamente, es en el marco de la dictadura militar del General Rojas Pinilla, que se consolida el sufragio femenino, entendido este como la posibilidad de que las mujeres colombianas hagan presencia en el espacio político. Desde un régimen autoritario, limitante y despótico, se abre paso a que las mujeres, se asuman y sean consideradas como sujetos políticos, condición propia de un sistema democrático puesto que propende por la igualdad de derechos, la participación activa e incluyente de todos los ciudadanos y el reconocimiento de los sujetos como actores políticos, más que de un sistema político militar.

civiles y políticos para las mujeres. Tal como lo afirma Ofelia Uribe de Acosta, una pionera del sufragismo y del feminismo en nuestro país en la década de los 30, “luchábamos por el derecho al manejo de nuestros bienes, a la educación y al voto que eran los instrumentos necesarios para obtener luego, por nuestra cuenta, las otras condiciones de igualdad jurídica y social” (Anónimo, 1985). Si bien se crearon muchos movimientos políticos de mujeres, en razón de participar políticamente, dicha vinculación al espacio público, sólo se dio en dos líneas de acción, la cívico-política y la partidista. Sin embargo, esta participación no fue tan significativa en la medida en que no hubo cambios en las funciones y papeles tradicionales que venían desempeñando. Es decir, aunque se modernizaron las instituciones, la acción de la mujer fue apropiada por la sociedad patriarcal, en tanto que “la participación no lograba transformar la posición de las mujeres, sino reproducir las bases de la exclusión. A lo sumo se consiguió modernizar las formas de relación política, sin cambios sustanciales en las relaciones género-política” (G. Luna & Villarreal Méndez, 1994).

Sobre estas lógicas sociales, a inicios de los años 70 se avizoran procesos de movilización social en donde las mujeres reactivan su lucha. Esta nueva ola del feminismo, cuestiona no sólo su igualdad en el campo político, sino también, su igualdad en el ámbito social, igualdad que trasgrede lo público con lo privado, en tanto que lo íntimo es político y en esa medida, inicia un proceso de sublevación frente a lo cotidiano, lo privado y lo tradicionalmente establecido. Es decir, inicia un proceso de politización de la vida privada, en donde ésta, se convierte en una fuente inagotable de preguntas y así mismo, en una posibilidad para encontrarse como sujetos políticos y sociales. De acuerdo a esto, se fue configurando un feminismo rebelde, anti sistema, radical y crítico del patriarcado y de las instituciones que lo sustentan.

La diferencia entre el primer momento del movimiento feminista y entre este aún incipiente, radica especialmente en las visiones y concepciones que se consideraban era un asunto de la esfera privada y aún más complejo, eran asuntos que no podían ni pensarse, ni hablarse, en tanto que la ley divina y la ley del hombre, así lo habían constituido, tal como el aborto libre y gratuito, el cuerpo, la violencia doméstica, la intimidad, la autonomía y la liberación de todas las cargas y estereotipos que la sociedad ha impuesto a las mujeres. La Segunda ola del feminismo en Colombia fue una revolución de la subjetividad o de la vida que va a luchar por la autonomía

frente al padre, al compañero, al Estado, la Iglesia y toda la institución o relación que la subordine, subyugue, discrimine o explote. “El movimiento feminista ha sabido que la opresión pasa fundamentalmente por una colonización de los cuerpos, de los pensamientos y los deseos de los individuos” (Vélez Saldarriaga, 2009, p.66). Es por esta razón, que se dirigen a situaciones que se viven desde la cotidianidad, desde las relaciones sociales y la sexualidad, subvirtiendo así toda concepción tradicional de hacer política y enfrentando las bases que sostienen los pilares del poder. “Los nuevos movimientos sociales sostienen que los actores sociales colectivos se constituyen como tales en los procesos y espacios en que exponen sus demandas y avanzan en sus luchas” (Lamus, 2008, p.26).

Ahora bien, la década de los años 80 sufrió una crisis de múltiples dimensiones puesto que fue una de las épocas más oscuras y cruentas de la historia colombiana, marcada por un fenómeno de violencia signada por el narcotráfico, la acción guerrillera y la respuesta paramilitar, además evidenció situaciones de exclusión de amplios sectores de la población urbana y rural; desequilibrios sociales y económicos; fragmentación del aparato estatal así como su ineficiencia y precariedad, expresado en formas dramáticas de corrupción e impunidad.

Los grupos paramilitares surgieron tras el despliegue militar guerrillero, en tanto que son una manifestación reaccionaria a los desmanes de las guerrillas y a la incapacidad del Estado para resolver los problemas de orden público y los conflictos sociales. Nacieron entonces como grupos de autodefensa. No obstante, dichas formas legítimas de defensa, pronto fueron menos lícitas, puesto que si bien no tenían un carácter de legalidad, contaban con la aprobación y legitimidad de la sociedad que las promovía, avalaba y reconocía, pero que en la justificación de su actuar, fueron sucumbiendo a actuaciones que rayaban con la ilegalidad y aún más con la barbarie “Casi todos estos grupos, ya fueran soldados convencidos de la urgencia de enfrentarse a la guerrilla por métodos poco ortodoxos, antirrevolucionarios de corazón, defensores de sí y de los suyos o delincuentes comunes, que aprovechaban el paramilitarismo para sus propios fines, acabarían uniendo objetivos e intereses comunes, mediados los años noventa” (Rivas Nieto & Rey García, 2008). Los lazos creados entre paramilitares y narcotráfico, tal vez fue la hecatombe que erosionó a nuestro país.

Como idea sintética y precisa puede decirse que la entrada del narcotráfico en la vida del país produjo un doble efecto: desestructuró a los políticos y al Estado y aglutinó a la delincuencia común y, al dañar al Estado, permitió alianzas de sectores diversos con el narcotráfico que dieron origen a una forma más perversa de paramilitarismo. (Granada, 1998).

En este sentido, lo que en un principio permitió el nacimiento de las guerrillas y su establecimiento como poder político y militar en varias regiones del país, a saber, la debilidad del Estado en gran parte del territorio colombiano y su incapacidad para dar respuesta a las problemáticas que aquejaban a la sociedad; así mismo, permitió el actuar del narcotráfico, que a través de sus lógicas, desestabilizó la seguridad de un país que ya vivía en guerra, e impuso condiciones a la población civil, que permitieron llevar a cabo su negocio económico. El narcotráfico en Colombia, contó con un Estado más interesado en acabar con la guerrilla, además del aval de muchos líderes políticos que al incriminarse, se hicieron de la vista gorda ante esta problemática, permitiendo así su fortalecimiento.

Sumado a lo anterior, en los años noventa inició un proceso de apertura económica que buscó transformar la política comercial y eliminar las barreras al comercio exterior y en esa medida, buscaba una mayor competitividad de la industria y facilitar la inversión que le apostará al crecimiento económico del país. Si bien la globalización y la apertura económica han transformado gradualmente la economía de nuestro país, es importante señalar que no toda esa transformación ha sido positiva, en tanto que ha generado impactos sociales de desestabilización en gran parte del territorio nacional, puesto que la lógica de dicho proceso es de difícil acceso a la gran mayoría de campesinos, que no cuentan con la suficiente capacidad adquisitiva para potenciar y rentabilizar sus producciones, añadiéndole, políticas estatales que han producido un desarrollo rural excluyente y desigual, perpetuando así un modelo de mercado que siempre ha sido junto con la propiedad privada, el fundamento del desarrollo del país, en el marco de una estructura completamente capitalista.

Es en el sector rural en donde se evidencia con mayor claridad la enorme distancia entre las metas de desarrollo social y las posibilidades reales de lograrlas, porque a pesar de la gran riqueza natural disponible, este sector ha sufrido paradójicamente los embates del nuevo modelo económico; además de los problemas estructurales como la inequitativa distribución de la tierra y

las situaciones de tipo coyuntural como la violencia, el narcotráfico, el desplazamiento forzado y la precariedad del Estado.

En resumen, si a principios de esta década se pudieron apreciar resultados positivos en la situación económica, el saldo final del decenio genera preocupación puesto que la economía colombiana no dejó de ser inestable; la desigualdad e inequidad social en la distribución de la riqueza y los procesos de fragmentación social se profundizaron, consolidando la presencia de sectores de la comunidad signados por la exclusión, generando un creciente desencanto en la población civil. Así mismo, en pro de dar un fin al agreste fenómeno de violencia sufrido en Colombia, se inició un programa antinarcótico con el gobierno de Bill Clinton de Estados Unidos, denominado *Plan Colombia para la Paz*, el cual surgió como una iniciativa de desarrollo para el país, a través del financiamiento de proyectos sociales y la rehabilitación de las zonas afectadas por la violencia.

4.3. La Mujer y su participación política Hoy

El nuevo milenio para Colombia se “presenta” como un futuro promisorio cargado de retos y contradicciones, como una oportunidad para resarcir tanto dolor y sufrimiento, para mitigar el hambre, regresar los desplazados a sus tierras y hogares, crear oportunidades de participación política y desarrollo económico. Un milenio que busca borrar las huellas de la guerra, sembrar esperanza, restaurar el orden, escuchar la verdad e impartir justicia. En estas lógicas, se inicia con lo que sería el primer paso para hacerlo realidad, a saber, las negociaciones de paz. En un primer momento, se encuentran los realizados por el gobierno de Pastrana con la guerrilla de las FARC a partir de la concesión de zonas de distensión. En un segundo momento, en el gobierno de Álvaro Uribe Vélez, a través de la Ley de Justicia y Paz, se emprendió el proceso de Desmovilización, Desarme y Reintegración (DDR) a la vida civil de los integrantes de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Estos primeros intentos de dar fin al conflicto armado interno no lograron su cometido.

No obstante, existe un último y actual momento, en el gobierno de Juan Manuel Santos, en donde se viene fraguando un nuevo proceso de paz con la guerrilla de las FARC. La agenda del

actual proceso de paz, está integrada por cinco puntos, a saber, la política de desarrollo agrario integral, que demanda la creación de una *Reforma Agraria* justa y equitativa, resolviendo los problemas de tierras que ha sido uno de los mayores conflictos debido a las grandes concentraciones que tienen algunos sectores de la sociedad; *la participación política*, en donde se debate el hecho de que exista la posibilidad de aspirar a cargos públicos y así mismo, que existan garantías y derechos para los nuevos movimientos que surgen en el marco de enriquecer el sistema democrático; Solución al problema de las drogas ilícitas, que busca la *erradicación y sustitución de cultivos ilícitos* a través de planes integrales de desarrollo, recuperación ambiental de zonas afectadas por el narcotráfico, además de programas de prevención de consumo y solución del fenómeno de producción y comercialización de narcóticos. Y el *fin del conflicto*, que hace referencia precisamente a la dejación de armas y el cese al fuego, además de la judicialización y reincorporación de los guerrilleros a la vida civil. (Nullvalue, 2012).

El punto de *víctimas y verdad*, para la cual se creó la Comisión de la Verdad, la Comisión Histórica del conflicto y las víctimas CHCV, se busca la verdad, la justicia y el resarcimiento de las mismas, además del fortalecimiento del aparato judicial y administrativo y la generación de condiciones propicias para promover y consolidar la paz y la reconciliación nacional. En este punto, las mujeres representan un papel significativo en tanto que son una de las cuotas más altas de víctimas en esta guerra⁵. De acuerdo a lo anterior, se puede decir que la equidad de género es una condición para la democracia y en consecuencia, para la paz y, un requisito indispensable para hacer posible la modernización de las instituciones del Estado y lograr una verdadera inclusión y participación de los sujetos políticos.

⁵ “Las cifras que me suministra la Unidad para las Víctimas son aterradoras. Hasta este momento hay 3.657.438 mujeres que han sido reconocidas como afectadas personalmente en el marco del conflicto armado. Eso significa, ni más ni menos, “que más del 50 por ciento del total de víctimas son mujeres”, dice Gabriel Bustamante Peña, subdirector de la Unidad (...). De ellas, más de 3 millones fueron desplazadas a la fuerza de sus pueblos, veredas y hogares. Otras 440.000 han sido asesinadas. La lista es sobrecogedora: siguen luego las amenazadas, las torturadas, las que desaparecieron sin dejar rastro, las niñas y adolescentes reclutadas a la fuerza, las mutiladas por minas explosivas, las secuestradas”. GOSSAÍN, Juan. (2015, 20 de octubre). Las mujeres son las primeras víctimas del conflicto armado en Colombia. *El Tiempo*. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/mujeres-victimas-del-conflicto-armado-en-colombia/16408896>

En ese sentido, el reto de los Estados, es precisamente cumplir con los Objetivos de la Declaración del Milenio, proclamados por 188 países miembros de las Naciones Unidas que participaron del 06 al 08 de septiembre del año 2000 en la Cumbre del Milenio. “En esta Cumbre se plantearon como valores fundamentales para las relaciones internacionales en el siglo XXI: la libertad, la igualdad, la solidaridad, la tolerancia, el respeto de la naturaleza y la responsabilidad común” (Londoño López, 2008, p.8). Colombia, no ajeno a estos propósitos, y para dar cumplimiento a dicha Declaración, el 14 de marzo de 2005, formuló metas y estrategias, en razón de cumplir con cada objetivo propuesto.

En total, son ocho los objetivos de desarrollo del milenio (ODM, 2000)⁶. Pero para este caso, el objetivo que nos interesa es el tercero, referido a la igualdad de género y el empoderamiento de la mujer, el cual es un objetivo fundamental para el progreso del desarrollo humano, en donde la Organización de Naciones Unidas (ONU) está comprometida con hacer que la equidad de género sea una realidad, no sólo por ser un imperativo moral, sino también como un comprobado potenciador de la prosperidad y el bienestar de todos (ONU, 2000).

Así mismo, Colombia en razón de dar cumplimiento a dicho acuerdo y de fortalecer la participación de las mujeres en la política, se aprobó una medida de acción positiva combinada con el sistema electoral, conocida como la Ley de Cuotas o Ley 581 del 2000, la cual consiste en fijar un porcentaje mínimo de representación femenina en los cargos públicos y los partidos políticos. En otras palabras, esta ley busca garantizar la participación de las mujeres en niveles decisorios de la administración pública, en un mínimo del 30 por ciento. Dicha ley, está basada en el mandato constitucional que señala que todos los ciudadanos tienen derecho a participar en la conformación, ejercicio y control del poder político (Colombia, 1991). “Las leyes de cuotas o de paridad representan un cambio en las políticas públicas sobre igualdad, porque se pasa de una

⁶ Los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM, 2000). son: 1. Erradicar la pobreza extrema y el hambre; 2. Lograr la enseñanza primaria universal; 3. Promover la igualdad de los sexos y el empoderamiento de la mujer; 4. Reducir la mortalidad de los niños menores de cinco años; 5. Mejorar la salud materna; 6. Combatir el VIH/SIDA, la malaria y otras enfermedades; 7. Garantizar la sostenibilidad del medio ambiente; y por último, 8. Fomentar una alianza mundial para el desarrollo.

“igualdad de oportunidades” a una “igualdad de resultados”, que se evidencian en el incremento que logra la participación de mujeres en los cargos de elección popular” (Parody, 2010).

No obstante, es evidente que a pesar de los avances en la construcción de acciones afirmativas y ampliación del marco jurídico para mejorar la realidad de las mujeres en el campo político, siguen existiendo barreras socioculturales y estereotipos de género discriminatorios y fuertes condicionamientos históricos que impiden materializar una activa y efectiva participación, representación e inclusión de las mujeres en éste. La democracia en Colombia es tremendamente precaria y esquiva, pese a los muchos intentos de modernización, y en esa medida, se hace necesario impulsar proyectos y políticas que corrijan la desigualdad histórica referida. Las luchas políticas y sociales del movimiento feminista colombiano, han desarrollado un creativo proceso de reflexión y construcción de nuevas propuestas de acción política que, al tiempo que cuestionan el orden actual, visibilizan y potencializan el accionar de sectores sociales subalternos. No obstante, la brecha que existe entre la ley formal y la realidad, es bastante densa.

Ahora bien, estos espacios para la resignificación de las individualidades e identidades femeninas, no han sido ajenos a los procesos económicos, sociales, políticos y culturales del país, tal como lo presenta María Ema Wills, “no existe un algo o alguien anterior a la política, ya sean intereses individuales o resistencias populares; tanto los unos como las otras, son construcciones históricas mediadas por un lenguaje inscrito en instituciones” (1999). En este sentido, los movimientos sociales tienen un papel significativo en razón de conquistar derechos, reclamar respuestas y soluciones a las problemáticas que les aquejan.

Si bien hubo descensos en la lucha social, puesto que la constante y profunda marcación de violencias en el país no sólo enervan el accionar de los movimientos sociales, sino que cuestionan el funcionamiento de la misma democracia (Archila Neira, 2000). Es posible afirmar que actualmente existe un renacer de los movimientos sociales y un despliegue de nuevos actores que levantan la voz para reclamar y buscar un orden más justo, plural y democrático. Las mujeres y los movimientos feministas que existían se multiplicaron significativamente por todo el territorio nacional y se van generando posiciones y cuestionamientos sobre el papel de dichos movimientos frente a la lucha armada. “Se trata pues de un proceso multidimensional, hecho de grandes sombras y pequeñas luces, donde se cruza y se imbrica lo nuevo y lo viejo, la guerra y la

política, la violencia y la democracia, la atomización y la recomposición del orden social” (Velásquez Toro, 1995, 284). De manera que, muchas mujeres de distintas clases sociales, razas, edades y etnias se unen y emprenden un proceso de consolidación de los nuevos movimientos de mujeres “para protestar por las desigualdades y atropellos justificados en una razón que ha hecho de esta situación algo natural y por lo tanto justificable” (Vélez Saldarriaga, 2009, p.124).

Un ejemplo de esta lucha política y social abanderada por las mujeres en Colombia, se materializa con el movimiento social Ruta Pacífica de las Mujeres, en tanto que son una propuesta política y feminista que reúne múltiples organizaciones sociales y de trabajo, que busca la solución negociada del conflicto armado en nuestro país; en razón de construir una sociedad democrática, justa e incluyente. Ruta Pacífica surge como respuesta a la grave situación de violencia en la que se encuentran las mujeres en las zonas de conflicto; surge para dar visibilización de los efectos de la guerra en la vida de las mujeres; por el reconocimiento de la mujer, no sólo como víctima de la guerra, sino también como actoras sociales y políticas, capaces de llevar a cabo procesos de negociación y construcción de la Paz; y por la exigibilidad de los derechos a la Verdad, Justicia, la Reparación y la Reconstrucción de la memoria histórica individual y colectiva para la no repetición de dicha historia.

Además de este movimiento, existen otros en el mundo que están en la misma línea de accionar, entre ellos se encuentran las Madres de la Plaza de Mayo, Mujeres de Negro, Mujeres por la Paz, Las Madres de la Candelaria, Vamos Mujer y el Movimiento ciudadano por la Paz, entre otros. Movimientos que han logrado socavar los límites existentes entre lo público y lo privado; además de desarrollar un creativo proceso de reflexión y construcción de nuevas propuestas de acción política que al tiempo que cuestionan el orden actual, visibilizan y potencializan el accionar de sectores sociales subalternos.

Así mismo, dichos movimientos en razón de ubicar lo personal y lo íntimo como un asunto político, han cuestionado fundamentalmente el papel y significado atribuido históricamente al cuerpo de la mujer; y cómo a través de una concepción colonialista, machista y esclavista se ha legitimado la comercialización, propiedad y objetivación de sus cuerpos, justificando además violencias que profundizan la subordinación de éstas en un mundo netamente masculino. En contraposición a estas lógicas impuestas y sostenidas en el tiempo, han planteado el cuerpo como

un escenario propio de lo político, reivindicado la autonomía e identidad, defendiendo los derechos sexuales y reproductivos y reafirmandose como sujetos sociales y políticos; además, de pretender romper con la representación artificial y estereotipada de la mujer-objeto sexual construida a partir de imaginarios sociales profunda y naturalmente instituidos.

En este sentido, el reto para las mujeres y el movimiento feminista hoy, radica esencialmente en seguir conquistando aquellos espacios que siguen bajo el esquema de una ideología dominante y totalizadora. Gracias a las luchas que se han generado en pro de reivindicar el lugar que desde el derecho le corresponde a la mujer en la sociedad y el papel que ésta juega en ella; las estrategias, discursos y prácticas que han abanderado estas luchas, están haciendo parte de los contenidos de políticas públicas, leyes y programas del gobierno. También, han hecho presencia en espacios como la plaza, la calle, la escuela, el barrio. Alternativas, igualmente legítimas y sobre todo, políticas, necesarias y efectivas para que dicho sistema cambie y sobre todo, para que el movimiento feminista se mantengan en pie de lucha por la igualdad y libertad.

4.4. Caracterización del discurso literario en tres novelas colombianas: la mujer y su participación

En este apartado, se hace alusión a la narrativa de las novelas que como se enunció anteriormente, además de ser fuente testigo de la historia, la cultura y los cambios estructurales que se entretajan en la sociedad, narran y reflejan los esquemas tipificadores de dominación masculina que han subvertido el papel de la mujer, puesto que se encuentran atravesadas por una visión androcéntrica del mundo.

La literatura es entonces, una visibilizadora, exponente y denunciante de esa realidad e imaginarios socialmente construidos de la mujer. Para ello, se escogieron tres novelas de autores colombianos, que en su narrativa enuncian la problemática que atraviesa el país y evidencian el papel de la mujer, ya sea activo o pasivo, víctima o líder, madre o viuda, que permitió indagar por los imaginarios sociales que se han construido históricamente en nuestro país, y cómo a partir de dichos imaginarios, se establecen espacios, prácticas, posiciones y funciones específicas que significan la construcción de identidades y subjetividades en la vida y realidad cotidiana de las mujeres.

Estas historias se fraguan tanto en la ciudad como en el campo colombiano, que corresponden a significativas y representativas regiones del territorio nacional, y en los períodos que aquí nos interesan, a saber, los años 80-90, 2000 al presente. No obstante, cabe señalar que para este trabajo el tiempo es un pretexto para el análisis desde la Ciencia Política, porque si bien se pretende marcar la diferencia entre ambos períodos, dado que cada uno estuvo atravesado por diferentes fenómenos socioeconómicos y políticos, cada período es la suma y continuidad de cada suceso, de manera que las novelas son una narrativa de lo presente, una expresión y reflejo de lo que fue, es y sigue siendo a pesar del paso del tiempo. Cada historia con sus matices, experiencias, visiones y tintes estéticos que la hacen propia de cada autor, y lo más importante, la hacen objeto de estudio de esta investigación, permiten dilucidar y comprobar una vez más, que el arte, la literatura, son expresiones de lo político. Las tres novelas vistas en su conjunto, dan

cuenta de los objetivos propuestos en este trabajo, y en ellas, existe un discurso igualmente subjetivo, heterogéneo y plural atravesado por la ficción, la realidad y sobre todo, por la visión de mundo del escritor, una visión signada por instituciones políticas, fenómenos sociales y culturales, actores individuales y colectivos de la sociedad.

4.4.1. “Mujeres de Fuego” de Alonso Salazar Jaramillo (1993).

La primera novela que se trabajó fue la de Alonso Salazar Jaramillo, quien es político, periodista y escritor colombiano. *Mujeres de Fuego*, es una novela testimonial que cumple con dos aspectos importantes para este trabajo, a saber, la experiencia vivida, personal y real de cada una de las mujeres que allí se representan, que fueron testigos o protagonistas directas en diferentes situaciones, condiciones y épocas de violencia en Colombia; y la carga estética y libertad del autor para enriquecer el escrito. Esta novela además de tener un carácter historiográfico también, es subjetiva, en tanto permite un acercamiento a los mundos íntimos de los sujetos. En este sentido, esta novela, fue verdaderamente rica para este trabajo, porque son las mujeres las que cuentan, narran su experiencia de vida, tal como lo expresa María Teresa Uribe en la presentación de la misma.

Alonso Salazar incursiona en el mundo de las mujeres, rescatando las historias de vida de algunas, que por diversas razones se encontraron con la violencia, el terror y la muerte, situaciones complejas y siempre dolorosas que las llevaron – a veces sin proponérselo - a asumir papeles protagónicos y estéticos en el macro drama de la violencia colombiana, pero que en sus ámbitos afectivos y cotidianos, en sus mundos de sueños y de nostalgias, de amores y desamores, son como cualquier mujer de su misma edad y condición social. (Uribe, 1993).

En esta obra, las mujeres son las protagonistas en todo lo ancho y largo de sus relatos, dicho esto, difiere de lo que se plantea sobre la invisibilización de la mujer en el lenguaje, dado que muestra una realidad que señala que a pesar de las luchas y conquistas realizadas por las mujeres en esta sociedad, existen imaginarios sociales que siguen cuestionando y opacando el actuar de aquellas que se enfrentan decididamente a las trampas de la guerra y a un mundo androcéntrico que las niega y excluye. En todo su relato, se narran las historias de la vida de mujeres, como *las milicianas* que por las experiencias vividas, encuentran en las milicias un lugar para ellas, y que

entre su concepción de lo bueno y lo malo en el mundo, se mueven en los barrios populares de la ciudad de Medellín, buscando hacer “justicia” y ofrecer “seguridad” a su gente; *las vendedoras*, que ante la empresa próspera del narcotráfico que nació en Medellín y luego se extendió y asentó en otras ciudades del país, se dejaron seducir por la riqueza fácil y por un mundo que así como da también quita, como llena de felicidad, carga de dolor; *la madre de un desaparecido*, que como ella misma denominó su operativo, operación cirirí, es una mujer que lucha incansablemente contra una estructura que con su poder, busca acallar las voces de la verdad, sembrar miedo y reemplazar la justicia por la impunidad; *la juez*, una mujer que desde su puesto de trabajo pretende hacer frente e impartir justicia a una sociedad, pero en esa labor, es testigo de la fuerza y el lado oscuro de la violencia; y por último, está *la ex guerrillera del M-19*, quien en su activismo político-militar, se encuentra con unas condiciones de desigualdad, rechazo y exclusión.

Todas estas historias, se fraguan en el vasto territorio nacional y son testigos de la violencia que históricamente ha marcado nuestro país, ya sea una violencia desde el Estado, el paramilitarismo, la guerrilla, las bandas criminales o el narcotráfico. Violencia, cual sea que fuese su origen, ha ejercido su fuerza, dejado víctimas y derramado sangre en todos los rincones de este país.

4.4.2. “Lápiz de Guerra” de Javier Echeverri Restrepo (2000).

El autor de la presente obra dentro de su trayectoria, ha escrito numerosas novelas, la mayoría de ellas denuncian la violencia y la corrupción que viven tanto algunas ciudades y regiones de Colombia. “La denuncia está en relación directa con la sociedad actual, con sus aspectos marginales y violentos, además las novelas de Echeverri tienen un componente que las acerca a su presente y a la sociedad que critica, este componente es su cercanía con lo narrado” (Castrillón, 2009, p.161). *Lápiz de Guerra*, es una historia real y vivida por el autor, que fue secuestrado por la guerrilla de las FARC en Valencia, Córdoba, en 1993. El autor cuenta el origen de los paramilitares en el país, y como una familia trabajadora, campesina, no puede salvarse de las lógicas perversas que entreteje la guerra, y como el enfrentamiento entre dos fuerzas, la guerrilla y los paramilitares logra acabar con una familia, disponer de sus vidas e ilusiones. Una familia entera queda inmersa en los intereses de unos y de otros, bajo “ideales”

políticos que no le interesaba a nadie más que a los que lo pregonaban y que precisamente, los que sufrieron y sufren en esta historia de terror y de muerte de la guerra colombiana, son aquellos que continuaron su vida dándole la espalda. La guerra pasó de ser un tema que no interesaba, a un tema que carcome los recuerdos, los principios y tradiciones construidos en el seno de un hogar.

Es una novela que se entreteje en el campo, epicentro principal de la guerra en Colombia. El campo a diferencia de las ciudades ha sufrido significativamente los embates de la guerra. La modernidad que a inicios de los años noventa irrumpe en las ciudades de nuestro país, también llega al campo, o mejor, nos acerca a él, con carreteras, carros, luz, y con las novedades tecnológicas que ofrecen comodidad y entretenimiento, que mejoran y agilizan los procesos de manufactura, además de ayudar y facilitar los quehaceres de la casa. Modernidad que de alguna manera permite que las mujeres cuenten con más tiempo, en tanto que los quehaceres del hogar, siempre le han sido destinados y adjudicados a ellas.

La familia Rivero, conformada por los padres y seis hijos, que administraban la hacienda de unos ricos y poderosos turcos, en su cotidianidad comparten la vida en el campo, labrando, sembrando y recogiendo los frutos de la tierra. Pero en esa lógica de la tecnología y la modernidad, poco a poco, se pasa de la agricultura a la ganadería selectiva. De manera que, todos esos cambios y la irrupción de nuevas formas para trabajar y vivir la vida, alteró la vida en la ciudad y en el campo. Este nuevo cambio que se avizora en el territorio colombiano, entrará en conflicto con la visión de agrarismo guerrillero, un agrarismo que desde los orígenes de estas se viene predicando y defendiendo. La guerra terminó matando a los padres, y convirtió a los hijos en víctimas y victimarios de esta. Fueron entregados como cuotas de sangre, como marionetas guerreras, como botines de guerra. Esta novela es la denuncia disiente de los niños reclutados, niños vendidos para engrosar las filas de los grupos al margen de la ley; en donde las niñas son entregadas y consideradas como un regalo u objeto sexual, como una ofrenda para los placeres y voluntades del hombre de la guerra; mientras los niños, se entrenan y son la carnada fácil del enemigo, enfundan el arma y sirven a la causa que justifica la guerra. “El lápiz, que a un niño le puede servir para escribir, estudiar etc., es cambiado por el fusil, el lápiz de la guerra, que sólo sirve al interés de unos pocos” (Castrillón, 2009, p.164).

4.4.3. “Sin tetas no hay paraíso” de Gustavo Bolívar Moreno (2005).

Gustavo Bolívar Moreno, escritor, guionista y periodista que saltó a la fama precisamente gracias a ésta novela, narra la vida de las jóvenes y mujeres colombianas envueltas bajo la lógica del narcotráfico que exprimió los valores y principios morales de una sociedad, que compró almas y consciencias, y pagó por las cabezas de aquellos que se cruzaban e interferían en su camino, que derramó sangre a todo costo, e irrumpió con sus dólares en la justicia y la política del país. Una lógica que las condenó y se sirvió de ellas para satisfacer antojos, como si se tratasen de un plato de comida, fetiches y placeres, porque el ego y orgullo macho así lo demanda. Aquí, es posible evidenciar cómo las mujeres se encuentran encasilladas en un prototipo ideal de mujer, calificadas sobre unos rótulos de belleza; y cómo es objeto de burla, dominación, denigración y exclusión.

Las balas, las bombas, el poder, la cocaína y los dólares, marcaron profunda y negativamente la historia de nuestro país. Los años 80, 90, y aún en nuestros días, el narcotráfico sigue demarcando el rumbo tanto de hombres como mujeres, que prescriben sus vidas bajo un cúmulo de falsas promesas de riqueza y felicidad, de lujuria y codicia. Rumbo que se resume en una violencia cruenta y parda que ha borrado sonrisas y eliminado esperanzas.

La vida de Catalina, Yésica, Paola, Ximena, y Vanessa de la ciudad de Pereira, son el drama urbano de muchas otras jóvenes colombianas, que se dejaron seducir por los carros ostentosos, por los fajos de billetes, por las fincas y casas gigantes; se creyeron la idea que para ser aceptadas en un mundo de machos, y especialmente, un mundo de capos y narcos, era necesario cumplir ciertos estándares de belleza, en donde el tamaño de sus senos y la virginidad son los requisitos mínimos para acceder a los deleites que este ofrece. Catalina principal protagonista de la historia, se ve envuelta en una serie de situaciones bochornosas y plagadas de dolor, que marcarán y destruirán su vida; por más dinero que tenga, por más grande que sea la talla de su brasier, por más ropa que tenga en su armario, por más colecciones de zapatos y metros cuadrados, nunca podrá llenar el vacío que hay en su vida, nunca podrá encontrar la felicidad, y recuperar la inocencia y ternura propias de su niñez, en tanto le fueron despojadas por el mundo del narcotráfico.

4.5. La significación y participación política de la mujer en tres novelas colombianas

Comprender un discurso ficcional como el literario para el análisis político, significó que la ciencia política como disciplina, abordará el tema de lo político desde lo estético. Entendiendo que hablar de arte, es hablar de esas expresiones que buscan ya sea mantener o perpetuar un orden tradicionalmente establecido o transgredirlo a partir del cuestionamiento de esa estructura imperante, reivindicando la autonomía, la libertad y subjetividad de cada uno de los actores. La experiencia estética es entonces la expresión viva de lo político. Dicho esto, la literatura como producto simbólico, es una representación y transfiguración del mundo social, y en esa medida, su función, no es exclusiva de generar placer estético, sino que también permite la expresión y denuncia política, dejando entrever testimonios y significaciones de los sujetos y colectivos, valiosos para el análisis en las ciencias sociales, y en este caso particular, para la ciencia política.

Así mismo, vale la pena recordar que desde una perspectiva sociolingüística, el lenguaje es un hecho social, puesto que es el producto de un intercambio permanente de significados entre los sujetos. La construcción de la realidad social, depende directamente de la construcción del sistema semántico en que se encuentra codificada y sustentada dicha realidad. Es decir, el lenguaje además de ser una construcción de la realidad, a su vez, la constituye y representa. En este sentido, las obras literarias aquí seleccionadas, se desarrollaron en diferentes contextos, unos más cruentos que otros, en donde los autores desde su función social como escritores, consciente o inconscientemente recrean y denuncian situaciones socio políticas a partir de sus narraciones ficcionales, puesto que son testigos directos y se constituyen como parte de esa realidad que expresan. Dicho de otra forma, la literatura, como reflejo o lectura de una realidad, devela la postura ideológica del escritor y por ende, su constructo social y cultural. De manera que se analizó el discurso literario en las tres novelas aquí seleccionadas, en razón de responder a los objetivos e hipótesis, aquí propuestos. Dicha tarea analítica tuvo como guía de una forma conjunta y general, las categorías que demarcaron teóricamente esta investigación.

4.5.1. Lo natural y lo biológico: la mujer como objeto en la literatura.

Históricamente se ha realizado una distinción desde lo biológico, en donde el sexo es determinado por la naturaleza y el género es concebido como una construcción social y cultural; y a partir de dicha biologización de lo social, se han establecido relaciones de dominación que han puesto a unos en situaciones de superioridad, mientras que a otros, los ha ubicado en una posición de desventaja e invisibilización. En otras palabras, existen relaciones de poder entre los sexos, predeterminadas social y culturalmente, dada sus diferencias naturales y biológicas.

A continuación, esta categoría de lo natural y lo biológico se desarrollará desde la concepción de la mujer como objeto sexual y por lo tanto como objeto violable; además, de la negación a la mujer sobre la autonomía de su cuerpo, en razón a que existen estereotipos y disposiciones morales y sociales que pretenden determinar sobre éste.

4.5.1.1. La mujer como objeto sexual.

En las novelas aquí seleccionadas, es posible dilucidar a una mujer que es asumida como un objeto sexual para el beneficio y placer del hombre, porque su cuerpo es un cuerpo para otros, un cuerpo como objeto, como propiedad, un cuerpo enajenado, un cuerpo para exhibir. En *Mujeres de Fuego* de Alonso Salazar, se describe perfectamente como a partir de esta concepción de cuerpo enajenado y como objeto sexual, muchas mujeres son engañadas, secuestradas y vendidas para el enriquecimiento de los hombres, y en esa medida son obligadas a prostituirse. El cuerpo de la mujer es asumido entonces, como un bien que genera ingresos por los servicios que este presta.

Conocí muchas colombianas dedicadas a la prostitución, entre ellas a unas caleñas que llevaron engañadas. Las embarcaron con el cuento de que iban como meseras a un restaurante y usted sabe que a uno le pintan dónde va a ganar buena plata y ahí mismo arranca. Y efectivamente les dieron trabajo de meseras pero a la hora de cerrar se tenían que ir con los clientes. Esas niñas casi se chiflan, se mantenían llorando. (Salazar Jaramillo, 1993, p. 52)

La lógica de este imaginario social impone relaciones de dominación palpables en la cotidianidad, y observables en la literatura, en la medida en que la mujer es considerada como un “artículo de la canasta familiar” que se puede adquirir en cualquier momento y lugar, bajo las lógicas que el mercado establece, de oferta y demanda. Tal como lo afirma Bourdieu, la dominación masculina ubica a las mujeres en objetos simbólicos, puesto que “tiene el efecto de colocarlas en un estado permanente de inseguridad corporal, o mejor dicho, de dependencia simbólica. Existen fundamentalmente por y para la mirada de los demás, es decir, en cuanto objetos acogedores, atractivos, disponibles”(1998, p. 86). Se asume a la mujer como un trofeo, como una adquisición que hace parte del conjunto de bienes que el macho posee. Tal como se puede evidenciar en *lápiz de Guerra*, en tanto se la concibe como un bien, como un elemento adornable y de exhibición.

“Esa muchacha es mueble bonito, comenta en voz baja el tío con un cigarro alcanzando el otro” (Echeverri Restrepo, 2000, p. 74).

Así mismo, Gustavo Bolívar en su novela, expone a una mujer que está atravesada por unas lógicas de compra y venta, que la sitúan como objeto en venta en la vitrina de cualquier almacén.

Él las miró con deseo mientras hacía comentarios morbosos con su chofer y uno de sus escoltas que lo acompañaban. Cuando la avanzada aprendiz de proxeneta le pidió que escogiera su juguete de turno, Tití respondió sin inmutarse que Paola. (Bolívar Moreno, 2005, p. 53)

Yésica tenía la solución a los constantes fracasos de su amiga. Le dijo que el fin de semana siguiente, los duros iban a celebrar el cumpleaños de Morón en una finca y que le habían pedido 60 mujeres, dos para cada uno de los 30 invitados y que le parecía imposible que todos los 30 hijueputas la fueran a rechazar”. (p. 98). “Cincuenta y nueve de las sesenta mujeres contratadas, ya ocupaban uno de los brazos de cada traqueto, menos el izquierdo de Cardona que seguía desocupado esperando con impaciencia a que Catalina apareciera. Cuando Yésica se la señaló, la miró de arriba a bajo, paseo sus ojos por sus piernas y por el valle de sus pequeños senos como si estuviera comprando un kilo de carne y dio la orden de voltearse pintando un círculo en el aire con su dedo índice. (Bolívar Moreno, 2005, p. 102-103)

Ahora bien, desde la literatura se describe que en el mundo del narcotráfico, la droga y las armas, todos los capos se sentían en la potestad y el derecho de tener, poseer a la mujer que desearan, sin importar el precio, el carro, la casa, o las consecuencias que su decisión o escogencia acarrearán, total, dichas consecuencias sólo las iban a asumir sus víctimas. En definitiva, todo este proceso de conseguir lo que se quiere, cueste lo que cueste, corresponde a alimentar un ego de macho engrandecido que cree que puede y merece todo por encima de cualquier obstáculo o persona. Y cómo podría resistirse una mujer a los encantos que expele este macho, si desde la condición natural de la mujer, ésta es tan sólo un objeto sexual que está destinado a obedecer los placeres sexuales y mandatos que estos señalen. Todo esto, como producto de una autoconcepción que tiene el sujeto de sí mismo y de la mujer. Preconcepciones que responden y se justifican desde una lógica machista y dominante que determina a la mujer como objeto subordinado a la voluntad del hombre.

Cardona sabía, por experiencia, que hasta la más orgullosa de las mujeres y la que más aparentara sanidad tenía un precio y quiso comprobarlo mandándole a decir que pusiera ella los ceros en el cheque y las condiciones de su aceptación. (...) Cardona se marchó feliz por haber triunfado con sus dólares sobre la soberbia y el orgullo humano...El mismo precio que ya le había puesto a Fiscales, periodistas, abogados, políticos, policías, miembros de la Aduana, del Ejército, del Congreso, de la Iglesia, de la Procuraduría y hasta policías de tránsito. Cómo iba a ser, se preguntaba, que alguien, y menos una mujer, fuera capaz de escapar de sus tentáculos dolarizados. (Bolívar Moreno, 2005, p. 86-89-90)

Es así, como a expensas de sus necesidades de sexo y sus justificaciones de merecerlo todo, disponían de todo lo que había y existía en el mundo, para poseer a cualquier mujer que desearan. Mientras las mujeres son objetos dominables, subordinados y violables; el hombre se ubica en una posición de dominación y violencia para conseguir lo que desea. En *Sin tetas no hay paraíso*, hay dos citas bastante significativas que ilustran cómo en el marco de esas lógicas de dominación, abuso y lujuria de los traquetos, los hombres temen y huyen, ante el hecho inevitable de que un “duro” desee poseer a sus esposas y compañeras sentimentales, simplemente por así ellos lo disponen.

Cuando el Tití se enteró del inminente arribo de su jefe, tomó a Marcela de la mano y la instó a salir de afán. Marcela, entre cuyas metas se encontraba la de conquistar a un narco más poderoso que el Tití, se negó a abandonar la discoteca, argumentando falsamente, que la estaba pasando muy bien, por lo que el Tití asumió el desafío con firmeza y la tomó de la mano con fuerza para luego atravesar el salón con ella, casi a rastra, ante la sorpresa generalizada de todo el mundo. Y aunque ella le gritaba que dejara de ser amargado y que la dejara quedarse un poco más, el Tití sabía que si Cardona las conocía, a ella y a su hermana, se las iba a pedir, a manera de orden, para su colección personal. (Bolívar Moreno, 2005, p. 50-51)

Nadie volvió a pasear, nadie volvió a cenar en los restaurantes de las afueras de Cali, Pereira o Armenia y los novios no volvieron a llevar a bailar a sus novias a lugares nocturnos y discotecas temiendo que se repitiera la horrible historia de comienzos de la década de los años 90 cuando los narcos se las arrebataban a las malas por el solo hecho de ser bonitas o estar buenas (...). Desde una de las mesas de atrás, un hombre de aspecto prepotente, tenía, o mejor, creía tener el poder y el dinero suficiente para hacerla suya en el momento que quisiera (...) El hombre de aspecto prepotente y cara de asesino, que no era otro que el mismísimo Cardona en sus épocas de traquetico principiante le hizo el amor a la desdichada Argenis toda la noche. Ella, que también estaba muerta por dentro, no dijo una sola palabra. Sólo lloraba la muerte del ser que más amaba en la tierra. Ni siquiera tuvo tiempo de darse cuenta que cuando el hombre de aspecto prepotente y cara de asesino se cansó de hacerle el amor se la dejó a sus cuatro escoltas para que hicieran con ella lo que quisieran. ¡Y lo hicieron! La tuvieron todo el día como muñeca de trapo haciendo y deshaciendo con su cuerpo. (Bolívar Moreno, 2005, p. 212-214-215)

No obstante, dicha concepción sobre el cuerpo de la mujer, no se restringe únicamente al hombre, es una concepción asumida, aceptada e interiorizada por las mismas mujeres, en tanto que es una construcción histórica que se enseña, se aprende, se introyecta y se cree, y en esa lógica, venden su cuerpo como una condición “inherente” a su naturaleza; además de llegar a considerarla como una alternativa de vida y una respuesta a sus necesidades.

Las conminaciones constantes, silenciosas e invisibles que el mundo sexualmente jerarquizado en el que están confinadas les dirige, preparan a las mujeres, en la medida por lo menos en que las llaman explícitamente al orden, a aceptar como evidentes, naturales y obvias

unas prescripciones y unas procripciones arbitrarias que, inscritas en orden de las cosas, se imprimen insensiblemente en el orden de los cuerpos. (Bourdieu, 2000, p. 75)

Tal como se evidencia en las dos citas, que a continuación se exponen de la novela *Sin tetas no hay paraíso*. “El estudio la indigestaba y para ella resultaba de tanta importancia dejar de asistir a la escuela como empezar a ganar dinero a expensa de su inconcluso cuerpo” (Bolívar Moreno, 2005, p. 10).

“Una niña linda y dispuesta a putearse podía conseguir en un instante lo mismo que un abogado, un médico, un científico o una administrador de empresas, luego de estudiar 20 años y trabajar otros 20” (Bolívar Moreno, 2005, p. 36).

La mujer inmersa en una sociedad que le ha hecho creer y ver que debe ajustarse a unos parámetros y criterios para sentirse bella, aceptada y valiosa, se reconoce a sí misma como un objeto en venta que debe ofrecerse al mejor postor, reconoce que su cuerpo y sus atributos protuberantes y tonificados, le dan un precio que la convierten en una joya invaluable en el mercado del sexo.

Luego del almuerzo, el hacendado Millán pasea por los corredores, acompañado de una dama cartagenera, personaje de altas campanillas con sol a todo cuero, versada en música de Mozart y arte italiano. Se ve tan saludable y luminosa como joya de harén (...) Cuando camina su cuerpo parece que dice: hoy soy diamante, mañana rubí, este culo está para la venta muchacho, pero su cara advierte, tu bolsillo no paga lo que vale (Echeverri Restrepo, 2000, p.63).

En esa misma lógica de naturalización de la mercantilización del cuerpo de la mujer, se encuentra la aceptación por parte de las familias, en este caso, de las madres, a que sus hijas se vendan como único medio para proveer las necesidades del hogar.

Pero la estampida de los narcos no afectó sólo el ego y los sueños de Catalina por tercera vez ni el bolsillo de Yésica, ni la ocupación de la sala de cirugías de la clínica estética, ni los planes del doctor Benjumea de comprarse un BMW. También afectó las relaciones intrafamiliares de Ximena, Vanessa y Paola, cuyas madres, acostumbradas a recibir grandes mercados y dinero producto del trabajo de sus hijas, se dedicaron a cantaletearlas, día y noche, hasta hacerlas tomar una determinación desesperada y denigrante: trabajar en una casa de citas donde, por muchísimo

menos dinero, se acostarían hasta tres veces en la noche con desconocidos de todos los pelambres (...). A las madres de Vanessa, Paola y Ximena les fue mejor. A ellas tres sí les volvió el alma al cuerpo, y también el mercado a la nevera. Felices con el retorno del dinero a la casa, ninguna hizo preguntas (Bolívar Moreno, 2005, p. 133-136)

El narcotráfico que nació a finales de los años 70, se fortaleció e intensificó en los años 80 y 90 y que aún, sigue en vigencia, es un fenómeno que permitió que esa lógica de mercantilización del cuerpo de la mujer, se impusiera como norma, como ley, en el mundo de las jóvenes de ciudades como Medellín, Cali, y Armenia, en donde la empresa de la coca se fue asentando y creciendo con facilidad. Para estas niñas y jóvenes, que crecieron con la idea de que su cuerpo era un objeto que podría mercantilizarse, en tanto que se ha concebido como algo inherente a su condición “natural” y en el mundo del narcotráfico vieron una oportunidad para hacer uso del mismo y disfrutar de las bonanzas que este ofrecía, se ratificó y se profundizó aún más dicho imaginario social. Es que el contexto social, cultural y económico, predisponen la legitimidad y permanencia de los imaginarios construidos socialmente. Trabajo que el narcotráfico, no hizo nada mal, puesto que las jóvenes vieron que al enlistarse en las nóminas sexuales de los narcos, “mejoraban” la calidad de sus vidas y las de sus familias. Tanto en *Mujeres de Fuego* como en *Sin tetas no hay paraíso*, los autores, consciente o inconscientemente, denuncian este hecho que el narcotráfico propició y ratificó.

El dinero y la fuerza se impusieron como dos valores esenciales para la sociedad (...). En ese mundo figuraron muy bien las sardinas que aparecieron de todos los rincones cotizando con sus rostros y cuerpos espléndidos. Se les vio desfilar en autos fantásticos o de parrilleras en ruidosas motos. Algunas corrieron con la suerte de conquistar el corazón de un hombre que las convirtiera en su mujer principal. Pero al poco tiempo, quedaron viudas. Otras pasaron de mano en mano hasta quedar desahuciadas y terminaron ofreciendo sus amores a postores cada vez menos interesantes. (Salazar Jaramillo, 1993, p. 35)

A pesar de su corta edad, acababa de cumplir los catorce años, Catalina quería pertenecer a la nómina de Yésica, una pequeña proxeneta, apenas un año mayor, que vivía de cobrar comisiones a la mafia, por reclutar para sus harenes las niñas más lindas y protuberantes de los barrios populares de Pereira. (Bolívar Moreno, 2005, p. 9)

Y es que el mundo del narcotráfico ofrecía mucho más beneficios que otros mercados destinados a la prostitución de las mujeres. Eran jugosos los pagos, descomunales las ganancias, ya que era el negocio más próspero del país, por no decir, que del mundo entero.

Yo antes de que me coma Raimundo y todo el mundo por mil pesos, se lo doy a un traqueto que me da cincuenta o cien mil pesos por una acostadita. Yo he sido muy loca, pero nunca me he considerado puta. Olvídate, ni que fuera la más zapato del mundo. Oportunidades he tenido, hasta una moto me han ofrecido por una acostadita. (Salazar Jaramillo, 1993, p. 55)

Paola ascendía sonriente a la lujosa camioneta que la conduciría a una hacienda en Cartago donde, por 500 mil pesos, haría el amor y posaría desnuda para un narcotraficante en ascenso con ínfulas de Pablo Escobar apodado el “Titi” en la playa de una descomunal piscina, al lado de otras mujeres igual de ignorantes y ambiciosas. (Bolívar Moreno, 2005, p. 9)

La guerra no es un fenómeno aislado a los imaginarios en que son concebidas las mujeres como un objeto sexual. La mujer en este escenario, es concebida como un botín, como ese regalo al triunfo obtenido, la recompensa del arduo esfuerzo del guerrero que deja su sangre en batalla. Ahora bien, el escenario de guerra vivido en nuestro país por más de medio siglo, no escapa a la reproducción, materialización y legitimación de discursos, prácticas e imaginarios en donde la mujer es instrumentalizada para los beneficios del hombre. En las dos citas enunciadas a continuación de la novela *Lápiz de guerra*, es posible evidenciar que la mujer es sólo considerada como un regalo para los hombres de la guerra, en este caso, para los hombres de la guerrilla de las Farc, que narra la historia.

La guerra se ahonda como mala hierba y temo que Otilio la utilice como oferta y regalo de sexo. Me entran escalofríos de horror. Lo digo porque en Callejas corren voces de que Otilio Rivero está regalando a la guerra a todos sus sobrinos. (Echeverri Restrepo, 2000, p. 94)

Muchas veces vienen a vernos afilando sexo, muchachitas baratas de guerra, algunas guapísimas figuritas frustradas y me da miedo encontrarme entre ellas con Felia en seductoritas braguitas y tenis de pobreza para sonreírme luego con emoción lastimera. Siempre me dejan tristes aquellas nenas festivas y sus relinchantes risas con pintura y olor a pecado caliente. Dan mucho pesar su boquititas de neón y sus ojos pedigüños y dulzones. (Echeverri Restrepo, 2000, p. 122)

Dentro de esas lógicas de propiedad, la virginidad de la mujer constituye algo significativamente valioso para el hombre, en tanto que dentro del orden simbólico patriarcal, la palabra “virginidad” se asocia a castidad, pureza, ingenuidad, inocencia, características que culturalmente corresponden al mundo de lo femenino.

“Desde que llegué a la Universidad tuve pretendientes retacadores, todos me lo pedían. Yo venía de una ciudad muy recatada y no había pasado por esa experiencia de que los hombres me invitaran de repente a hacer el amor” (Salazar Jaramillo, 1993, p. 118).

Valorado de esta manera “el atributo” de la virginidad de la mujer, permite que esta sea concebida como dominable, sea poseída por un hombre, sea marcada por un pene y conquistada en términos de territorio, otorgándole a su conquistador, la “potestad” de reclamar y nombrar como suyo ese cuerpo y esa mujer.

La virginidad de Catalina era famosa en el barrio e incluso en algunos sectores populares de Pereira. (...) Albeiro la cuidaba como su bien máspreciado y juraba ante sus amigos, con una amenaza implícita, que a quién se atreviera a pretenderla, a tocarla o tan sólo mirarla con morbo, podría irle muy mal. (Bolívar Moreno, 2005, p. 13-14)

Este proceso de conquista y marcación de territorio, implica un acto de violencia masculina sobre la mujer, en tanto que las mismas condiciones “naturales” así lo determinan. “La primera penetración justifica la fuerza, insistencia y violencia masculina que el varón debe ejercer para penetrar en esa vagina (que “naturalmente” se resiste por la presencia del himen), en esa propiedad aún no confiscada por el deflorador” (Campero, 2006, p 2).

Caballo la tomó por los hombros como muñeca de trapo, la tiró con brusquedad sobre el piso y se trepó sobre ella con violencia y salvajismo dispuesto a saciar sus deseos antes de que Mariño lo sacará del delicioso éxtasis con un grito (...) De repente el cuerpo de Catalina se estremeció. Sin lubricación alguna, el bestial hombre la penetró. La niña sintió el peor dolor de su vida. Su boca se abrió por completo como un resorte y sus uñas se clavaron en la espalda de Caballo, ahogando un grito lastimero que atravesó su alma que le arrancó una docena de lágrimas inmensas que rodaron por el cuello del poseído animal que, habiendo entrando en ritmo, no paraba de moverse sobre ella con total angustia, desespero e irresponsabilidad. Su excitación era tal, que en el momento de eyacular quiso

preguntarle si ella planificaba, pero prefirió callar para no dañar el momento, sin saber siquiera, que acababa de convertirse en el primer hombre en la vida sexual de la niña. (Bolívar Moreno, 2005, p. 75)

Tal como se indicó anteriormente, el valor otorgado a la virginidad, convierte a algunos hombres en conquistadores de tierras puras, de cuerpos sin dueño, generando en estos, cierto orgullo que alimenta su ego machista.

Caballo y sus dos compañeros salieron de la pesebrera sonriendo y chocándose las manos (...) se pavoneaban por la finca muertos de la risa contándoles a sus colegas que habían desvirgado a una de las viejas del jefe, como si hubiese sido la mayor hazaña de sus vidas. (Bolívar Moreno, 2005, p. 77-79)

En este sentido, dichas construcciones sociales sobre los cuerpos de las mujeres y la importancia que se le otorga a su virginidad, han instaurado una condición de dominación sobre la mujer, puesto que además de naturalizar dichas ideas que la ubican en un plano de objeto sexual, también las mercantiliza. En la novela *Sin tetas no hay paraíso*, Catalina encuentra en su virginidad la posibilidad de hacer realidad su sueño, conseguir dinero para ponerse los implantes de silicona y así entrar en la nómina sexual de los narcotraficantes.

Albeiro, al que ahora lo separaban algunos meses de la dicha de poseerla, creyó ganar el cielo y aceptó todas las condiciones de su pequeña y manipuladora novia (...). Albeiro se la jugó a fondo con caricias y ruegos para lograr que Catalina se le entregara esa misma mañana, pero no pudo, porque aunque Catalina lo deseaba, sabía que entregarle su virginidad a él y no a Mariño significaba olvidarse de su gran sueño. (Bolívar Moreno, 2005, p. 65-66-68)

Ahora bien, dentro de esa construcción social, existen prácticas ritualizadas o mitificadas que corresponden al cómo debe actuar una mujer virgen. Es decir, dentro de lo que se conoce y se dice sobre el proceso de la pérdida de la virginidad, existen prácticas que en la cotidianidad son aceptadas y reconocidas por la sociedad, en donde la mujer debe asumir una posición de dolor y vergüenza ante el hombre; además de existir una condición biológica infalible que demuestra dicha virginidad, y es precisamente, el hecho de sangrar ante la consumación del primer acto sexual.

Que antes de entregarse a él se mostrara nerviosa y le sacara un par de promesas con carácter eterno. Que se quejara con escándalo cuando él estuviera tratando de penetrarla, lo arañara, se mordiera los labios y lagrimeara y que, al terminar de hacerlo, le mostrara con vergüenza y orgullo el color de su pureza sobre la sábana. (Bolívar Moreno, 2005, p. 24)

Así mismo, dicho imaginario está codificado y atravesado por una lógica completamente androcéntrica, puesto que además de significar a la mujer en pro de un atributo o condición, también la define. Es decir, la mujer no es mujer, hasta tanto no es poseída por un hombre.

Catalina pensó que la hora irremediable de ser mujer había llegado y se lamentó mucho de hacerlo con un desconocido y en ese, nada romántico, lugar, pero no tenía opción: su único patrimonio en este mundo era su himen y si se lo entregaba a Albeiro como su alma se lo pedía, hubiera perdido la oportunidad de conseguir el dinero para el implante de silicona en su busto. (Bolívar Moreno, 2005, p. 74)

En resumen, es posible afirmar que en las novelas aquí seleccionadas la mujer que se concibe es una mujer que gira alrededor y depende de su cuerpo, de su sexo, de su virginidad. Una mujer condicionada por la dominación masculina. Una mujer que no puede “conseguir”, “acceder” y “mejorar su vida”, sin hacer uso de los atributos físicos, naturales y biológicos que posee. En definitiva, la mujer es un objeto sexual que gira no en pro de sus necesidades y aspiraciones, sino por las necesidades, lógicas, y condiciones impuestas por los hombres, en un mundo que naturalmente responde a ellas, en tanto que históricamente éstas han sido aceptadas, reconocidas, asumidas y legitimadas a través de discursos y prácticas sociales.

Me habló de las tetas de colores y usadas que le puso Mauricio Contento para llevarla a su cama. De la tetas talla 40 y sobre una cirugía reciente que le hizo un falso médico de nombre Alejandro Espitia para llevarla a la cama. Las cosas que le otorgó Marcial Barrera, incluido su estatus de mujer casada, para llevarla a la cama. De las artimañas de Albeiro para no revelar su gusto por doña Hilda antes de llevarla a la cama. De hecho, y haciendo cuentas sobre la dependencia de los hombres de las vaginas, se preguntó aterrada en medio de su disertación: ¿Qué hubiera sido de ella si no hubiera tenido una? (Bolívar Moreno, 2005, p. 286)

En conclusión, la mujer que se pudo evidenciar en las novelas aquí seleccionadas, es una mujer que no trasciende más allá de la idea preconcebida que existe de lo que es y debe ser para el hombre, idea que

depende directamente y no trasciende de lo meramente corporal. La mujer, es entonces sólo un bien o producto que se puede adquirir y desechar en cualquier momento y que dentro de las lógicas que impone el mercado social y la cultura de una sociedad, se mercantiliza cual objeto de vitrina de supermercado.

4.5.1.2. La mujer como objeto de Violación.

A diferencia de la mujer, el hombre se encuentra en una posición de superioridad en tanto que “la naturaleza misma así lo ha determinado”. Es decir, desde la construcción social arbitraria de lo biológico que menciona Bourdieu, la violación, es otro acto que ratifica la supremacía del hombre sobre la mujer, puesto que se ha construido como una realidad fija de la vida de estas que se sustenta en relatos e instituciones cuyo poderío deriva no de una fuerza directa e invencible, sino de su capacidad de estructurar vidas como procesos o imaginarios culturales que se imponen. En este sentido, R. G. Parker citado por Bourdieu (2000), señala que “el vínculo entre la virilidad y la violencia está explícito en la relación o asimilación del pene como un arma” (p. 70). Y en esa medida, el hombre en su convicción de superioridad se atribuye el hecho de que su cuerpo es un cuerpo para violar, maltratar y castigar a aquellos cuerpos que se encuentran en una posición de desventaja. Así mismo, Susan Brownmiller en su texto *Contra nuestra voluntad. Hombres, Mujeres y Violación*, señala que “desde la anatomía humana, la posibilidad del coito forzado existe de manera incontrovertible. Es suficiente con este sólo factor para la creación de la ideología masculina de la violación. Cuando los hombres descubrieron que podían violar, procedieron a hacerlo” (1981, p. 13). De esta manera, se establece que la mujer como sexo débil, está atrapada en una realidad insoslayable que le impide desmitificarla y la obliga a aceptarla.

La violación se transformó, no sólo en una prerrogativa del macho, sino en una fundamental arma contra la mujer, el principal agente de la voluntad masculina y el miedo femenino. Su entrada forzosa dentro del cuerpo de ella, pese a sus protestas y lucha, se transformó en el vehículo de su victoriosa conquista sobre el otro ser, la última prueba de su fuerza superior, el triunfo de su masculinidad. (Brownmiller, 1981, p. 14)

La violencia contra la mujer en Colombia no es un tema reciente en tanto se ubica como un problema de carácter social que requiere atención, prevención y respuesta por parte de la

sociedad y el Estado en pro de restablecer los derechos de las víctimas y de penalizar como delitos dichos actos violentos. La mujer colombiana es víctima principal de la violencia en todas sus expresiones, ya sea sexual, verbal, física, simbólica, económica y psicológica y todas las formas en las que esta se produce y reproduce, puesto que existen discursos que naturalizan y legitiman las relaciones asimétricas de poder entre los géneros.

La visión androcéntrica y patriarcal del mundo a partir de un proceso de socialización, ha naturalizado e interiorizado la violencia sexual como una prescripción propia en la vida de la mujer ubicándola como un objeto violable. En esa medida, a partir de esta dominación simbólica la violación como dominación, además de victimizar y condenar a la mujer a una realidad inevitable, se convierte en un mecanismo de perpetuación del patriarcado.

A partir del interés y de la preocupación que ha suscitado el tema de la violencia contra la mujer en Colombia, en este caso la violencia sexual, que se origina en diferentes escenarios y circunstancias y adopta diferentes formas “como es la agresión sexual, el abuso sexual, el tráfico de mujeres, la mutilación de los genitales externos, la esclavitud sexual militar, el matrimonio o el embarazo forzado en contra de la voluntad de las mujeres” (INMLF, 2014, p. 244) Por ello, existen diferentes estudios que dan cuenta de la magnitud de este fenómeno. Uno de estos es el realizado por el Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses⁷ que estadísticamente revelan la complejidad de esta problemática social. “El INMLF realizó 127.703 exámenes médicos legales por presunto delito sexual, de éstos el 84,3% (107.698 casos) corresponde a valoraciones en mujeres, mientras que el 15,7% (20.005 casos) fue en hombres” (INMLF, 2014, p.243). Estos 107.698 casos son los que se analizaron entre los años 2009-2014, arrojando un promedio de 17.950 mujeres por año, 49 por día y dos por hora. A continuación se relacionan algunas de las gráficas que dan cuenta de este resultado.

⁷ Por el Grupo Centro de Referencia Nacional sobre Violencia. Estudio producto de la investigación realizada en los años 2009-2014.

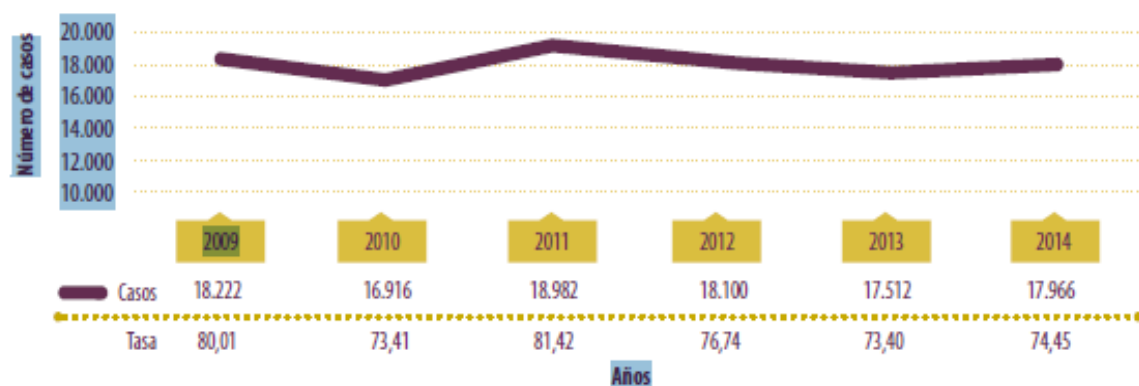


Figura 1. Exámenes médico legales en mujeres por presunto delito sexual, casos y tasas por 100.000 mujeres. Colombia, 2009 - 2014

Fuente: Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses / Grupo Centro de Referencia Nacional sobre Violencia / Sistema de Información para el Análisis de la Violencia y la Accidentalidad en Colombia / Sistema de Información de Clínica y Odontología Forense / Sistema de Información Nacional de Estadísticas Indirectas. Tasas calculadas con base en la proyección de poblaciones DANE 2005-2020.

Así mismo, es posible dilucidar que los casos de agresión sexual se presentan con mucha más frecuencia en las cabeceras municipales que en la zona rural del país. Dicho esto, es posible evidenciar una relación con los hechos narrados y presentados en las novelas aquí seleccionadas. En *lápiz de guerra*, historia que narra la problemática del conflicto armado que ha atravesado nuestro país, presenta dos casos de esclavitud sexual militar; por su parte, dicha violencia en las novelas que se enmarcan en un contexto urbano, a saber, *Sin Tetas no hay paraíso* y *Mujeres de Fuego*, se presentan con mayor frecuencia dichos actos de violencia, a partir del abuso sexual y tráfico de mujeres.

Tabla 9. Exámenes médico legales en mujeres por presunto delito sexual según zona de ocurrencia del hecho. Colombia, 2009 - 2014

Zona de ocurrencia del hecho	2009	2010	2011	2012	2013	2014	Total	%
Cabecera municipal	15.093	14.100	15.682	15.169	14.720	15.942	90.706	85,96
Rural	2.491	2.405	2.901	2.566	2.477	1.976	14.816	14,04
Total	17.584	16.505	18.583	17.735	17.197	17.918	105.522	100

Fuente: Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses / Grupo Centro de Referencia Nacional sobre Violencia / Sistema de Información para el Análisis de la Violencia y la Accidentalidad en Colombia / Sistema de Información de Clínica y Odontología Forense / Sistema de Información Nacional de Estadísticas Indirectas.

Si bien se han creado métodos y estrategias para medir la magnitud y las características de la violencia contra la mujer y en esa medida, se han planteado metas para lograr la reducción de la misma a partir de la implementación de estrategias de salud pública, acompañamiento especializado, creación de leyes y organismos de vigilancia, aún es posible vislumbrar que el porcentaje de violencia y muerte contra la mujer en las estadísticas, es significativamente alto.

En consonancia con lo anterior, y entendiendo que existe una idea asumida, aceptada y legitimada sobre la supremacía del hombre y la posición de inferioridad y dominación de la mujer, la violencia, se ha constituido contra esta última como un fenómeno común, sostenido en el tiempo. Y en esa medida, el narcotráfico como fenómeno social de nuestro país contribuyó al aumento y proliferación de la violencia sexual contra la mujer. Fue muy común que los hombres del narcotráfico procedieran a satisfacer sus impulsos biológicos en el momento y lugar que se presentara, por lo que las violaciones se pusieron de moda, eran el pan de cada día de las mujeres que caían en las manos de los narcos.

En ese tiempo se pusieron de moda las violaciones. Los mafiosos abusaban por el poder que tenían, creció mucha caranga resucitada que se creía dueña del mundo y su gente. Por ejemplo, Virulo, un hijueputa que sólo hizo cosas malas en la vida, en una noche de borrachera se paró con una metra en la mano en una taberna. – Las mujeres se me hacen a este lado y los hombres allí y el que vaya a revirar avise de una vez- decía. Y hacía lo que le daba la hijueputa gana con las peladas. (Salazar Jaramillo, 1993, p. 46)

Ahora bien, la violación puede definirse como un hecho lingüístico, tal como lo plantea Sharon Marcus en su texto *Cuerpos en Lucha*⁸, lo que permite comprenderla o tomarla de varias maneras, una de ellas, son las diversas imágenes de la violación que nuestra cultura produce, representaciones que a menudo transmiten las suposiciones y contradicciones ideológicas de la violación: “las mujeres son violables, las mujeres se merecen la violación, las mujeres provocan la violación, las mujeres quieren la violación, las mujeres se avergüenzan de ser violadas, las mujeres públicamente mienten acerca de haber sido violadas” (Marcus, 1992, p. 65).

⁸ El nombre completo del texto es: *Cuerpos en lucha, palabras en lucha: una teoría y una política para la prevención de la violación* (1992).

Otra manera de entender la violación como un hecho lingüístico, subraya la presencia del lenguaje en la violación; y por último, arguye a que ésta se halla estructurada como un lenguaje que moldea las interacciones verbales y físicas del sujeto violado y del violador. Es decir, dicho lenguaje configura como víctima a la mujer, en tanto se asume como una condición inherente a su naturaleza. En este sentido, a partir de la interiorización y naturalización de dichos imaginarios sociales, a las mujeres se les atribuye esa condición de violabilidad y víctima, cargada esta última de culpabilidad, en tanto que es ella, la que ocasiona esa situación; y a los hombres, se les atribuye la potestad de hacerlo, dada la primacía del falo.

Yo tenía una minifalda blanca, una camisa azul y unos Reebok negros. El hijueputa entró y me arranco la ropa como un salvaje. La falda la dejó deshilachada, los cucos rotos; sólo quedé con la camisa. Entraron de uno en uno e hicieron conmigo lo que se les dio la gana. Todavía me da náuseas recordar esos cinco animales, sus asquerosos sexos, sus tufos de licor y droga, y sus olores de monstruo (...). Me sentí arruinada como persona y lloré desconsoladamente. Pensaba que todo era culpa mía, qué quizás si hubiera llevado las cosas con más seriedad, que si no hubiera usado una minifalda tan corta nada hubiera pasado. Uno se gana el respeto o el irrespeto por su manera de ser. (Salazar Jaramillo, 1993, p. 45)

De esta manera, se asume y la asumen como responsable del hecho violento del cual es víctima, puesto que desde un proceso de interiorización del lenguaje impuesto por la sociedad, sobre la violación, la mujer es causante y posibilitadora del mismo. Tal como se evidencia en la novela de Alonso Salazar, en donde una de las jóvenes que cuenta su historia, expresa que de alguna manera las muchachas del barrio, se habían buscado esa situación.

Más de una vez las amigas me decían que James y su bandita habían hecho el revolcón a una pelada. Me daba chispa con él, pero también con las peladas que andaban detrás de esos pillos sabiendo cómo eran las cosas. Bobas. Hay sardinas que ven los pelaos con plata y creen que van a coger el cielo haciendo lo que les digan, los siguen a todas partes y ellos aprovechan para hacerles la vaca muerta, las cogen en un lote o en una terraza y hacen fila para violarlas. (Salazar Jaramillo, 1993, p. 12)

Así mismo, en *Sin tetas no hay paraíso*, el hombre culpa a la mujer de que este decida violarla por su condición de belleza y por considerarla deseable para él.

Albeiro no sólo no le hizo caso sino que la violó, bajo su propia complacencia, otro par de veces, argumentando que la culpa era de ella por conservarse tan linda y deseable, y también por abrirle la puerta de la casa a sabiendas de sus intenciones y mentiras. (Bolívar Moreno, 2005, p. 157)

En resumen, el pene se convierte en un instrumento de violencia. Tal como lo expone la teoría de la violación instrumentalizada, definida por Susan Brownmiller, “los hombres violan porque sus penes poseen la capacidad objetiva para ser armas, herramientas e instrumentos de tortura” (p. 15). No obstante, dicha capacidad destructiva del falo, no es solamente reconocida por el hombre, la mujer, también la reconoce, en tanto víctima del mismo; y en este proceso de reconocimiento e identificación, la mujer se encuentra inmersa en una situación de constante peligro y alerta frente al hombre, puesto que “el lenguaje de la violación pide a las mujeres que nos posicionemos como violables, en peligro y temerosas e invita a los hombres a posicionarse como legítimamente violentos y con el derecho de usar los servicios sexuales de las mujeres” (Marcus, 1992, p. 67). En esa medida, la mujer asume que el poder que esta arma le otorga al hombre, se puede reducir a partir de la inmovilización o destrucción del miembro masculino, dada la peligrosidad que este le representa. Tal como se observa en la novela *Sin tetas no hay paraíso*, en donde las mujeres además de asumir una actitud de venganza, despojan al agresor del arma que ocasionó su daño.

Lo apalearon hasta el cansancio, sobre todo en los genitales, para que jamás se le volviera a ocurrir aprovecharse de una niña. Catalina le pegaba con furia en el pene y los testículos con el florero que adornaba la habitación (...). El rehén gritaba pidiendo perdón, pero de nada sirvieron sus súplicas. Las mujeres estaban dispuestas a quitarle para siempre el arma con que violaba a las niñas y lo hicieron. (Bolívar Moreno, 2005, p. 130)

En resumen, el cuerpo de la mujer dentro de la lógica androcéntrica y patriarcal dominante en el mundo, es sólo una disposición que tiene el hombre para su disfrute personal; y en esa medida, bajo estas ideas aceptadas, reconocidas y mantenidas en el tiempo, se justifica la violencia contra la mujer, ya sea física, sexual, económica, psicológica y simbólica, que la ubica en una posición de dominación y subordinación, por su parte, el hombre, se ubica en una posición dominante, jerarquizadora, y controladora en razón a su fuerza física e idea de contar con el derecho y la potestad de infringir dolor y violencia a sus víctimas.

4.5.2. Imaginarios Sociales: narrados y perpetuados en la literatura.

Dentro de esta lógica androcéntrica del mundo, se han instaurado o configurado estereotipos, entendiéndolos como el conjunto de creencias mantenidas por un individuo o colectivo en relación con un grupo social. Los estereotipos son el determinismo ontológico que la modernidad ha diseñado para definir al individuo y condicionarlo. En esa medida, dichos estereotipos responden o están supeditados a unos imaginarios socialmente construidos que hacen parte del *habitus* de los sujetos, en tanto se configuran en una realidad compartida. Dicho de otra manera, los imaginarios sociales pertenecen a una realidad que es común, en tanto se conoce, se comparte y se acepta, es decir, una realidad que compone la vida cotidiana, en tanto que ésta es presentada como una realidad interpretada por los hombres y que para ellos tiene el significado subjetivo de un mundo coherente. En consonancia con ello, en este apartado se hizo un análisis de dichos imaginarios que enmarcan y estereotipan; imaginarios que encasillan y determinan; y por último, se presentan los hechos que en la misma cotidianidad propugnan por la ruptura y transformación de esos imaginarios socialmente aceptados y sostenidos en el tiempo.

4.5.2.1. La mujer enmarcada por estereotipos, disposiciones morales y sociales.

En esta misma línea, los estereotipos permiten que los sujetos se aprehendan entre sí, a partir de esquemas tipificadores, afectando la interacción entre estos, en tanto que dichos esquemas determinan la posición y el actuar de cada sujeto frente al otro. En esa medida, los estereotipos, confinan al sujeto a una naturaleza que con frecuencia va ligada de algún modo a sus cuerpos, y que por tanto no puede ser fácilmente negada, puesto que a partir de ese proceso de rutinización, que implica la vida cotidiana, se aceptan y no se perciben como cuestionables, antes bien se busca entrar dentro lo que se define como bueno, bonito y aceptable dentro de dicho esquema; y alejarse de lo que se nombra como malo, feo y repudiable dentro del mismo. Es aquí, en donde las novelas a partir de sus narraciones evidencian cómo el cuerpo de la mujer es medido y definido a través de estereotipos construidos y propagados históricamente por la sociedad, que buscan encasillarla y estandarizarla. Estereotipos como los que se evidencian en la novela de Gustavo Bolívar, en donde una talla de brasier, y unas condiciones físicas definen y

estandarizan a las mujeres. “Catalina nunca imaginó que la prosperidad y la felicidad de las niñas de su generación quedaban supeditadas a la talla de su brasier” (Bolívar Moreno, 2005, p. 9).

Los medios de comunicación e instituciones como la Iglesia, la Escuela, la Empresa y el Hogar y las mismas prácticas sociales, son fuentes directas que encausan y ayudan a mantener dichos determinismos sociales que superponen las diferencias biológicas y naturalistas; además, de predicar la visión androcéntrica que subestima a la mujer y exalta el falo. En este sentido, Young (2000), señala que.

Los juicios sobre la lealtad o la belleza, la atracción o la aversión, la inteligencia o la estúpidez, la competencia o la ineptitud, etc., se hacen de manera inconsciente en los contextos interactivos y en la cultura generalizada de los medios de comunicación, y estos juicios a menudo marcan, estereotipan, devalúan o degradan a algunos grupos. (p.225)

En las múltiples expresiones culturales que existen, la mujer es publicitada, ofertada, promocionada y vendida como un objeto sexual para el placer y dominio del hombre.

Durante el viaje a Islas Faroe le escuché a un colega, que su hija de 16 años, que estaba terminando el bachillerato, le había pedido como regalo de grado el implante de silicona en los senos. No me sorprendió la petición de la niña porque al fin y al cabo los narcos, la vanidad y los medios de comunicación ya les han creado, a casi todas las mujeres, la necesidad de obtener una figura protuberante. (Bolívar Moreno, 2005, p.305)

El narcotráfico, nuevamente con sus tentáculos dolarizados, impuso y fortaleció dentro de la lógica social, un tipo ideal de mujer, en donde esta debía cumplir ciertas condiciones y requisitos para ser aceptadas dentro de la colección personal de objetos sexuales a su merced. Tal como se evidencia en las dos citas que a continuación se exponen de la novela *Sin tetas no hay paraíso*.

Las niñas prepago, conocidas con ese nombre por la modalidad existente en la época de comprar una persona con regalos costosos, ropa y dinero para que después esta pagara con favores sexuales las prebendas recibidas. No cualquier niña podía aspirar a ese calificativo. Debían ser niñas de cierta estatura, cuerpos perfectos. Así fuera a punta de bisturí, cabellos largos y bien cuidados, lentes de contacto de colores, ropa costosa más no fina, que para la época capitalizaron dos o tres

marcas de confecciones, y un hablado un poco más refinado que el de cualquier otra prostituta definida como tal. (Bolívar Moreno, 2005, p. 84)

Según una descripción que hiciera mi amigo días después para una revista, ellas lucían muy hermosas, muy protuberantes, muy elegantes, muy ignorantes, muy perdidas, muy subidas, muy plásticas, muy esclavas, muy dependientes, muy objetos, muy estúpidas, muy locas, muy pendejas, muy equívocas, muy lomas, muy ingenuas, muy desubicadas, muy sucias, muy indignas, muy denigradas, muy pusilánimes, muy degradadas, muy básicas, muy arruinadas, muy angustiadas, muy ambiciosas, muy inescrupulosas, muy resumidas, muy infladas, muy costosas, muy desperdiciadas, muy des enamoradas de sí mismas. (Bolívar Moreno, 2005, p. 175-176)

A partir de la imposición y reproducción de dichos estereotipos al interior del mundo del narcotráfico, las jóvenes que hicieron y hacen parte de este, tienen la necesidad de ajustarse a estos, para poder ser “aceptadas” y “valoradas”.

Hasta ese día en que el Tití la rechazó por llevarse a Paola cuyos senos salían de un brasier talla 38, entendió que debía derribar molinos de viento, si era preciso, para conseguir el dinero de la cirugía porque su futuro estaba condicionado por el tamaño de sus tetas (...). Catalina comprendió que ponerse bien buena, ante la escasez de busto, la ignorancia espiritual y la lujuria desmedida de los mafiosos, suponía adelgazar de cintura, agrandar sus caderas, reafirmar sus músculos, levantar la cola, alisar el cabello con tratamientos de toda índole, cuidar su bello rostro. (Bolívar Moreno, 2005, p.11-13)

No obstante, en el mundo de los dólares y la coca, las mujeres, aunque cumplieran con los estándares de belleza exigidos por este, siempre iban a estar dentro de una lógica mercantil que las dispone únicamente como objetos sexuales.

Cuando el Tití vio a Catalina con las tetas grandes se obnubiló. Sintió vergüenza pensando cómo decirle que, ahora sí, estaba muy buena, que ahora sí clasificaba y que la quería, no para su vida pero sí para un instante de ella (...) precisamente, porque su doble moral les impedía formalizar una relación con una mujer, que aunque bella y protuberante como la impulsaron a serlo, rayaba en la prostitución (Bolívar Moreno, 2005, p. 216-217)

Ahora bien, dicho condicionamiento y constreñimiento sobre el cuerpo de la mujer, no se restringe únicamente a un esquema tipificador que la encasilla dentro de unos estereotipos de belleza, sino que además se le atribuye la responsabilidad y tarea innegable de procrear, como

hecho inherente a su condición natural; la maternidad se convierte en la exigencia social que da sentido a la vida de la mujer, el eje de la subjetividad e identidad femenina; y en esa medida, se le prohíbe que decida sobre su cuerpo y lo que pasa con él. El cuerpo de la mujer, es entonces ajeno a ella, y sujeto a las disposiciones morales, sociales y culturales impuestas por unas lógicas netamente masculinas. En la novela *Mujeres de Fuego* de Alonso Salazar, es posible evidenciar como una mujer víctima de violación, no puede decidir libremente sobre su cuerpo, en tanto que está atravesado y supeditado por unas normas morales y sociales aceptadas por los sujetos. Normas que al ser compartidas, hacen que tanto la sociedad como ella misma se juzgue y condene por lo que decide con su cuerpo.

Mis hermanas me decían: tenga el hijo que nosotras le ayudamos. Yo no quería tener un hijo que me recordara que cinco tipos me habían violado. Pensaba que iba a sufrir toda la vida, sin saber siquiera cuál de esos atarbanes era el papá de mi hijo. Mi mamá padeció mucho pero se portó bien, me dejó tomar la decisión. Al mes y medio de embarazo aborté, clandestinamente porque es ilegal. Me cobraron treinta mil pesos. Aunque ese es un pecado mortal, me sentí liberada. Mi Dios sabrá perdonarme. (Salazar Jaramillo, 1993, Pp. 46)

4.5.2.2. La mujer del hombre y para el hombre.

Aquellos constructos sociales hacen parte de un proceso de producción y continuidad en donde las instituciones cumplen un papel fundamental, la Iglesia por ejemplo, desde su función evangelizadora y propugnadora de la fe, entrega y devoción, fundamenta y reproduce el imaginario social determinado por el patriarcado, que expone y reconoce al hombre como la cabeza y proveedor del hogar y la mujer, es quien debe sujetarse a su marido, una mujer del hombre y para el hombre⁹. Así pues, dichos constructos sociales en ayuda de las instituciones, van creando imaginarios que determinan la lógica social en donde los sujetos actúan y se definen, en tanto que la realidad de la vida cotidiana se presenta como una realidad objetivada, es decir, constituida a partir de un orden establecido y de la asignación de unos roles y funciones. En otras palabras, los imaginarios sociales son mapas mentales de la realidad que permiten que los sujetos participen, se comuniquen, actúen y compartan a través de una conciencia colectiva que lo legítima. De manera que se van introyectando ideas de lo que es el hombre y la mujer, y en esa medida, cómo debe actuar cada uno frente al otro, es decir, existe una expectativa asumida y legítima que sustenta el accionar de estos. Tal como se evidencia en la novela de Gustavo Bolívar (2005), en donde se acepta y se reconoce una naturaleza intrínseca en los hombres que por lo tanto, es incuestionable.

Que los hombres, todos, sin excepción alguna, especialmente los narcos, los políticos, los artistas y los deportistas e incluyendo curas, pastores, místicos, religiosos, profesores de ética, consejeros espirituales, psicólogos, escritores y ancianos decrepitos, eran una partida de hijueputas, mentirosos, lujuriosos, fornicadores, asolapados, cínicos y tacaños, que no podían ser fieles porque una sola vagina los aburría. Que esa era su naturaleza que cambiarla era imposible, que su

⁹ A continuación, se relacionan dos versículos de la Biblia en donde se puede evidenciar que la mujer debe sujetarse a las condiciones y voluntad del hombre: *“Pero quiero que sepáis que la cabeza de todo hombre es Cristo, y la cabeza de la mujer es el hombre, y la cabeza de Cristo es Dios”* (1ra de Corintios 11:3). *“Las mujeres estén sometidas a sus propios maridos como al Señor”* (Efesios 5:22-24)

poligamismo no tenía remedio y que la mujer que no aceptara compartirlos terminaba enloquecida. (p. 22)

Por el contrario, la mujer, quien dentro de esa visión androcéntrica del mundo se encuentra sujeta a disposiciones sociales que la definen y al no ser naturalmente igual al hombre, su actuación se debe diferenciar y por tanto, supeditar a las imposiciones que estos establecen. Por lo que si la mujer actúa como éste, su obra, antes que ser aceptada y celebrada es condenable, “Que por su machismo los hombres podían estar con muchas viejas y que para ellos eso era sinónimo de hombría, pero que una mujer no podía estar con varios tipos porque para ellos, la que hiciera eso, era una puta” (Bolívar Moreno, 2005, p. 22).

En este proceso de objetivación de la realidad se establecen ciertos comportamientos y actitudes que determinan el cómo, cuándo y por qué debe actuar una mujer frente al hombre. Tal como se evidencia en la novela *Mujeres de Fuego*, en el que una mujer rechaza o cuestiona el actuar de otras, en tanto que se encuentra inmersa dentro de unas lógicas preestablecidas que definen el comportamiento de las mujeres. Si bien, la mujer cuestiona a aquellas que se ofrecen como objeto sexual, dicho cuestionamiento está supeditado a una lógica androcéntrica que establece el “deber ser” del actuar de una mujer y en esa medida, acepta que como mujer debe supeditarse a unas reglas y seguir ciertos comportamientos que han sido establecidos por una visión masculina del mundo. Existe entonces, una conservación y perpetuidad de los estereotipos patriarcales con respecto al rol de la mujer.

También quiero seguir en las milicias para no ser como tantas peladas de estos barrios que parecen pirañas buscando hombres para acostarse con ellos. Una mujer que se valore se tiene que ganar el respeto de los hombres, esperar a que la busquen y saberse comportar. (Salazar Jaramillo, 1993, p.31)

Dentro de esta misma lógica, la mujer debe ser una mujer que está a disposición del hombre, que debe servirle, cuidarlo, atenderlo, porque desde su “condición natural”, su función es precisamente esta. Es decir, a partir de la naturalización arbitraria de lo biológico, se interioriza y se establece que la mujer es una mujer del hombre y para el hombre.

Mi familia ha sido un completo despelote: mi mamá no es capaz de vivir ni con su sombra; mi papá llegaba cansado y encontraba era un cocodrilo echando cantaleta. No le arreglaba la ropa., en un guayabo no era capaz de llevarle un vaso de agua a la cama (...) Uno sabe que si se casa es para atender al marido, por eso yo no me caso. Si ella sabía que no servía para eso, no debió haberse casado y mucho menos tener hijos. (Salazar Jaramillo, 1993, p. 37)

Así mismo, en la novela de Alonso Salazar se refleja la existencia de tareas y funciones específicas que pertenecen o se le adjudican a la mujer. Los oficios del hogar, el cuidado de los niños, la administración doméstica y el servir a su marido.

Yo me dediqué a cuidarlo hasta que se recuperó, ahí fue cuando le cogí más cariño. Uno por naturaleza quiere a los hermanos, pero al verlo así se volvió mi hermanito del alma; se puede decir que me convertí en su mujer porque le lavaba la ropa, le planchaba, le cocinaba, le hacía de todo. (Salazar Jaramillo, 1993, p. 12)

Los roles de género diseñados desde un paradigma androcéntrico, imponen tanto a mujeres como a hombres limitaciones que ubican a la mujer en una posición de inferioridad y supeditación y al hombre, en una posición dominante y jerarquizadora, creando así subjetividades excluyentes que atraviesan la vida tanto en sus aspectos privados como públicos.

4.5.2.3. La construcción de un nuevo imaginario social.

Si bien es cierto que existen condiciones que establecen el orden “normal” de las cosas en la vida cotidiana de los sujetos, y que en ese proceso de naturalización se da y se justifica el lugar de las mujeres en la sociedad y se determinan sus tareas, roles, estatutos y poderes; y en esa medida, se construyen imaginarios sociales que la ubican en una situación de dominación. Existe un proceso de reconocimiento de dicho estado de subordinación a los estamentos y disposiciones sociales creados por el hombre, y por tanto, se origina una rebelión u oposición que la ubica en un estado de liberación y transformación, no sólo de la identidad y de las funciones asignadas, sino también, de las relaciones sociales impuestas históricamente. En otras palabras, las mujeres, a partir de su reconocimiento como sujetos dominados por una estructura social, se convierten en contrapúblicos, en tanto que han iniciado un proceso de lucha, una crítica y denuncia al sistema

patriarcal dominante, al público más grande. Y en esa medida, tanto desde el ámbito público como privado se inicia un proceso de transformación de los imaginarios tradicionalmente contruidos sobre lo qué es y debe ser una mujer e imponer nuevas circunstancias, en razón de su bienestar y dignidad como sujetos y no como objetos del hombre y para el hombre.

Ahora bien, este proceso de reconocimiento de su condición de dominación, de razonamiento y conocimiento sobre la realidad que circunda su entorno, de la posición y criterio que sostiene frente a una situación determinada, hacen de la mujer un sujeto. Pero en ese estar consciente de su realidad y buscar transformarla; desde la palabra y la acción buscar poner en escena su singularidad y su diferencia, y propender por una vida más justa en donde gobierne la palabra y el consenso y no la fuerza que impone la violencia, la convierten en un sujeto político. En este sentido, tal como se puede evidenciar en las novelas aquí seleccionadas, las mujeres como sujetos literarios actuantes, es decir, como sujetos políticos, comprenden que históricamente se ha construido un imaginario y una expectativa del “deber ser” sobre su posición y sus funciones en la sociedad y romperlo constituye la resignificación de su identidad, y la transformación de su entorno. Significaciones que pueden dilucidarse en aspectos tradicionalmente aceptados tanto el ámbito más privado de los hogares como en el más público de la sociedad.

Me casé con un primo Fernando Lalinde a los veinte años y en la navidad de 1962 nos separamos (...). En 1962 una mujer separada era un lastre, en ese tiempo se pensaba que el matrimonio bueno o malo era para toda la vida. Como las mujeres siempre hemos vivido sometidas, pensábamos que no éramos capaces de defendernos solas, pero me enfrenté a la crianza de cuatro hijos y salí adelante. (Salazar Jaramillo, 1993, p. 66 -67).

No obstante, en este proceso de lucha, la mujer sigue siendo víctima de estas lógicas de dominación, que le restringen en su actuar, en tanto que la posición dominante del hombre, la confinan precisamente a los quehaceres del hogar. Tal como se puede vislumbrar en *Mujeres Fuego*, una mujer militante del grupo guerrillero M-19, ve limitada su acción política, en tanto que infundadamente le corresponde el cuidado de su hijo.

Fue el típico marido que sostenía que la mujer tenía que estar en la casa mientras el hombre daba la comida. Cuando alguno de los dos tenía que sacrificar sus actividades para cuidar al niño,

siempre me tocaba a mí; su vida política y laboral no se veía tan alterada como la mía. (Salazar Jaramillo, 1993, p. 119)

En este sentido, el hombre ve como un problema el hecho de que la mujer se ubique y reclame un espacio de igualdad, puesto que dentro de la visión androcéntrica del mundo, tanto el hombre y la mujer se encuentran inmersos en esta, y en esa medida, el gran temor de un cambio, radica, precisamente en el hecho de que la mujer rompa con esos esquemas, discursos y prácticas predeterminadas que lo ubican en una posición superior y de dominación. Son muchas las polémicas que se generan al interior de la pareja, cuando la mujer se encuentra en una posición social, laboral, económica y política, igual o superior a la del hombre. Esta situación conflictiva que dista con lo “tradicionalmente” establecido crea tensiones y contrasentidos en la relación, que se materializa en agresiones, devaluaciones y en detrimento del otro.

A Ramiro además le producía inseguridad la relación con una mujer que estuviera en un plano de igualdad, por eso trataba de subestimarse. Yo pasaba a ser la boba, la fea, la contrarrevolucionaria, la que no sabía hacer las cosas, la que no servía para nada. (Salazar Jaramillo, 1993, p. 120)

Ahora bien, dicha lucha no sólo se circunscribe al interior de los hogares que por construcción e imposición social se ha designado y reservado para la mujer; sino que también se desarrolla en el espacio público, en el cual las mujeres han irrumpido y buscado reconocimiento como actores políticos y sociales. En este proceso de búsqueda de reconocimiento, las mujeres han participado en procesos políticos que dentro de la lógica social consideran pertinentes y necesarios para su actuación como sujetos políticos. No obstante, es necesario comprender que dicho sujeto político es un sujeto inacabado, puesto que constantemente está en un proceso de construcción y en éste existen varios elementos que lo determinan. En este sentido se es coherente con la apuesta por un sujeto inacabado, en permanente construcción. El primero, como ya fue mencionado, es la reflexividad y análisis de la realidad como eje transversal de esa condición como sujeto político; el actuar y participación en pro de mejorar y transformar las condiciones de las cuales son víctimas; y finalmente, se encuentra la resistencia que asumen los sujetos frente a las barreras que existen producto de unos imaginarios socialmente construidos y legitimados que buscan anular dicha condición como sujeto político y en esa medida, encasillar y determinar el lugar, posición y función de la mujer dentro de la sociedad (Tabares Ochoa, 2011).

Tal como se puede dilucidar en la novela *Mujeres de Fuego*, Janeth y Claudia vieron la necesidad de participar en las milicias, para atender y dar solución a las problemáticas que se vivían en la comuna a la que pertenecían. “Decidí ser miliciana porque entendí que era muy injusto que tuviéramos que vivir a órdenes de los pillos, que ellos robaran o violaran a quien les provocara”. (Salazar Jaramillo, 1993, p. 15).

Además del trabajo militar, también realizaban trabajo político y social con la comunidad. Trabajo que implicaba un reconocimiento de derechos y participación de los sujetos como ciudadanos y como actores pertenecientes a la comunidad. La incursión de la mujer al mundo de lo social, ha influido notablemente en la necesidad de realización social, en donde prima más que la entrega y compromiso a las actividades que implica el hogar; la preparación, el crecimiento profesional, como el aumento de su autoconfianza, independencia y juicios propios.

Las actividades militares me parecen chéveres, pero prefiero el trabajo político: ayudar a formar equipos de fútbol, microempresas, acciones comunales, grupos juveniles, jugar con los niños (...) se trata de que los niños vuelvan a sonreír, que los padres los respeten, que los hombres les den un derecho a las mujeres. (Salazar Jaramillo, 1993, p. 23)

En las novelas aquí seleccionadas, la guerra tanto en la ciudad como en el campo, ya sea en manos de grupos guerrilleros, paramilitares o bandas criminales, se encuentra la mujer. En este caso, se narra como actor que participa en razón de eliminar o dirimir las lógicas de violencia que esta impone. Tal como se puede demostrar en *Lápiz de Guerra*, con la docente Luzdari, que desde las clases, el lápiz y el pizarrón, busca alejar a los niños del fúsil, las bombas y las botas militares.

-Cada día me gustan menos sus embelecocos de escuela que vienen a sentar gobierno por estas regiones. Aquí vivimos bien sin mandatos de escritura.

_Usted sabe Israel que no son embelecocos de gobierno. Esta escuela es gratis, yo misma la fundé y no exijo a nadie ningún sueldo. Lo hago por mi vocación de maestra y porque adoro el campo. Los niños necesitan coger un lápiz para sumar y escribir.

-Lápiz el de la guerra. Este es el lápiz de guerra, dice el comandante y señala a la maestra el fusil SAW automático belga que lleva en bandolera y agrega su dicho: A mala sangre, lápiz de hierro y calzón guerrero. (Echeverri Restrepo, 2000, p. 119).

En las mujeres que aquí se narran, existe convicción y un activismo político que las moviliza a pertenecer o continuar en la lucha de la que hacen parte. En *Mujeres de Fuego*, se encuentran en un primer momento, las milicianas, quienes señalan estar orgullosas de ser integrantes de dicho grupo. “Para mí es un gran orgullo ser miliciana y me preparo todos los días para hacerlo mejor (Salazar Jaramillo, 1993, p.26). Por otra parte, se encuentra la ex integrante del grupo guerrillero M-19 quien encontró en su activismo político, una alternativa de vida, una razón para vivir.

Uno es guerrillero para lograr cambios para los demás, para luchar por un pueblo, pero también para pasar a la historia, para buscar la trascendencia y no morir de todo. A otros les da por ser santos, a nosotros nos dio por ser héroes. (Salazar Jaramillo, 1993, p.140).

Ahora bien, dentro del movimiento guerrillero, de la milicia y del quehacer político a través de la educación, dichas mujeres se encontraron con barreras sociales que limitaron su actuar, o simplemente tuvieron la necesidad de enmarcar su actuación política, bajo esquemas androcéntricos que la ubicaban en una posición de inferioridad y subordinación. Tal como se evidencia en la novela de Alonso Salazar, en la historia de vida de la exguerrillera del M-19, quien denuncia que para poder ser valorada y reconocida dentro de dicho movimiento, debía existir un doble esfuerzo de parte de las mujeres, en tanto estas no se consideraban en igualdad de condiciones que los hombres “Es que en la guerrilla ser mando mujer es un esfuerzo doble: no sólo hay que hacer lo mismo que hacen los hombres sino que hay que hacerlo mejor para poder ser valorada” (Salazar Jaramillo, 1993, p. 120).

De igual forma, se puede demostrar cómo en la historia de vida de las milicianas, existe una idea de superioridad de los hombres, y en esa medida existe la necesidad de igualarse y compararse con ellos. “Mi aspiración es ser como Marleny, una de nuestras dirigentes. Una mujer preparada en todo, que sabe tropeliar, que sabe hablar, que se hace respetar, que se puede comparar con cualquier hombre” (Salazar Jaramillo, 1993, p.26).

En consonancia con lo anterior, las mujeres que participan políticamente, antes que ser consideradas como actores políticos, son concebidas como objetos sexuales para beneficios de los hombres pertenecientes a dichos movimientos. Tal es el caso de María Eugenia Vásquez, ex

guerrillera del M-19, que en su época de militancia, en un interrogatorio policial, más que cuestionársele por su papel político en el grupo guerrillero, se le cuestiona más por la “naturaleza” e idea preconcebida que se tiene sobre esta.

-De todos estos hombres ¿usted a cuántos se ha comido?- me preguntaba

_A casi todos ¿por qué?

-Usted es una puta

_Si ¿y qué?

-Usted es una perra

_Si ¿y?

-Con esa carita de mosquita muerta que tiene. Además es bruta.

_Sí, rico, ¿y? (Salazar Jaramillo, 1993, p. 127)

Dicha idea prescrita sobre la mujer guerrera, también puede comprobarse en la novela *Lápiz de Guerra*. “No voy a casarme con chilapa guerrera. Los chilapos dicen que son calentonas no más y mera comedia de putas”. (Echeverri Restrepo, 2000, p. 122).

Si bien, dentro de dichos espacios, existe una aceptación de participación de la mujer, ésta se ve atravesada por unas lógicas androcéntricas que la constriñen. Es decir, aunque existe un cambio y progreso en los roles de género tradicionalmente establecidos, dicho cambio supone también limitaciones en “la realización” de estas mujeres en aspectos como la maternidad y la vida amorosa, puesto que dicha posición de superioridad y elevación en el ámbito social, conlleva un costo de “insatisfacción”, “endeudamiento” y “culpa” con respecto a sus vidas privadas. La visión androcéntrica del mundo hace inconciliables el terreno tradicionalmente conocido por la mujer, con el nuevo que siempre ha sido dominio del hombre. Y en esa medida, ser guerrera, ser esposa, o ser madre, no son roles conciliables.

Llegó el momento en que tuve que decidir o ser madre o ser guerrera, porque la dinámica de los acontecimientos impedía conciliar las dos cosas (...) Si éramos buenas guerreras, no éramos las esposas ideales para nadie. Construir vida familiar significaba renunciar a la organización. Muchas renunciamos a ser madres y esposas para mantener los espacios de guerreras y los hijos se quedaron solos. (Salazar Jaramillo, 1993, p. 120-121)

En esta medida, es posible concluir que las mujeres desde el análisis de las novelas reseñadas y su reflejo de la sociedad que relatan, aunque han irrumpido en el espacio público y se han ubicado como actores políticos y sociales, aún se encuentran supeditadas y atravesadas por unas lógicas sociales que las ubican en una posición de inferioridad y dominación, en tanto que dichas lógicas responden a unos imaginarios socialmente contruidos que naturalizan y condicionan dicho sujeto. No obstante, estas nuevas concepciones y prácticas sociales producto de las luchas abanderadas por las mujeres, permiten entender de manera diferente las nociones de lo femenino y lo masculino, lo privado y lo público; y amenazan con el quiebre del paradigma patriarcal que tradicionalmente se ha sustentado y mantenido en el tiempo.

Capítulo Cinco: A manera de Conclusión

En este apartado no se pretende construir un capítulo, antes bien, plasmar y evidenciar las ideas finales productos de esta investigación que intentan dar respuesta a los objetivos e hipótesis propuestos y que se fueron desarrollando en cada uno de los capítulos de este trabajo de investigación. En razón a la tríada *Mujer, Política y Literatura* que guió este trabajo de investigación, se puede concluir que la literatura en tanto arte y fuente para el análisis de lo político, cumplió un papel fundamental y enriquecedor, puesto que través de la Arqueología del Saber, como método cualitativo se identificó, estudió y construyó una reflexión del discurso literario de tres novelas colombianas, que permitió vislumbrar el imaginario de la mujer en Colombia como sujeto político en los períodos aquí seleccionados. No obstante, dicho imaginario, está travesado por una visión androcéntrica que la ha limitado, subordinado, excluido y denigrado, enmarcándola como objeto y no como sujeto y en esa medida, su actuación se ha visto soterrada y relegada a los asuntos del *oikos* y negada o limitada en la esfera pública.

Este imaginario social, se ha profundizado y naturalizado históricamente a través de espacios, discursos y prácticas comunes y cotidianas que han colonizado simbólicamente los cuerpos y mentes tanto de hombres como de mujeres, puesto que la sociabilidad de dicho orden social y sexual compartido, prescinde de cualquier justificación en tanto que está soportado en todo un sistema simbólico a través de todas las estructuras tradicionales de la sociedad que le ratifican y por lo tanto, no requiere de discursos que le legitimen, y en esa medida, moldea y configura una idea de la mujer y lo femenino que es reconocida y aceptada por la sociedad en general.

Si bien en las novelas, se evidencia una participación activa de las mujeres en el ámbito de lo político, éstas se encontraron con barreras sociales que limitaron su actuar, o simplemente, tuvieron la necesidad de enmarcar su actuación política bajo esquemas androcéntricos que la ubicaban en una posición de otredad e inferioridad, puesto que en esa realidad compartida aún existe una conciencia práctica que excluye, limita, diferencia y discrimina. Es una realidad que simula una verdad falsa, una verdad a medias, en tanto que se comparte una idea de libertad y de

igualdad, pero en el seno de las prácticas sociales que son comunes y cotidianas a los sujetos, están atravesadas por unos imaginarios que sostienen unas relaciones de poder jerarquizadoras y excluyentes. Por lo tanto, estas luchas se ven atravesadas por el cuestionamiento a la mujer como sujeto político en tanto que tradicionalmente se le ha concebido y aún está profundamente arraigado en el *ethos* social, la idea de una mujer destinada al cuidado y administración del hogar, una mujer del hombre y para el hombre, una mujer como objeto sexual, dominada y supeditada a una sociedad masculina.

Las mujeres colombianas luchan por sobrevivir, trabajando en una sociedad que les exige niveles de eficiencia acordes con la racionalidad moderna, pero atrapadas la mayoría de ellas, en una intimidad y unas relaciones familiares que son todavía patriarcales y esclavizantes. Es visible la presencia de las mujeres colombianas en posiciones de importancia en todos los sectores de la sociedad, y su progreso económico es innegable, pero es poco probable que su vida cotidiana haya sido transformada de tal manera que pueda servir de apoyo eficaz a su vida pública". (Jaramillo, Osorio, & Romero Palomeque, 1995)

A partir de estas luchas es posible entender de manera diferente las nociones de lo femenino, lo masculino, lo privado y lo público y su amenaza con el quiebre del paradigma patriarcal que tradicionalmente se ha sustentado y mantenido en el tiempo. No obstante, para romper dichos esquemas e imaginarios sociales es necesario transformar a la sociedad y dicha transformación, se da a partir de un proceso de sociabilidad a través de procesos formativos desde las instituciones tradicionales como la Familia, la Escuela, el Estado y la Iglesia en razón al nacimiento de una nueva cultura e imaginario social que conduzca a la internalización de una igualdad y equidad de género que elimine la división, la asimetría y las dicotomías binarias excluyentes que se establecen entre hombres y mujeres que se producen y reproducen en el terreno de los intercambios simbólicos.

Para que las víctimas de la dominación simbólica rompan con esta, es necesario una transformación radical de las condiciones sociales de producción de las inclinaciones que llevan a los dominados a adoptar sobre los dominadores y sobre ellos mismo un punto de vista idéntico al de los dominadores. (Bourdieu, 2000, p. 58)

En este sentido, es necesario que exista un doble reconocimiento por parte de los sujetos, el primero, hace referencia a un proceso de reconocimiento y ratificación de su condición como sujetos políticos; el segundo, es un reconocimiento a la situación de supeditación en la que se encuentran inmersas. Dicho proceso, es posible sólo con una filosofía y praxis capaz de subvertir dicha dialéctica de dominación y de este modo, transformarla en razón de defender los derechos, la igualdad, libertad y autonomía en la sociedad a la que pertenecen. No obstante, dichas estructuras dominantes están sometizadas como ley social incorporada y por lo tanto, no pueden ser anuladas solo con la voluntad o la toma de conciencia liberadora. Es necesario una acción política conjunta de resistencia, orientada hacia cambios de corte jurídico y político que permitan la liberación y transformación tanto de hombres como de mujeres de las visiones esencialistas, biológicas y psicoanalistas que han perpetuado históricamente la dominación masculina y la sumisión femenina.

Así mismo, es necesario que el gobierno colombiano más que intentar “cumplir” con el mínimo de la cuota de participación femenina, incluya verdadera y significativamente a la mujer como actor político activo en cargos públicos y comprenda, que un factor determinante de y para la democracia, es la igualdad de género, por lo que es fundamental desarrollar políticas en pro de “la desmitificación y el desenmascaramiento de las tan afianzadas hiperrealidades cargadas de simulaciones. Esto supondría la creación de un Nuevo Imaginario Alternativo y Transgresor que pueda ayudar a resistir y a subvertir las condiciones establecidas por la postmodernidad”. (Soja, 2008, p. 484)

Bibliografía

- Acosta López, M. D., & Quintana, L. (2010). De la Estetización de la Política a la comunidad desobrada. *Revista de Estudios Sociales*, 53-65.
- Anónimo (Abril de 1985). Ofelia Uribe de Acosta: Feminismo y Sufragismo. *Brujas: las mujeres escriben* (05), 26-30.
- Anónimo (01 de Septiembre de 2012). *Los puntos de la agenda*. Obtenido de Periódico el Espectador: <http://www.semana.com/nacion/articulo/los-puntos-agenda/263987-3>
- Arango, R (Enero-Abril de 2006). Los Paramilitares y lo no negociable. Las emociones y los límites de la racionalidad. *Revista Análisis Político* (56), 151-160.
- Archila Neira, M (Abril de 2000). Las luchas sociales del Post - Frente Nacional (1975-1990). *Controversia* (176), 9-37.
- Arendt, H (2003). *La Condición Humana*. Buenos Aires: Paidós.
- Aristizabal Villada, J (2006). *Plan Colombia y Política Antidroga de los Estados Unidos (Tesis de Pregrado)*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Arreaza, C., & Tickner, A. B. (Ene-Abr de 2002). Postmodernismo, postcolonialismo y feminismo: manual para in-expertos. *Colombia Internacional* (54), 14-38.
- Bauman, Z. (2007). *Trazando límites: Cultura y Naturaleza, Estado y Territorio*. En *Pensando Sociológicamente* (págs. 149-172). Argentina: Visión.
- Berger, P. L., & Luckmann, T. (20003). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Cultura Libre.
- Bocanegra Acosta, H (s.f.). *Las Políticas Educativas y el Magisterio Colombiano en la década de los 80*. Recuperado en Marzo de 2013, de www.unilibre.edu.co: <http://www.unilibre.edu.co/dialogos/admin/upload/uploads/Articulo%202.pdf>

- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. España: Anagrama.
- Camps Cervera, V. (2011). ¿Qué son las emociones? En *El Gobierno de las emociones*. Barcelona: Herder.
- Cansino, C (Ene-Mar de 2001). Política y Literatura. *Metapolítica*, 05(17), 164-166.
- Carrasquilla, T (1980). *El padre Casafús o Luterito*. Medellín: Bedout.
- Castellanos Llanos, G (Jul-Dic de 2009). ¿"Lenguajes incluyentes", o lenguajes "políticamente correctos"?: Cómo construir equidad en el discurso. *La manzana de la discordia*, 4(2), 53-68.
- Coreth, E (1972). *Cuestiones Fundamentales de Hermenéutica*. España: Herder.
- De Certeau, M. (1990). Capítulo III: Valerse de Usos y Prácticas. En *La Invención de lo Cotidiano. I. Artes de Hacer* (págs. 35-52). México: Cultura Libre.
- Di Filippo, M. (s.f.). Walter Benjamin y Jacques Rancière: arte y política. Una lectura en clave epistemológica. *Revista de Epistemología y Ciencias Humanas*, 257-288.
- Eagleton, T. (2006). *La Estética como Ideología*. España: Editorial Trotta.
- Echavarría, R (1997). *El búho de minerva*. Santiago: Dolmen.
- Fernández De Soto, G (07 de Agosto de 2000). *Plan Colombia: un plan para la paz*. Obtenido de Revista Semana: <http://www.semana.com/opinion/articulo/plan-colombia-plan-para-paz/42957-3>
- G. Luna, L., & Villarreal Méndez, N (1994). *Historia, Género y Política Movimiento de mujeres y participación política en Colombia 1930-1991*. Barcelona: Edición del Seminario Interdisciplinar Mujeres y Sociedad.
- Giddens, A. (1995). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Gómez Pizarro, L (Agosto de 1987). La guerrilla en Colombia. *Controversia* (141), 103-144.

- Gómez, P. (Febrero de 2001). Imaginarios sociales y análisis semiótico. Una aproximación a la construcción narrativa de la realidad. *Cuadernos*(17), 195-209.
- Granada, A (1998). Notas sobre el conflicto armado en Colombia. *Universidad Pontificia Bolivariana*.
- Granda, A., Mejía, H., & Londoño, C. E (1994). Ubicación histórica de la crisis de Medellín. En A. Granda, H. Mejía, & C. E. Londoño, *La Juventud de Medellín y la Construcción de la Democracia*. Medellín: UPB.
- Jaramillo, M., Osorio, B., & Romero Palomeque, A (1995). *Literatura y diferencia: escritoras colombianas del siglo XX*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Lamus Canavate, D (Jul-Dic de 2009). La transgresión de la cultura patriarcal: Movilización feminista en Colombia (1975-1995). *La manzana de la discordia*, 4(2), 71-85.
- Lamus, D (Ene-Jun de 2008). Resistencia contra-hegemónica y polisemia. Conformación actual del movimiento de mujeres/feministas e Colombia. *La manzana de la discordia*, 03(01), 26-30.
- Londoño López, M. C (Ene-Jun de 2008). Breve análisis de las brechas de género en Colombia desde los objetivos de desarrollo del milenio. *La manzana de la discordia*, 3(5), 7-24.
- Marsh, D., & Stoker, G (1997). *Teoría y métodos de la Ciencia Política*. Madrid: Alianza Editor.
- Martínez Ramírez, M. (Ene-Jun de 2009). Nuevas fuentes de Subjetivación: Hacia una teoría política del cuerpo. *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, 259-272.
- Martyniuk, C (1994). *Positivismo, Hermenéutica y los Sistemas Sociales*. Argentina: Biblos.
- Maya Muñoz, G (Diciembre de 2002). Colombia 1990-200: Globalización y Crisis. *Ensayos de Economía*, 12(20-21), 117-174.
- Molano Bravo, A (11 de Noviembre de 2011). *El Contragolpe*. Obtenido de Periódico el Espectador: <http://www.elespectador.com/opinion/el-contragolpe>

- Onfray, M. (2008). Capítulo Primero: Del Instinto. En *Teoría del cuerpo enamorado* (págs. 149-175). Barcelona: Pre-Textos.
- Pardo, J. L. (1998). Políticas de la Intimidad. Ensayo sobre la falta de excepciones. *Logos. Anales del Seminario de Metafísica*, 145-196.
- Parody, G (2010). *Participación Política de la Mujer*. Obtenido de <http://archivo.ginaparity.co/proyectos/participacion-politica-mujer>
- Pérez Correa, E (Jul-Dic de 1998). Una visión del desarrollo rural en Colombia. *Cuadernos de Desarrollo Rural* (41), 7-20.
- Pérez Samper, M. d. (2003). Política y Literatura: Sueños y Realidades en la España del Siglo de Oro". *Estudis*, 231-253.
- Redacción Paz (15 de Diciembre de 2015). *Revista Semana*. Obtenido de Verdad y Derechos humanos de las víctimas, los puntos claves del acuerdo Gobierno - Farc: <http://www.elespectador.com/noticias/paz/verdad-y-derechos-humanos-de-victimas-los-puntos-claves-articulo-605659>
- Ritzer, G. (1997). Integración Acción-Estructura. En *Teoría Sociológica Contemporánea* (págs. 489-522). México: Cultura Libre.
- Rivas Nieto, p., & Rey García, P (Enero-Mayo de 2008). Las Autodefensas y el Paramilitarismo en Colombia (1964-2006). *Confines*, 43-52.
- Sandoval Robayo, M (2002). Pierre Bourdieu y la Teoría sobre la dominación masculina. *Revista Colombiana de Sociología*, 55-73.
- Santos, M. (1997). Capítulo. 14. El lugar y lo cotidiano. En *La Naturaleza del Espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. (págs. 267-281). Barcelona: Ariel, S.A.
- Soja, E. W. (2008). Simcities. La reestructuración del imaginario urbano. En *Postmetropolis: estudios críticos sobre las ciudades y las regiones* (págs. 451-485). Madrid: Traficantes de Sueños.

- Tabares Ochoa, C. M. (Enero-Junio de 2011). Reflexiones en torno al devenir sujeto político de las víctimas del conflicto armado. *Estudios Políticos*, 13-37.
- Taylor, C (2006). *Imaginario Social Moderno*. España: Paidós.
- Unidas, N (Septiembre de 2000). *Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo en Colombia*. Obtenido de Objetivos del Milenio ¿Qué son los ODM?: <http://www.pnud.org.co/sitio.shtml?apc=h-a-1--&s=a&m=a&e=A&c=02010>
- Uribe, M. T (1993). Presentación. Mujeres de Fuego. En A. Salazar Jaramillo, *Mujeres de Fuego*. Medellín: Corporación Región para el Desarrollo de la Democracia.
- Vallés, J. M. (2000). ¿Qué es Política? En *Ciencia Política: una introducción* (págs. 17-29). Barcelona: Ariel S.A .
- Velasco Maillo, H. (2007). *Cuerpo y espacio. Símbolos y Metáforas, representación y expresividad en las culturas*. Ramón Areces.
- Velásquez Toro, M (1995). La Coyuntura de los años 80. La multiplicidad de la crisis y la contrastación de factores. *Las Mujeres en la Historia de Colombia*.
- Vélez Saldarriaga, M (Diciembre de 2009). Movimiento Feminista: hacia una superación de la dialéctica. *Temas Socio-Jurídicos*, 27(57), 121-132.
- Warner, M. (2012). Público y Privado. En *Público, Públicos y Contrapúblicos* (págs. 17-72). México: Fondo de Cultura Económica (FCE).
- Weber, M. (2002). Los tipos de dominación. En *Economía y Sociedad* (págs. 170-241). España: Fondo de Cultura Económica.
- Wills Obregón, M (May - Agos de 1999). Feminismo y Democracia: más allá de las viejas fronteras. *Análisis político* (037), 18-36.
- Woolf, V (1980). *Una Habitación Propia*. España: Seix Barral.
- Young, I. M (1996). Teoría política una visión general. España: ISTMO S.A.

Young, I. M. (2000). *La Justicia y la Política de la Diferencia*. España: Ediciones Cátedra
Universidad Valencia.

Anexos

Anexo 1: Entrevista a Pablo Montoya Campuzano

Medellín, 29 de abril de 2015

En razón de cumplir con los objetivos propuestos en esta investigación, y de seleccionar un corpus literario pertinente para los fines de este trabajo, se realizó una entrevista al escritor, profesor, traductor y crítico literario colombiano, *Pablo Montoya Campuzano*, que en su destacada y reconocida trayectoria académica, ha alternado su apretada agenda entre clases, conferencias y sus escritos merecedores de elogios y reconocimientos. Si bien, en las obras de Pablo Montoya, aparece recurrentemente la violencia y la realidad social de nuestro país, él mismo señala que en sus obras, no abordan el problema particular que aquí interesa.

A continuación, la entrevista realizada al profesor Pablo Montoya.

1. ¿Cuál considera usted es la función social del artista y en esa medida del arte y la literatura?

La función social del artista, es fundamentalmente es la resistencia y en ese sentido, debe escribir para inquietar, cuestionar y polemizar. No escribir para adormecer o entretener, sino para desestabilizar las consciencia, es que este mundo esta tan mal, y ocurren tantas infamias e injusticia que la literatura debe denunciarlo, lo cual no significa que en la literatura no haya espacio para la belleza, estética, el goce.

2. Cuál es el papel de la literatura como constructora de una memoria del pasado?

Es fundamental, tiene un papel activo. A través de la novela histórica, se puede moldear o trabajar mejor ese aspecto el espacio que debe ocupar la memoria en la

escritura y la literatura. Hay una novela muy importante en la literatura colombiana, que yo reivindico mucho, que se llama *“La Ceiba de la Memoria”* de Roberto Burgos Cantor, y esa novela es un ejemplo de cómo la literatura aborda el pasado y la aborda desde la construcción misma de la memoria. Es una obra polifónica, con diferentes voces, en donde lo que se intenta abordar es la necesidad de darle un espacio a esa memoria activa, y cuando hablo de memoria activa, me estoy refiriendo a narrar esos momentos críticos de la historia de colombiana. Y la literatura lo que debe hacer es rastrear esas heridas, porque hay mucho dolor, hay mucha impunidad, hay mucha sangre, hay mucho sufrimiento, hay mucho mal, mejor dicho, y el mal hay que exorcizarlo con las palabras. Eso es lo que debe hacer la literatura, sobre todo la literatura histórica que ocupa de la memoria.

3. ¿Cómo percibe el discurso ficcional de la literatura para representar o testimoniar fenómenos sociales en Antioquia?

Eso es lo que se está haciendo últimamente, se está trabajando mucho el asunto del testimonio, porque es una de las formas en que la literatura y los escritores han enfrentado esa cantidad de desmanes, de violencia, de inequidad social que se ha presentado en esta parte del país. Ha habido una gran cantidad de obras, una de esas obras, es una obra periodística de una escritora de aquí de la ciudad que se llama Patricia Nieto, se llama, *“Los elegidos”*. Me parece que es importante este trabajo, porque es a través de la literatura que se van a conocer la realidad social.

4. Si se parte del hecho de que la literatura tiene la capacidad de construir un imaginario sobre la realidad que se narra, ¿cuál es el imaginario construido de la mujer?

En la literatura, la mujer es un objeto, un objeto sexual, es muy asociado con la mamá, es muy virginal, digámoslo así, en una buena parte de la literatura. Claro que eso ahora, se está pues poniendo en cuestión todo eso, pero en todo el siglo XX lo que predomina es eso, una mujer también que sufre mucho los desmanes de la sociedad machista antioqueña, sometida por el poder conservador eclesiástico. Son mujeres

creyentes, sumisas, lo que no quiere decir que no haya excepciones, pero las excepciones que se presentan en la literatura, siempre se terminan mal, terminan estropeadas, injuriadas, por ejemplo hay una novela que se llama “*Una mujer de cuatro en conducta*” de Jaime Sanín Echeverry, claro que es una novela que pasa en la década del 40 o 50, primero viene del campo, de Santa Elena, trabaja como sirvienta, luego se prostituye, es interesante, la manera en cómo influye el poder religioso, que es muy fuerte, en vez de liberarlas las constriñe. Ya con la inducción de la violencia partidista y del narcotráfico, es un imaginario que se ve atravesado por toda esa violencia.

5. Como crítico literario y novelista, ¿qué corpus literario recomendaría para llevar a cabo el propósito de este trabajo?

Yo pienso que la mujer en la literatura de Antioquia, es digamos una presencia muy masculinizada, es vista a través de los escritores, de los hombres, aunque eso no significa que las mujeres no tengan presencia en estas obras. Por ejemplo, cuando empiezan a aparecer las mujeres con cierta importancia, es en la obra de Carrasquilla, está “Fruto de mi Tierra”, “La Marquesa de Yolombó”, y en la “Trilogía Final de Carrasquilla”, esas mujeres cuando aparecen ahí, son generalmente mujeres reivindicadas, o sea que Carrasquilla visibiliza a la mujer, en medio de un ambiente que es machista, que tiene todos los valores de la Antioquia conservadora. Sin embargo, e visibiliza diferente tipos de mujeres, Miremos, por ejemplo a Bárbara Caballero, que es la protagonista de La Marquesa de Yolombó, que es una mujer distinta a las que usualmente vivían en ese periodo del fin de la Colonia. La Marquesa está como medio loca, pues porque la dejó el esposo, le robó todo, pero ella es una mujer que enseña a leer a la gente, libera esclavos, y aunque es muy católica, tiene unas ideas que evidentemente de los principios de la Ilustración. No sé si Carrasquilla inventó este personaje completamente, o sin en realidad tiene un referente histórico. Yo creo que sí hay un referente histórico, aquí en Antioquia, en Rionegro, hubo una mujer que se llamó Javiera Londoño, fue una mujer muy importante de la aristocracia antioqueña, que liberó los esclavos, antes de la abolición de la esclavitud, si hay casos, históricos, que permiten entender la creación literaria.

Después de Carrasquilla, no creo que haya un trabajo sobre la mujer verdaderamente relevante, hay 3 escritores importantes en Antioquia, Fernando González, F. Gómez e Iván Mejía Vallejo. Si hay por ejemplo en Mejía Vallejo una presencia más fuerte de la mujer, él tiene una novela que se llama “La casa de las dos Palmas”, habla de finales del siglo XIX a las primeras décadas del siglo XX.

Planteo que para tu trabajo puedes escoger a las mujeres narradoras. Hay una escritora que se llama Rocío Vélez de Piedrahita, deberías abordarla, porque ella tiene varias novelas, varios cuentos muy interesantes desde el punto de vista de la presencia de la mujer. El personaje de ella, son las mujeres. La otra, es María Cristina Restrepo que ya es más contemporánea. Yo creo que puedes trabajar esas dos narradoras, bueno es verdad que María Cristina Restrepo trabaja mucho con las novelas históricas, son las novelas del siglo XIX y más o menos inicios del siglo XX, pero tú podrías de alguna manera, después de hacer esta revisión, dar un viraje a tu propuesta de trabajo grado, plantearse la pregunta de cómo es vista la mujer en dos escritoras antioqueñas del siglo XX.

Algunas obras de Rocío Vélez, son “*El hombre, la mujer y la vaca*”, “*Las dos hermanas*”, otra que se llama “*La Cisterna*”, “*Muellemente tendida en la llanura*”. En María Cristina Restrepo, está por ejemplo, “*Amores sin tregua*”, “*De una vez y para siempre*”. Yo creo que con ellas dos, puedes desarrollar tu trabajo, no estoy diciendo que no existan más, pero digamos que las otras que existen no tienen obras tan representativas. Hay otras autoras, como Paloma Pérez, Claudia Ivon Giraldo, Esther Fleisacher, autoras más del siglo XXI.

Ahora, la novela, “*El hombre la mujer y la vaca*”, te podría servir a lo que sucede en la década de los 60, es una novela que narra la historia de un hombre antioqueño que está muy asociado al campo, a la vida del caballista, asocia a su mujer con una vaca, es la cosa más machista y horrible de este mundo. Luego ella tiene una novela, que se llama “*Muellemente tendida en la llanura*”. Que va a narrar la historia de una familia antioqueña, y hay una parte en donde lo que se aborda es la forma en que el narcotráfico llega y destruye todos los valores de esa familia, donde hay por supuestos mujeres.

Ya frente a las novelas actuales, de estas últimas mujeres que han escrito, debes revisar sus obras, que se ubiquen en esa necesidad que tienes del 2000 a la actualidad. No obstante, Paloma y Claudia Ivon son más cuentistas.

6. ¿Cuál es la diferencia que puede llegar a tener el discurso ficcional de la narrativa de estas novelas recomendadas, con el que ha construido las ciencias sociales particularmente de esos períodos?

No, son novelas muy realistas. Yo creo que eso es una característica de la literatura de esta parte del país, es una literatura excesivamente real, o sea, aquí no hay espacio para fantasía, ni ciencia ficción, aquí lo que hay es un constructo literario basado fuertemente en la realidad social. Es como si el deber del escritor fuera imitar, inclusive a nivel de las palabras, por ejemplo lo que hacía Tomás Carrasquilla, que lo que hace es reconocer de la manera más fidedigna, aunque hay una invención también literaria, pero el objetivo es reconstruir el habla popular de los antioqueños de ese entonces, y yo creo que eso ha permanecido mucho en la literatura de esta región, justamente por la fuerza de Carrasquilla, por la fuerza de F. Gómez y Manuel Mejía Vallejo, son literaturas muy ceñidas a lo que sucedió a lo que está sucediendo.

7. ¿Cómo se refleja la idea de dominación, sobre la mujer en la literatura?

En la literatura, es evidente una situación de dominación sobre la mujer, porque está supeditada a una sociedad machista, en donde se considera un objeto sexual, sometida por el poder conservador y eclesiástico.

8. Partiendo del hecho de que a través de sistemas simbólicos, se configuran los roles de una sociedad, ¿cómo se significa el cuerpo de la mujer?

Hay una novela, que se llama “Rosario Tijeras” es una novela que pertenece al período de la década del 90. Rosario Tijeras se puede leer desde muchas perspectivas, una de esas perspectivas, es que esta novela trabaja el mito de la mantis religiosa, deja que el macho la monte, dígamelo así, lo mata y se lo come. Eso es lo que hace Rosario Tijeras, se lo come en el doble sentido de la palabra, se los come sexualmente, y los mata

después. Pero además, es una mujer, de los bajos sectores, que fue violada y es sometida violentamente porque siempre fue asociada como un objeto sexual. Aquí también podría verse, como el imaginario de la mujer, adquiere cierta rebeldía, pero es una rebeldía que va a terminar en fracaso, porque se vuelve en una rebeldía asesina.

9. ¿Cómo se significa la mujer en la literatura como sujeto literario actuante?

En esas obras escritas por mujeres, si hay un deseo por demostrar un personaje femenino activo, que en realidad ha sido activo, porque la base de esta sociedad es la mujer. Pero ellas lo han tratado de desmostar a través de personajes cuya sexualidad, digamos es más independiente, más valiente, no son mujeres en realidad sometidas, porque son, estas escritoras, son justamente mujeres que han sido educadas, han estudiado afuera, han ocupado cargos públicos y políticos muy importantes, entonces esto lo que hace es que estas mujeres tenga la capacidad suficiente para visibilizar en sus novelas, el papel de la mujer. Por ejemplo, Rocío Vélez, es una mujer que participo en procesos de paz, es una mujer que en medio de este machismo antioqueño, logró surgir. Lo que pasó con ella, es más o menos lo que pasó con Débora Arango, estas mujeres son como correlatos o son como espejos a nivel literario de lo que hizo Débora Arango antes que ellas; sin la misma repercusión, porque la obra de Débora es muy fuerte, y para el período en que ella pintó, todavía más fuerte.

Paloma Pérez, por ejemplo, es una mujer lesbiana, y ella ha manifestado y reivindicado su lesbianismo en su literatura, y esto ha hecho que la literatura esté mostrando unos personajes femeninos activos y muy de acuerdo a lo que fue viviendo la sociedad.

10. En las novelas que recomienda, ¿qué papel ha jugado la ciudad y su coyuntura?

Siempre está nombrada, estratificada, además jerarquizada, tiene los problemas que ha tenido siempre, el problema del conservadurismo, la presencia fuerte de la iglesia y los clanes políticos asociados al campo y luego, la irrupción del narcotráfico, el

paramilitarismo, y como ésta ciudad digamos entre comillas, “la ciudad paradisiaca, la tacita de plata, de la eterna primavera”, reacciona ante la presencia de estas fuerzas modernas, más o menos destructivas. Entonces sí, si aparece en la literatura, la idea de ciudad de alguna manera muy clara.

Anexo 2: Fichas de lectura de las novelas seleccionadas para el análisis

<p>Anexo 2. 1: Ficha de lectura No. 1</p>
<p>Salazar Jaramillo, A (1993). <i>Mujeres de Fuego</i>. Medellín: Corporación Región para el Desarrollo de la Democracia.</p> <p>Ubicación: Biblioteca Carlos Gaviria Díaz. Colección General Piso 2 Referencia: 364.1066/S161m e3</p>
<p>Palabras clave: Delincuencia juvenil, Milicias populares, Mujeres, Violencia, Medellín, Género, Narcotráfico.</p>
<p>Resumen del texto:</p> <p>El autor incursiona en el mundo de las mujeres, rescatando "las historias de vida" de algunas, que por diversas razones, se encontraron con la violencia, el terror y la muerte; situaciones complejas y siempre dolorosas que las llevaron a asumir papeles protagónicos y a ocupar lugares estratégicos en el macrodrama de la violencia colombiana, pero que en sus ámbitos afectivos y cotidianos, en sus mundos de sueños y nostalgias, de amores y desamores, son como cualquier mujer de su misma edad y condición social.</p>
<p>Hipótesis, Tesis, Ideas centrales del texto:</p> <p>Capítulo I: Las Milicianas</p> <p>Janeth:</p> <p>“Las milicias han crecido en las barriadas pobres como una autodefensa ante el desamparo del Estado. Su historia remonta al año 89, cuando un grupo de ex militantes de organizaciones guerrilleras y sindicalistas subieron a la parte alta de la comuna Nororiental” (p.7)</p> <p>“Claudia y Janeth no tienen tanta claridad política pero defienden con energía a las milicias. Ellas</p>

hacían parte de un grupo de diez mujeres que integraron hace poco más de un año a la organización. Las otras compañeras han desertado, pero ellas se sienten cada día más comprometidas con su decisión” (p.9).

“Las palabras y gestos de estas dos mujeres parecen a veces de un par de adolescentes que hablan ingenuamente de amores, peluches y sueños; y otras veces, de un par de veteranas curtidas por una realidad demasiado patética: la guerra” (p.11)

“Yo conocí en forma las milicias cuando mataron a mi hermanito. Él se llamaba James, tenía sólo dieciséis años, uno más que yo; era un atravesado tremendo” (p.12).

“Más de una vez las amigas me decían que James y su bandita le habían hecho el revolcón a una pelada. Me daba chispa con él, pero también con las peladas que andaban detrás de esos pillos sabiendo cómo eran las cosas. Bobas. Hay sardinas que ven los pelaos con plata y creen que van a coger el cielo haciendo lo que les digan, los siguen a todas partes y ellos aprovechan para hacerles la vaca muerta, las cogen en un lote o en una terraza y hacen fila para violarlas” (p.12).

“Yo me dediqué a cuidarlo hasta que se recuperó, ahí fue cuando le cogí más cariño. Uno por naturaleza quiere a los hermanos, pero al verlo así se volvió mi hermanito del alma; se puede decir que me convertí en su mujer porque le lavaba la ropa, le planchaba, el cocinaba, le hacía de todo. Así son las cuchas, al hijo más torcido es al que más quieren” (p.12).

“Decidí ser miliciana porque entendí que era muy injusto que tuviéramos que vivir a órdenes de los pillos, que ellos robaran o violaran a quien les provocara” (p.15).

“Mi mamá ni me va ni me viene. Con mi mamá sinceramente estoy llena de resentimiento porque es tremenda vaga y nos ha tratado muy mal (...). Cuando nací, a ella no le gustó que se apareciera una mujer porque quería hombres al zoco, por eso nunca me quiso y nunca me aceptó como su hija” (p.15).

“Empezó a gustarme la acción, no por el placer de matar, sino por el placer de saber que se acaba con alguien que perjudica a todo el barrio” (p.16).

Claudia

“En unas cosas mi infancia fue muy común. Empecé la escuela a los 6 años tenía mis amigas, jugaba golosa, catapis, materile, jugaremos en el bosque mientras el lobo está... Pero en otras cosas fue muy accidentada. Imagínese que cuanto tenía 9 años, una niña del barrio, de una familia muy picada, me gritó que mamá era puta y yo llena de sentimiento le clavé unas tijeras en la cara. Realmente no sé por qué lo hice, tal vez porque esa niña hirió con sus palabras una parte sagrada como es mi madre, y también porque esos barrios me enseñaron a ser altanera” (p.21).

“Las actividades militares me parecen chéveres, pero prefiero el trabajo político: ayudar a formar equipos de fútbol, microempresas, acciones comunales, grupos juveniles, jugar con los niños... se trata de que los niños vuelvan a sonreír, que los padres los respeten, que los hombres les den un derecho a las mujeres” (p.23).

“Que mi Dios me perdone, pero me dan risa esos fariseos – ¿Si ustedes se creen tan buenas personas por qué le pegan a la mujer. Díganme? – le pregunte en estos días a los hombres que estaba orando. Y todos se quedaron callados” (p.24).

“Para mí es un gran orgullo ser miliciana y me preparo todos los días para hacerlo mejor. Con los consejos de Richard he cambiado mucho. Mi aspiración es ser como Marleny, una de nuestras dirigentes. Una mujer preparada en todo, que sabe tropeliar, que sabe hablar, que se hace respetar que se puede comparar con cualquier hombre” (p.26).

“También quiero seguir en las milicias para no ser como tantas peladas de estos barrios que parecen pirañas buscando hombres para acostarse con ellos. Una mujer que se valore se tiene que ganar el respeto de los hombres, esperar a que la busquen y saberse comportar” (p.31)

“En las milicias las mujeres tenemos iguales derechos que los hombres y nos tratan a lo bien, no pueden ver que nos falten porque se ponen pilas. Aquí todos trabajamos por el mismo ideal y nos tratamos de igual a igual” (p.31).

Capítulo II: La huellas de la vida

“Sandra y Erika, nacieron a inicios de los años 70 cuando el narcotráfico era una incipiente y

artesanal empresa. Pero cuando llegaron a la adolescencia, el negocio de la coca era el más próspero del mundo y había trastocado la vida de la ciudad de Medellín. La mafia logró asentarse con relativa facilidad en estas tierras” (p.34).

“Sandra y Erika hacen parte de una generación que se dejó seducir por la aventura y el deseo de riqueza. Han vivido tan aceleradamente que a sus veinte años se sienten viejas” (p.34).

“El dinero y la fuerza se impusieron como dos valores esenciales para la sociedad (...). En ese mundo figuraron muy bien las sardinas que aparecieron de todos los rincones cotizando con sus rostros y cuerpos espléndidos. Se les vio desfilar en autos fantásticos o de parrilleras en ruidosas motos. Algunas corrieron con la suerte de conquistar el corazón de un hombre que las convirtiera en su mujer principal. Pero al poco tiempo, quedaron viudas. Otras pasaron de mano en mano hasta quedar desahuciadas y terminaron ofreciendo sus amores a postores cada vez menos interesantes” (p.35).

Sandra

“Yo comencé a loquiar desde los catorce años. Mi familia ha sido un completo despelote: mi mamá no es capaz de vivir ni con su sombra; mi papá llegaba cansado y encontraba era un cocodrilo echando cantaleta. No le arreglaba la ropa., en un guayabo no era capaz de llevarle un vaso de agua a la cama (...). Uno sabe que si se casa es para atender al marido, por eso yo no me caso. Si ella sabía que no servía para eso, no debió haberse casado y mucho menos tener hijos” (p.37).

“Los hombres muchas veces subestiman a las mujeres, no se imaginan lo que son capaces de hacer” (p.43).

“Conocí muchas colombianas dedicadas a la prostitución, entre ellas a unas caleñas que llevaron engañadas. Las embarcaron con el cuento de que iban como meseras a un restaurante y usted sabe que a uno le pintan dónde va a ganar buena plata y ahí mismo arranca. Y efectivamente les dieron trabajo de meseras pero a la hora de cerrar se tenían que ir con los clientes. Esas niñas casi se chiflan, se mantenían llorando” (p.52).

Erika

“Yo tenía una minifalda blanca, una camisa azul y unos Reebok negros. El hijueputa entró y me arranco la ropa como un salvaje. La falda la dejó deshilachada, los cucos rotos; sólo quedé con la camisa. Entraron de uno en uno e hicieron conmigo lo que se les dio la gana. Todavía me da náuseas recordar esos cinco animales, sus asquerosos sexos, sus tufos de licor y droga, y sus olores de monstruo (...). Me sentí arruinada como persona y lloré desconsoladamente. Pensaba que todo era culpa mía, qué quizás si hubiera llevado las cosas con más seriedad, que si no hubiera usado una minifalda tan corta nada hubiera pasado. Uno se gana el respeto o el irrespeto por su manera de ser” (p.45).

“Mis hermanas me decían: tenga el hijo que nosotras le ayudamos. Yo no quería tener un hijo que me recordara que cinco tipos me habían violado. Pensaba que iba a sufrir toda la vida, sin saber siquiera cuál de esos atarbanes era el papá de mi hijo. Mi mamá padeció mucho pero se portó bien, me dejó tomar la decisión. Al mes y medio de embarazo aborté, clandestinamente porque es ilegal. Me cobraron treinta mil pesos. Aunque ese es un pecado mortal, me sentí liberada. Mi Dios sabrá perdonarme” (p.46).

“En ese tiempo se pusieron de moda las violaciones. Los mafiosos abusaban por el poder que tenían, creció mucha caranga resucitada que se creía dueña del mundo y su gente. Por ejemplo, Virulo, un hijueputa que sólo hizo cosas malas en la vida, en una noche de borrachera se paró con una metra en la mano en una taberna. – Las mujeres se me hacen a este lado y los hombres allí y el que vaya a revirar avise de una vez- decía. Y hacía lo que le daba la hijueputa gana con las peladas” (p.46).

“Estuve cuatro días en el F2 de Belén, metida en un calabozo con unas viejas muy banderas, que se les veía la cara de malas. De ahí me llevaron para la cárcel del Buen Pastor. En la entrada me hicieron empelotar y me revisaron hasta la vagina. Eso es horrible” (p.49).

“En la cárcel aprendí lo de las amistades. En los tres meses sólo fueron unos amigos así como a chismosear, pero nunca volvieron. La única que no falló fue mi mamá; a pesar de la situación económica siempre me dejaba algo de plata. Empecé a valorarla, a darme cuenta que era lo único

que tenía. Yo a ella la trataba de malparida para arriba. La cárcel me enseñó a quererla” (p.50).

“Yo antes de que coma Raimundo y todo el mundo por mil pesos, se lo doy a un traqueto que me da cincuenta o cien mil pesos por una acostadita. Yo he sido muy loca, pero nunca me he considerado puta. Olvídate, ni que fuera la más zapato del mundo. Oportunidades he tenido, hasta una moto me han ofrecido por una acostadita” (p.55).

“A raíz de la violación, cuando hacía el amor no sentía nada, pero era tan ingenua que pensaba que complaciendo sexualmente a los hombres me iban a querer más. Toda la vida he buscado refugio en una persona que me quiera; y por buscarlo he cometido tantos errores.” (p.55)

Capítulo III: Operación Cirirí

Fabiola Lalinde

“Como el ejército le da nombre a todos sus operativos, los llaman Cuervo, Águila, Centella, yo he denominado mi operativo: Operación Cirirí. Como dice el dicho: todo gavilán tiene su cirirí” (p.61).

“La búsqueda de Luis Fernando la puso de frente a una realidad que no sospechaba: el fenómeno de las guerras sucias y las desapariciones” (p.61).

“En la lucha por los desaparecidos sólo sobrevive la tenacidad de las madres. Primero se pierden quienes utilizan el tema por cuestiones de política, después se dispersan los amigos y por último los familiares se niegan a seguir ulcerando la herida. Sólo las mujeres, y especialmente las madres, como las de la plaza de mayo en Argentina o las de ASFADDES en Colombia, siguen preguntando siempre ¿Dónde están?” (p.62-63).

“Yo nací el 04 de enero de 1937 en una finca cafetera a diez minutos de Belalcazár, Caldas, donde está el Cristo más grande de Suramérica (...) Lo curioso es que mi mamá era conservadora y mi papá liberal. Aunque ella sufrió mucho por esa razón, sus oraciones y su resignación le permitieron lograr una convivencia muy pacífica en la familia. Entre la casa y el colegio me formaron con principios morales bastante rígidos” (p.65).

“Yo tenía once años cuando asesinaron a Gaitán (09/04/1948), después de ese nueve de abril la región se convirtió en un campo de batalla. Me tocó ver el éxodo rural en vivo y en directo, como dicen los comunicadores, porque las chusmas conservadoras empezaron a asesinar liberales” (p.65).

“Mi mamá murió en 1952, tenía 54 años. Los médicos dijeron que tenía cáncer en el páncreas pero yo creo que la mató realmente la pena moral porque mi papá no volvió a pisar una iglesia. Ella era católica a morir pero como era tan sumisa se callaba y se consumía por dentro pensando que su marido se iba a ir derecho a las brasas del infierno” (p.66).

“Me casé con un primo Fernando Lalinde a los veinte años y en la navidad de 1962 nos separamos (...) En 1962 una mujer separada era un lastre, en ese tiempo se pensaba que el matrimonio bueno o malo era para toda la vida. Como las mujeres siempre hemos vivido sometidas, pensábamos que no éramos capaces de defendernos solas, pero me enfrenté a la crianza de cuatro hijos y salí adelante” (p.66 -67).

“Me afilié al gremio más triste del mundo: a la Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos (ASFADDES). Una unión del dolor que se mantiene sobre todo por la tenacidad de las mujeres; a nosotras es a la que nos duele más el hijo, o el esposo, o el hermano” (p.74).

“Me sentí desfallecer. Estaba en ese rincón del planeta, en ese monte, viendo los restos que había perseguido por ocho años. Mi operación cirirí logró que por fin la maquinaria recobrarla la memoria y que se organizara ese operativo. Ese fue el resultado de 2.747 días de lucha minuciosa, dentro de los maros legales, acopiando documentos, firmas, sellos, constancias, todo lo que requiere una maquinaria que está estructurada para la impunidad; una lucha en la que no traicioné mis convicciones de mujer creyente y amante de la democracia, pero tampoco transigí con quienes en este país creen que a las personas se les puede tratar como a cualquier cosa por ser de un bando distinto” (p.85-86).

Capítulo IV: La nostalgia de la Calle

Martha Luz Hurtado

“En 1989 el narcotráfico asesinó a Luis Carlos Galán, candidato por el partido liberal a la presidencia de la República. Tras el asesinato de Galán, el presidente Virgilio Barco decidió emprender una guerra frontal contra Pablo Escobar y el cartel de Medellín (...) Pero la respuesta de la mafia también fue contundente; utilizando carros bombas dejaron centenares de muertos y heridos y miles de damnificados, crearon un ambiente de terror en Medellín, Cartagena y Bogotá. En este contexto de guerra total, la ciudad de Medellín vivió una de las épocas más críticas de su historia” (p.88).

“Ella es una mujer que a pesar de su juventud tiene una larga trayectoria en la rama judicial, en la que ha ascendido desde el primer peldaño y en la que ha enfrentado todos los avatares de uno de los oficios más peligrosos del país, el de juez de la República” (p.90).

“Durante los años ochenta despedimos compañeros extraordinarios de la rama judicial en Antioquia. La guerra del narcotráfico dejó una estela de muertes” (p.94).

“Yo creo que la justicia ha pagado y pagará una cuota alta por servirle al país en este tiempo de caos” (p.95).

“A nosotros nos toca administrar la ley que no hacemos. Rara vez se nos pregunta sobre las consecuencias de las leyes que hacen los políticos” (p.104).

Capítulo V: La casa de los fantasmas

María Eugenia Vásquez

“María Eugenia Vásquez fue protagonista de primera línea de la historia del M-19 hasta 1988, año en que empezó a marginarse de la actividad política e inició una búsqueda interior” (p.108).

“De la una de la mañana en adelante las horas de guardia se hacían extensas y daban toda la posibilidad de fantasear y recapitular la vida. Se aparecía el hada madrina y me concedía tres deseos; pensaba en mi hijo, presente a pesar de las ausencias en todos los momentos de mi vida; y en mi madre, siempre tan respetuosa de mis decisiones y tan cómplice de mi lucha, que sin conversar conmigo de política terminó colaborándome en todo, cargándome armas y documentos para sacarme de líos. Ella finalmente siempre se la ha jugado por mí, creo que incluso se casó por

segunda vez, más por darme un padre que por estar realmente enamorada” (p.112).

“Crecer en medio de los desafíos del mundo masculino me permitió enfrentarme posteriormente a los hombres en un plano de igualdad” (p.112).

“El episodio de la espada conmovió al país. Aún hoy siento alegría de haber vivido el Eme desde su nacimiento; mejor dicho en su nacimiento público, porque ya había participado de su nacimiento en 1971” (p.115).

“Desde que llegué a la Universidad tuve pretendientes retacadores, todos me lo pedían. Yo venía de una ciudad muy recatada y no había pasado por esa experiencia de que los hombres me invitaran de repente a hacer el amor” (p.118).

“Ramiro dijo ¡qué lindo un niño! Y a mí me pareció lo más normal ¡qué lindo un niño! Estábamos los dos para afrontarlo, ¡listo!, era tan fácil, era tan irresponsablemente fácil tener un hijo (...). Al inicio, el embarazo no alteró mi ritmo de vida, seguí entrenando por los cerros de Monserrate y Guadalupe y cumpliendo con todas las rutinas de la organización. Fueron los compañeros los que me limitaron” (p.118).

“Al poco tiempo empezó a reventarse la pareja. A esa pareja la mató más que la divergencia ideológica, la cotidianidad. Fui la esposa de un hombre que me ayudaba a lavar los sábados y los domingos, que era un buen padre en la medida en que sabía cambiarle los pañales a su hijo, que me lo pasaba para que lo amamantara (...) pero fue el típico marido que sostenía que la mujer tenía que estar en la casa mientras el hombre daba la comida. Cuando alguno de los dos tenía que sacrificar sus actividades para cuidar al niño, siempre me tocaba a mí; su vida política y laboral no se veía tan alterada como la mía” (p.119).

“A Ramiro además le producía inseguridad la relación con una mujer que estuviera en un plano de igualdad, por eso trataba de subestimarse. Yo pasaba a ser la boba, la fea, la contrarrevolucionaria, la que no sabía hacer las cosas, la que no servía para nada” (p.120).

“Llegó el momento en que tuve que decidir o ser madre o ser guerrera, porque la dinámica de los acontecimientos impedía conciliar las dos cosas. Es que en la guerrilla ser mando mujer es un

esfuerzo doble: no sólo hay que hacer lo mismo que hacen los hombres sino que hay que hacerlo mejor para poder ser valorada. Las mujeres que íbamos ganando posiciones de mando, con algunas excepciones, nos quedábamos solas” (p.120).

“Si éramos buenas guerreras no éramos las esposas ideales para nadie. Construir vida familiar significaba renunciar a la organización. Muchas renunciábamos a ser madres y esposas para mantener los espacios de guerreras y los hijos se quedaron solos” (p.121).

“En la etapa de investigación me tocó probar interrogadores de todos los colores y sabores. Recuerdo uno que siempre fue agresivo: (p.127)

-De todos estos hombres ¿usted a cuántos se ha comido?- me preguntaba

_A casi todos ¿por qué?

-Usted es una puta

_Si ¿y qué?

-Usted es una perra

_Si ¿y?

-Con esa carita de mosquita muerta que tiene. Además es bruta.

_Sí, rico, ¿y?

El tipo se enfurecía y repetía los insultos en voz alta.

“Unos meses después me trasladaron para el anexo de mujeres de la cárcel de alta seguridad de Buga. Un cambio beneficioso porque con las monjas era violencia moral, nos consideraban más pecadoras que delincuentes. Ellas ejercían una represión soterrada que pone las rejas en el alma. En cambio en la cárcel civil había violencia física, pero nos dejaban ser presas políticas: recibíamos visitas, nos entrevistábamos con los sindicatos, con los comités de derechos humanos” (p.130).

“La situación de las mujeres en la cárcel es terriblemente regresiva. Los hombres tienen visita conyugal y las mujeres no. Esa soledad te revienta tarde o temprano” (p.132).

“Uno es guerrillero para lograr cambios para los demás, para luchar por un pueblo, pero también para pasar a la historia, para buscar la trascendencia y no morirse del todo. A otros les da por ser

santos, a nosotros nos dio por ser héroes” (p.140).

“Para los muchachos que han sido guerrilleros pensar en dejar el arma para pasar a ser nadie en esta sociedad es como tirarse al vacío. Dejar el arma es dejar un mundo que se ha construido con tenacidad, es renunciar a unas creencias y convicciones que le dan sentido a la existencia” (p.143).

Comentario: Novela pertinente para el propósito de este trabajo en tanto que expone y narra de manera testimonial las historia de vida de varias mujeres de diferente condición social y edad, que comparten desde su realidad vivida, el haber sido protagonistas o testigos directas de la violencia en Colombia. Es en todo su conjunto la historia de millones de mujeres que en la vida de cada una de estas, se identifica, se representa. Esta novela está cargada de muerte, de dolor, de violencia, de luchas, de exclusión, de situaciones de adversidad y de dominación que atravesaron y marcaron la vida de estas mujeres.

Fecha y lugar de consulta: 05 Enero de 2016. Medellín, Colombia.

Autor de la Ficha: Shirley Patricia Vergara Serrano

Anexo 2. 2: Ficha de lectura No. 2

Echeverri Restrepo, J (2000). *Lápiz de Guerra*. Medellín: Árbol de Tinta.

Ubicación: Biblioteca Carlos Gaviria Díaz.

Colección General Piso 3

Referencia: C863/E18g

Palabras clave: Paramilitarismo, Guerrilla, Violencia en Colombia, Luchas políticas, Cuotas de Guerra.

Resumen del texto:

El autor denuncia de manera exponencial los alcances de la guerra en Colombia y cómo bajo intereses políticos, económicos y militares, se reclutan niños para la guerra. Es una novela que

enmarca la triste realidad que viven las familias y el pueblo colombiano, bajo las amenazas y el actuar de fuerzas ilegales y la ausencia del Estado.

Hipótesis, Tesis, Ideas centrales del texto:

“Mamá es de una figura fina, vivaz, muy bella, atractiva y un poquín vanidosa; papá la adora y la llama devotamente mi loquilla, ella deja ver que le disgusta, pero el día que no la llama así, lo extraña mucho. Talle flexible, andar gimnástico y un pelo hermoso de muchacho que papá celebra con entusiasmo colegial. Enseñanta hábil, su psique niña es de un encanto genuino y se desvela por inculcarnos obediencia eterna al amor con la bondad de un ángel. Belleza y amor son su evangelio y la suma de nuestras locuras” (p.7).

“Con mamá aprendemos a rezar, juntamos con ella las manos y oramos a Dios para bendecir la vida y el camino del amor... ella es piadosa y romántica” (p.11).

“Lola, Felia y mamá, siempre están peleándose por echarse en los brazos de papá y anidar ente su ducho corazón, él las mimma con las caras del amor” (p.15).

“También hace parte de nuestra casa la sirvienta Emira, negra betún, brusca, voluminosa y activa como marchanta de plaza. Es chocoana Quibdoseña (...) Emira habla con severa voz de cotorra vieja y sabia. Es bruja en yerbas caseras. Ejerce con autoridad sus oficios de barrer, sacudir y trapear y si alguno se interpone en el camino de palos y trapos, lanza un gruñido de rector escolar que amenaza expulsión y mamá la respalda” (p.15-16)

“La mayor parte del tiempo andamos corriendo a modas locas tras las novedades de cada época y sus más ociosas ilusiones” (p.36).

“En 20 años pasamos de la agricultura mecanizada a las ganaderías selectivas de mejoramiento genético. Allí junto a pesebreras y barracas va quedando rezagada y guardada avaramente por sus dueños turcos, la vieja chatarra agraria” (p.37).

“No le pida mucho a un pueblo educado entre corralejas y filosofías de vallenatos” (p.38).

“Un día vienen a casa compradores de tierras y fincas (...) Llegan olfateando todo como dueños nuevos del mundo. Miran a Lola con hambre de amor. La hamaca donde yace tendida se mece yendo y viniendo como loca ola de mar. Está enfrascada en filosofías de revista; la falda batiéndose como candela los mantiene alelados” (p.42).

“Entre mis pensamientos aquellos hombres resultaban desagradables, pues manejaban gente como se maneja dinero” (p.43).

“Por el tío sabemos un día que en Batatá y Urrá se concentra gente de guerra, anda entre ellos y luego cuenta secretamente a papá lo que dicen los convocantes montunos. En todo esto se junta mucho recelo por aquellos años y papá y mamá hablan a solas entre sí sobre estos asuntos. Un día nos enteramos en casa que Otilio tiene amigos de guerra y asiste a convocatorias de grupos, sabemos que papá lo encubre por ser su hermano, pero también, discuten y hasta se gritan bellaquerías por asuntos políticos” (p.46).

“Al comienzo del mes el patrón manda de regalo para la hacienda una lavadora con secador. Este nuevo regalo hace que en casa no se vuelva a golpear ropa ni usar manducos. Mamá tiene más tiempo para ella y se ve muy alegre y con la llegada de la lavadora sus manos son cada vez más bonitas y papá las llena de sortijas” (p.52).

“Los muchachos las encuentran irresistibles, encantadoras y ellas están en edad de verse bellas” (p.52).

“Aparecen por la casa los primeros grupos paramilitares, gente de ojo duro, no parece ganado amable” (p.57).

“La vela de guerra arde entonces, por ambos extremos” (p.57).

“Luego del almuerzo, el hacendado Millán pasea por los corredores acompañado de una dama cartagenera, personaje de altas campanillas con sol a todo cuero, versada en música de Mozart y arte italiano. Se ve tan saludable y luminosa como joya de harén (...) Cuando camina su cuerpo parece que dice: hoy soy diamante, mañana rubí, este culo está para la venta muchacho, pero su cara advierte, tu bolsillo no paga lo que vale” (p.63).

“El árbitro de una guerra no es sólo el dinero, la política es el otro polo. Los altares de la guerra son muchos en este país. Pero aunque esta mina la economía no vemos un cambio de manos. Los que mandan tienen corazón político y barrigas de escritorio, los otros para decirlo con todas las letras y a boca llena son delincuentes políticos y nos quieren regalar el paraíso socialista: pobreza para todos” (p.67).

“Los magnates de la guerra en el Sinú pagan sangre, fomentan autodefensas y se mete la guerra” (p.73).

“Esa muchacha es mueble bonito, comenta en voz baja el tío con un cigarro alcanzando el otro” (p.74).

“Hoy cabalgamos sobre la guerra que está entre las grandes miserias del mundo. Si alguna vez fuimos tierra virgen, nuestro carácter agrario anda con fecha de vencimiento encima como mantequilla rancia” (p.74).

“Vivimos tiempos de espanto y la guerra lo devora todo (...) Los días nos caen como demolición. Del mundo que dejamos atrás sólo arrastramos el equipaje de los sueños. Llega el reino de las armas” (p.75-76).

“Todos queremos irnos antes que los paras hagan con nosotros también una tortilla” (p.78).

“Al fin estamos en las manos adecuadas los mocosos mimados de mamá con una buena patada de guerra en el culo, un dolor brutal y listos para marchar. Hemos caído en la batidora armada, pesan sobre nosotros nubes de hierro que nos niegan el presente” (p.79).

“Somos sus marionetas guerreras seis seres confusos” (p.82).

“Mujer de corazón silvestre, emotivamente honrada, nosotros la queremos igual que a su hijo, como primo nuestro. Ella bate la sangre al tío como viva carne de amor. Chilapas que apuestan por la vida, mientras sus hombres juegan a morir” (p.83).

“Uno tras otro nos va entregando a las armas y ellas abren los brazos para recibirnos” (p.83).

“La vida vive en otra parte y para nosotros anda muerta, estamos facturados para la guerra”

(p.84).

“La guerra se ahonda como mala hierba y temo que Otilio la utilice como oferta y regalo de sexo. me entran escalofríos de horror. Lo digo porque en Callejas corren voces de que Otilio Rivero está regalando a la guerra todos sus sobrinos” (p.94).

“Muchas veces vienen a vernos afilando sexo, muchachitas baratas de guerra, algunas guapísimas figuritas frustradas y me da miedo encontrarme entre ellas con Felia en seductoras braguitas y tenis de pobreza para sonreírme luego con emoción lastimera. Siempre me dejan tristes aquellas nenas festivas y sus relinchantes risas con pintura y olor a pecado caliente. Dan mucho pesar su boquitas de neón y sus ojos pedigüeños y dulzones. Me gasto los ojos en otras cosas, pues la guerra nos pone a hilar como novia, pero no voy a casarme con chilapa guerrera. Los chilapos dicen que son calentonas no más y mera comedia de putas” (p.122).

“El terreno para la escuela en las afueras del pueblo lo otorga una junta regional y se levanta con aportes vecinales, ánimo y esfuerzo comunal de los Velasco, y beneplácito regional. Maestra y marido corren al tren de los días y la guerra” (p.114-115).

“Durante la mañana viene Luzdari y organiza los grupos en tres grados. Luego dicta y distribuye lecciones por orden de horario en cada aula. Estoy en el grado más avanzado y le ayudo a organizar los grupos más pequeños. Desde el primer día la maestra me gusta. Es cívica y alegre, bonita, joven, sabe trucos y enseña como mamá sobre la belleza de vivir” (p.115).

“Pablo y Luzdari siempre están en discusión con Israel. La guerra está hecha de recelos. Al comienzo los encontrones no pasan de advertencias y llamadas de atención normales en torno al control del territorio. Pero poco a poco diferencias y roces entre maestra y comandante se vuelven más tensas y difíciles” (p.116).

“Poca cosa más poca cosa menos, alguno de los cholos o el chilapito encargados de vigilarme le deben haber contado que ando organizando un teatro y que soy mano derecha de Luzdari en las actividades escolares. La verdad es que en pocos meses ella se convierte en mi segunda mamá” (p.116-117).

“Después del drama de teatro, Israel viene a verme. Está celoso de la profesora, pues teme me pase al bando de ella y viene a jalarme orejas” (p.117).

“Cada día me gustan menos sus embelecocos de escuela que vienen a sentar gobierno por estas regiones. Aquí vivimos bien sin mandatos de escritura. – Usted sabe Israel que no son embelecocos de gobierno. Esta escuela es gratis, yo misma la fundé y no exijo a nadie ningún sueldo. Lo hago por mi vocación de maestra y porque adoro el campo. Los niños necesitan coger un lápiz para sumar y escribir-. Lápiz el de la guerra. Este es el lápiz de guerra, dice el comandante y señala a la maestra el fusil SAW automático belga que lleva en bandolera y agrega su dicho: A mala sangre, lápiz de hierro y calzón guerrero” (p.119).

“El encanto, grandeza de corazón y festiva energía me gustan. Uno habla así de lo que ama y le chupa el corazón. Sus plegarias como las de mamá abundan en cuentos, su historial, relojito de memorias” (p.119).

“Poco a poco la enemistad entre Israel y la profesora Luzdari agudiza, las discusiones se tornan más duras (...) Las cosas se agravan. Los Velasco trabajan y convierten su parcela en la mejor finca de Guadual y este hecho también trae envidias. Para ese entonces Luzdari ha ganado la confianza de las gentes y esta escuela quita los niños a la guerra” (p.124- 125).

“La guerra no es fácil, en ella todos cagamos miedo” (p.127).

“Yo no dudo de los esposos Velasco Cano y su honradez. Ella es el alma cívica del pueblo y servidora amable de la comunidad. Mujer atractiva y sensible. Es como vivir un rato más con papá y mamá en la infancia de Dios. ¿Qué noticias traerá Pardelo sobre el descaminado universo? Desde aquella hora la maestra sabe que su lucha está pérdida” (p.128).

“¡De aquí no nos vamos, tengo tanto derecho a vivir en este pueblo como usted! El pueblo sabe que nosotros somos vecinos de bien y los niños necesitan una escuela, sus susurros infantiles valen más que cualquier grito guerrero” (p.128).

“¡Pues me quedo y haga lo que quiera! Tengo fe en lo que hago, fe no se vende, miedo sí” (p.129).

“El éxito de la guerra hermano consiste en meterlos a todos en la candela y esto no avanza sino encandelamos la gente. Las armas tienen sus letanías políticas y aquella es una de ellas” (p.130).

“Aquella orden va contra mis sentimientos, pero debo ejecutarla so pena de ser juzgado por traición y desacato. Aunque alguien como Pardelo me empuje a matar, sé que la guerra no es mi oficio” (p.131).

“Cuando la obra está a punto de terminar viene Luzdari corriendo a defender su escuela convertida en un montón de pajas. Al descubrirme como traidor entre la tropa montuna se va llorando a su casa con el rostro entre las manos” (132).

“Esa noche entre la hamaca lloro a solas mi cobardía frente a Luzdari. Veo sus ideales y trabajo convertidos en sucia lástima” (p.133).

“Luzdari busca desesperadamente apoyo entre sus vecinos, pero cada uno se excusa en silencio. No dan apoyo por miedo, toca de casa en casa, pero la gente no sale y hasta se niega a recibirla. Estas son infamias visibles de una guerra. Sus niños lloran que abandone el lugar, Pablo no vuelve a la parcela, pero ella insiste en quedarse, clama a todos en el pueblo solidaridad. Está sola, nadie sabe que decirle. Tanta indolencia popular me pasma, pero más puede con ellos el miedo. Conoce nuestros nombres y los de sus vecinos, más no busca solidaridad, lucha por ella no por lo que ha guerreado, sabe que está sola y no insiste” (p.133).

“La noche del sábado me arrastro a un acto más vil, pues Pardelo y el comancho Israel me empujan a dirigir la quema del rancho familiar de los Velasco” (p.133-134).

“La maestra en embarazo, espera su cuarta criatura. Minutos después llega corriendo, queriendo meterse entre el infierno de la candela. A ella le hiere el alma de dolor (...) trata de meterse entre las llamas, ágil al ataque como un esgrimista y lucha a brazo partido con ellas, me sorprende la bravura de su corazón. Hay un instante en que ataca el fuego a marcha espantable de muerte. Su estado humano es asombroso, parece ganarla a las llamas. Súbitamente jirones de fuego la abaten y el niño que germina en ella le provoca convulsiones de parto. Los dolores azotan el vientre, humo y fogaje la ciega y abochornan, las llamas lamen y devoran su blusa, semeja fiera alucinada delante del torbellino fogoso. La veo retirarse de la hoguera agotada y en convulsiva

desolación. El aire sofocante la asfixia. No hay nada que hacer, su niño de brazos queda atrapado entre las llamas” (p.137-138).

“Nos equivocamos compañero, todo fue culpa de envidiosos y malos informantes, la maestra y su esposo son personas valiosas. -Hay que organizar un personal. Enviarles invitación de regreso y pedirles excusa, no hay nada contra ellos” (p.144).

“No nos engañemos más señor Marchán. Como maestra comprendo bien la lección recibida. Ya que busca explicarse usted me dirá si estoy en lo cierto, escuche: las armas hacen locuras entre el campesinado de la zona, yo sé muy bien con qué les han llenado las orejas, los criminalizaron, sembraron sus cabezas en esta guerra y cosecharon la muerte de mi hijo. Sangre barata y muchos atropellos que se tragarán tanto olvido y el oficio brutal de la guerra” (p.150).

“Luzdari es una malcriada, voy con la misión de presentar disculpas y me echa como perro a la calle. ¡Gente malagradecida por eso les pasan esas cosas!” (p.151).

Comentario: Esta novela es importante para este trabajo, en tanto que deja entrever el fenómeno de violencia que se vivió en nuestro país en una época particular, a saber, a finales de los años 80, los 90 y parte de los años 2000; y cómo la mujer se ubica en estos escenarios, cómo interactúa en ellos. Es una novela que particularmente refleja el surgimiento del paramilitarismo y se desarrolla en el campo del territorio nacional.

Fecha y lugar de consulta: 10 Febrero de 2016. Medellín, Colombia.

Autor de la Ficha: Shirley Patricia Vergara Serrano

Anexo 2. 3: Ficha de lectura No. 3

Bolívar Moreno, G (2005). *Sin tetas no hay paraíso*. Bogotá: Quintero Editores.

Ubicación: Biblioteca Carlos Gaviria Díaz.

Colección General Piso 3

Referencia: C863/B689

Palabras clave: Narcotráfico, Violencia, Prostitución, Sexo; Cuerpo, Mujeres, Violación.

Resumen del texto: El autor muestra la historia de miles de niñas y mujeres colombianas, que se convirtieron en juguetes sexuales de los hombres del narcotráfico. Cómo el poder y la fuerza, pisotean toda una generación a costa de complacer sus deseos sexuales y exaltar su ego de macho. Es la historia de mujeres que sufren los vejámenes de la guerra, ya sea por ambición, por alcanzar felicidad y salir de la pobreza que socava a sus familias.

Hipótesis, Tesis, Ideas centrales del texto:

“Catalina nunca imaginó que la prosperidad y la felicidad de las niñas de su generación quedaban supeditadas a la talla de su brasier” (p.9).

“Paola ascendía sonriente a la lujosa camioneta que la conduciría a una hacienda en Cartago donde, por 500 mil pesos, haría el amor y posaría desnuda para un narcotraficante en ascenso con ínfulas de Pablo Escobar apodado el “Titi” en la playa de una descomunal piscina, al lado de otras mujeres igual de ignorantes y ambiciosas” (p.9).

“A pesar de su corta edad, acababa de cumplir los catorce años, Catalina quería pertenecer a la nómina de Yésica, una pequeña proxeneta, apenas un año mayor, que vivía de cobrar comisiones a la mafia, por reclutar para sus harenes las niñas más lindas y protuberantes de los barrios populares de Pereira”.(p.9).

“El estudio la indigestaba y para ella resultaba de tanta importancia dejar de asistir a la escuela como empezar a ganar dinero a expensa de su inconcluso cuerpo” (p.10).

“Catalina quería ingresar al sórdido mundo de las esclavas sexuales de los narcotraficantes (...) Hasta ese día en que le Tití la rechazó por llevarse a Paola cuyos senos salían de un brasier talla 38, entendió que debía derribar molinos de viento, si era preciso, para conseguir el dinero de la cirugía porque su futuro estaba condicionado por el tamaño de sus tetas” (p.11).

“Catalina comprendió que ponerse bien buena, ante la escasez de busto, la ignorancia espiritual y la lujuria desmedida de los mafiosos, suponía adelgazar de cintura, agrandar sus caderas, reafirmar sus músculos, levantar la cola, alisar el cabello con tratamientos de toda índole, cuidar su bello rostro.”. (p.13).

“La virginidad de Catalina era famosa en el barrio e incluso en algunos sectores populares de Pereira (...) Albeiro la cuidaba como su bien más preciado y juraba ante sus amigos, con una amenaza implícita, que a quién se atreviera a pretenderla, a tocarla o tan sólo mirarla con morbo, podría irle muy mal” (p.13-14).

“No concebía otra manera de clasificar en el gusto, exigente por cierto, de estos personajes acostumbrados a poseer el cuerpo y la conciencia de la niña que quisieran al precio que fuera” (p.14).

“Que los hombres, todos, sin excepción alguna, especialmente los narcos, los políticos, los artistas y los deportistas e incluyendo curas, pastores, místicos, religiosos, profesores de ética, consejeros espirituales, psicólogos, escritores y ancianos decrepitos, eran una partida de hijueputas, mentirosos, lujuriosos, fornicadores, asolapados, cínicos y tacaños, que no podían ser fieles porque una sola vagina los aburría. Que esa era su naturaleza que cambiarla era imposible, que su poligamismo no tenía remedio y que la mujer que no aceptara compartirlos terminaba enloquecida” (p.22).

“Que por su machismo los hombres podían estar con muchas viejas y que para ellos eso era sinónimo de hombría, pero que una mujer no podía estar con varios tipos porque para ellos, la que hiciera eso, era una puta y que a los hombres de esta época ya no les gustaban las putas, aunque de putas estuvieran rodeados sin imaginarlo siquiera” (p.22).

“Vanessa perdió la virginidad a manos de su padrastro a la edad de 10 años. La mamá no quiso

prestarla atención a sus quejas y la castigó por inventar que el cerdo de patillas largas y bigote abundante la acariciaba en las mañanas cuando ella salía a trabajar” (p.23).

“Que antes de entregarse a él se mostrara nerviosa y le sacara un par de promesas con carácter eterno. Que se quejara con escándalo cuando él estuviera tratando de penetrarla, lo arañara, se mordiera los labios y lagrimeara y que, al terminar de hacerlo, le mostrara con vergüenza y orgullo el color de su pureza sobre la sábana” (p.24).

“Interesada en llegar a ser algo más que un juguete sexual que se compra con dinero, Catalina le indagó por las posibilidades que tenía de convertirse en la novia de Mariño, pero Yésica la aterrizó, como siempre lo hacía con argumentos contundentes. Le dijo que ellos nunca se conforman con una ni con dos ni con tres mujeres. Que muchos de ellos podían tener tantas mujeres como días tiene un mes y que a todas les correspondían de acuerdo con su capacidad económica, sus arrestos sexuales y su disponibilidad de tiempo” (p.30).

“Según los narcotraficantes, el problema del narcotráfico no era el envenenamiento de millones de personas en el mundo entero; ni la descomposición familiar de los hogares de millones de drogadictos; ni la fuga de divisas de erario de los Estados Unidos; ni los cientos de jueces policías y periodistas asesinados en México y Colombia; ni los miles de funcionarios públicos y privados infiltrados por el dinero sucio de la droga; ni las aduanas envilecidas, ni la financiación de las campañas políticas con dineros ilícitos; ni la inclusión de militares y policías en las nóminas de los capos; ni el muchacho enloquecido pegándole a la mamá y vendiendo las cosas de su casa para pagar su dosis de crack, éxtasis, marihuana o cocaína; ni la descomposición moral de la nación; ni el desmoronamiento ético de todas las instituciones del Estado; ni la creación de una clase emergente, económicamente muy poderosa, con ansias de poder político; ni la obsesión de los narcos por la tierra; ni las masacres y pugnas internas ente los carteles de la droga; ni el éter, la acetona, y el ácido sulfúrico destruyendo las neuronas del cerebro; ni paramilitares y guerrilleros cuidando cultivos y vendiendo coca para financiar la guerra. No, ninguna de las anteriores (...) El problema del narcotráfico es la envidia que damos, porque nos podemos levantar la vieja más linda, podemos montarnos en el carro que se nos dé la gana y podemos comprarle la cabeza al que queremos” (p.33-34).

“Una niña linda y dispuesta a putearse podía conseguir en un instante lo mismo que un abogado, un médico, un científico o una administrador de empresas, luego de estudiar 20 años y trabajar otros 20” (p.36).

“Cuando el Tití se enteró del inminente arribo de su jefe, tomó a Marcela de la mano y la instó a salir de afán. Marcela, entre cuyas metas se encontraba la de conquistar a un narco más poderoso que el Tití, se negó a abandonar la discoteca, argumentando falsamente, que la estaba pasando muy bien, por lo que el Tití asumió el desafío con firmeza y la tomó de la mano con fuerza para luego atravesar el salón con ella, casi a rastra, ante la sorpresa generalizada de todo el mundo. Y aunque ella le gritaba que dejara de ser amargado y que la dejara quedarse un poco más, el Tití sabía que si Cardona las conocía, a ella y a su hermana, se las iba a pedir, a manera de orden, para su colección personal” (p.50-51).

“Él las miró con deseo mientras hacía comentarios morbosos con su chofer y uno de su escoltas que lo acompañaba. Cuando la avanzada aprendiz de proxeneta le pidió que escogiera su juguete de turno, Tití respondió sin inmutarse que Paola” (p.53).

“Albeiro, al que ahora lo separaban algunos meses de la dicha de poseerla, creyó ganar el cielo y aceptó todas las condiciones de su pequeña y manipuladora novia” (p.65-66).

“Albeiro se la jugó a fondo con caricias y ruegos para lograr que Catalina se le entregara esa misma mañana, pero no pudo, porque aunque Catalina lo deseaba, sabía que entregarle su virginidad a él y no a Mariño significaba olvidarse de su gran sueño” (p.68).

“Los compinches y guardaespaldas de Mariño se peleaban por custodiar el área de la piscina pues sabían que, por lo regular, ellos terminaban metiendo a sus mujercitas al agua (...). Hasta podría decirse, sin temor a exagerar, que muchos de esos escoltas escogieron esa profesión más por lujuria y voyerismo, que por ganar dinero arriesgando sus vidas” (p.69).

“Catalina pensó que la hora irremediable de ser mujer había llegado y se lamentó mucho de hacerlo con un desconocido y en ese, nada romántico, lugar, pero no tenía opción: su único patrimonio en este mundo era su himen y si se lo entregaba a Albeiro como su alma se lo pedía, hubiera perdido la oportunidad de conseguir el dinero para el implante de silicona en su busto”

(p.74).

“Caballo la tomó por los hombros como muñeca de trapo, la tiró con brusquedad sobre el piso y se trepó sobre ella con violencia y salvajismo dispuesto a saciar sus deseos antes de que Mariño lo sacará del delicioso éxtasis con un grito (...) De repente el cuerpo de Catalina se estremeció. Sin lubricación alguna, el bestial hombre la penetró. La niña sintió el peor dolor de su vida. Su boca se abrió por completo como un resorte y sus uñas se clavaron en la espalda de Caballo, ahogando un grito lastimero que atravesó su alma que le arrancó una docena de lágrimas inmensas que rodaron por el cuello del poseído animal que, habiendo entrando en ritmo, no paraba de moverse sobre ella con total angustia, desespero e irresponsabilidad. Su excitación era tal, que en el momento de eyacular quiso preguntarle si ella planificaba, pero prefirió callar para no dañar el momento, sin saber siquiera, que acababa de convertirse en el primer hombre en la vida sexual de la niña”

(p.75).

“Caballo disimuló un poco su disgusto, pero ante el chantaje de sus compañeros instó a Catalina a complacerlos. Le recordó que le tenía el dinero que ella le había pedido, pero que debía portarse bien con ellos, porque si estos lo delataban, Mariño se iba a enfurecer y lo iba a echar como a un perro, matando de paso, la posibilidad de la plata. Incredula y cerrando los ojos, Catalina no tuvo más remedio que complacer a otros dos desconocidos mientras Caballo les lanzaba muecas de triunfo desde la distancia” (p.77).

“Sin importarles el dolor de la niña, Caballo y sus dos compañeros salieron de la pesebrera sonriendo y chocándose las manos (...). Caballo y sus dos amigos se pavoneaban por la finca muertos de la risa contándoles a sus colegas que habían desvirgado a una de las viejas del jefe, como si hubiese sido la mayor hazaña de sus vidas” (p.77-79).

“Catalina le reclamó gritándole que si él la consideraba un trofeo, pero Caballo enmendó su ofensa recordándole que no, que ella le había gustado, precisamente, porque era todo lo contrario a esas mujeres, todas inmersas en un molde estereotipado que las hacía ver, iguales,” (p.78).

“Las niñas prepago, conocidas con ese nombre por la modalidad existente en la época de comprar una persona con regalos costosos, ropa y dinero para que después esta pagara con favores sexuales

las prebendas recibidas. No cualquier niña podía aspirar a ese calificativo. Debían ser niñas de cierta estatura, cuerpos perfectos. Así fuera a punta de bisturí, cabellos largos y bien cuidados, lentes de contacto de colores, ropa costosa más no fina, que para la época capitalizaron dos o tres marcas de confecciones, y un hablado un poco más refinado que el de cualquier otra prostituta definida como tal” (p.84).

“Cardona sabía, por experiencia, que hasta la más orgullosa de las mujeres y la que más aparentara sanidad tenía un precio y quiso comprobarlo mandándole a decir que pusiera ella los ceros en el cheque y las condiciones de su aceptación (...). Cardona se marchó feliz por haber triunfado con sus dólares sobre la soberbia y el orgullo humano” (p.86-89).

“El mismo precio que ya le había puesto a Fiscales, periodistas, abogados, políticos, policías, miembros de la Aduana, del Ejército, del Congreso, de la Iglesia, de la Procuraduría y hasta policías de tránsito. Cómo iba a ser, se preguntaba, que alguien, y menos una mujer, fuera capaz de escapar de sus tentáculos dolarizados” (p.90).

“Yésica tenía la solución a los constantes fracasos de su amiga. Le dijo que el fin de semana siguiente, los duros iban a celebrar el cumpleaños de Morón en una finca y que le habían pedido 60 mujeres, dos para cada uno de los 30 invitados y que le parecía imposible que todos los 30 hijueputas la fueran a rechazar” (p.98).

“Cincuenta y nueve de las sesenta mujeres contratadas, ya ocupaban uno de los brazos de cada traqueteo, menos el izquierdo de Cardona que seguía desocupado esperando con impaciencia a que Catalina apareciera. Cuando Yésica se la señaló, la miró de arriba a bajo, paseó sus ojos por sus piernas y por el valle de sus pequeños senos como si estuviera comprando un kilo de carne y dio la orden de voltearse pintando un círculo en el aire con su dedo índice” (p.102-103).

“De todos modos, Catalina no pasó el examen, Cardona empezó a secretarse y a reírse con uno de sus colegas mientras le miraba el pecho. La niña sentía morir de pena haciendo el ridículo en medio de 59 mujeres tan pobres como ellas, tan idiotas como ellas, tan estúpidas como ellas, pero con las tetas más grandes que las de ella” (p.103).

“Tiene 10 segundos para convertirse en la mujer más puta de Pereira, en el mejor polvo del

mundo. El segundo más duro de todos estos hijueputas que están aquí, la está esperando para que se lo demuestre” (p.103).

“Cuando Cardona despertó, encontró sobre su pecho la cabeza de Catalina y sobre su cabeza los dedos de una niña que lo peinaba una y mil veces con una sumisión de esclava” (p.104).

“Las mujeres que en parejas acompañaban a los invitados tampoco sonreían, al menos sinceramente. Entrada la madrugada y después de cumplir a medias con sus funciones, se notaban afligidas. Como si entendieran, por oleadas de remordimientos, que no estaban haciendo lo correcto. Que la vida era más, mucho más, que encontrar la comodidad en el sacrificio de la dignidad, que el mundo se extendía más allá de las camas y los almacenes que frecuentaban, que sus historias no se estaban escribiendo porque en los anales universales no se registran sino las hazañas, buenas o malas, de hombres, y mujeres dispuestos y dispuestas a cambiar el rumbo de la humanidad sin destrozar su integridad” (p.108).

“Los invitados, por su parte, sólo se diferenciaban de sus esclavas sexuales en dos detalles: se dormían en su silla sin pedir permiso y no daban cabida en sus mentes a remordimientos de ninguna especie. Para ellos lo que hacían estaba bien hecho, no le estaban robando a ningún rico, no estaban infringiendo las leyes de un país justo. Por el contrario, albergaban sentimientos mesiánicos en lo que hacían por el hecho de regalarle a un pobre para una fórmula médica, para un mercado o por el gran número de empleos que generaban sus múltiples inversiones y sus grandes extensiones de tierra” (p.109).

“Seis minutos y medio después de haberle arrancado la promesa de matar a Caballo y pedirle su número telefónico a Orlando, Catalina volvió al lugar donde los 30 amigos de Morón se repartían como baratijas a las 60 niñas” (p.114).

“Cardona la vio alejarse y sintió nostalgia, pero muy pronto se negó con machismo y orgullo esa verdad y volvió a su cama, envuelto en una toalla y pidiendo a gritos una cerveza para el guayabo” (p.115).

“Lo apalearon hasta el cansancio, sobre todo en los genitales, para que jamás se le volviera a ocurrir aprovecharse de una niña. Catalina le pegaba con furia en el pene y los testículos con el

florero que adornaba la habitación (...). El rehén gritaba pidiendo perdón, pero de nada sirvieron sus súplicas. Las mujeres estaban dispuestas a quitarle para siempre el arma con que violaba a las niñas y lo hicieron” (p.130).

“Pero la estampida de los narcos no afectó sólo el ego y los sueños de Catalina por tercera vez ni el bolsillo de Yésica, ni la ocupación de la sala de cirugías de la clínica estética, ni los planes del doctor Benjumea de comprarse un BMW. También afectó las relaciones intrafamiliares de Ximena, Vanessa y Paola, cuyas madres, acostumbradas a recibir grandes mercados y dinero productor del trabajo de sus hijas, se dedicaron a cantaletearlas, día y noche, hasta hacerlas tomar una determinación desesperada y denigrante: trabajar en una casa se citas donde, por muchísimo menos dinero, se acostarían hasta tres veces en la noche con desconocidos de todos los pelambres” (p.133).

“A las madres de Vanessa, Paola y Ximena les fue mejor. A ellas tres sí les volvió el alma al cuerpo, y también el mercado a la nevera. Felices con el retorno del dinero a la casa, ninguna hizo preguntas y todas tres empezaron a regañar a sus hermanitos por no dejarlas dormir en el día. Lo cierto es que con la llegada de las vacas flacas, gracias a la desbandada de los narcos, todas las mujeres que derivaban su sustento y su ostentación de sus ilimitadas chequeras tuvieron que recurrir a diferentes estrategias para no desmejorar su nivel de vida y de ingresos” (p.136).

“Los pensamientos de Albeiro eran tan puros que todos sus esfuerzos mentales se centraban en buscar la manera de poseerla sin hacerle daño, en desflorarla sin dañar sus pétalos, en hacerla suya sin infringirle dolor” (p.153).

“Albeiro no sólo no le hizo caso sino que la violó, bajo su propia complacencia, otro par de veces, argumentando que la culpa era de ella por conservarse tan linda y deseable, y también por abrirle la puerta de la casa a sabiendas de sus intenciones y mentiras” (p.157).

“Según una descripción que hiciera mi amigo días después para una revista, ellas lucían muy hermosas, muy protuberantes, muy elegantes, muy ignorantes, muy perdidas, muy subidas, muy plásticas, muy esclavas, muy dependientes, muy objetos, muy estúpidas, muy locas, muy pendejas, muy equívocas, muy lobas, muy ingenuas, muy desubicadas, muy sucias, muy indignas, muy

denigradas, muy pusilánimes, muy degradadas, muy básicas, muy arruinadas, muy angustiadas, muy ambiciosas, muy inescrupulosas, muy resumidas, muy infladas, muy costosas, muy desperdiciadas, muy desenamoras de sí mismas” (p.175-176).

“Nadie volvió a pasear, nadie volvió a cenar en los restaurantes de las afueras de Cali, Pereira o Armenia y los novios no volvieron a llevar a bailar a sus novias a lugares nocturnos y discotecas temiendo que se repitiera la horrible historia de comienzos de la década de los años 90 cuando los narcos se las arrebataban a las malas por el solo hecho de ser bonitas o estar buenas” (p.212).

“Desde una de las mesas de atrás, un hombre de aspecto prepotente, tenía, o mejor, creía tener el poder y el dinero suficiente para hacerla suya en el momento que quisiera (...). El hombre de aspecto prepotente y cara de asesino, que no era otro que el mismísimo Cardona en sus épocas de traquetico principiante le hizo el amor a la desdichada Argenis toda la noche. Ella, que también estaba muerta por dentro, no dijo una sola palabra. Sólo lloraba la muerte del ser que más amaba en la tierra. Ni siquiera tuvo tiempo de darse cuenta que cuando el hombre de aspecto prepotente y cara de asesino se cansó de hacerle el amor se la dejó a sus cuatro escoltas para que hicieran con ella lo que quisiera. ¡Y lo hicieron! La tuvieron todo el día como muñeca de trapo haciendo y deshaciendo con su cuerpo” (p.214-215).

“Argenis fue abandonada en un paraje solitario de la carretera que de Cali conduce a Jamundí. La policía la encontró demacrada, deshidratada, callada, ensimismada, acabada, muerta en vida, sin ganas de vivir, sin ganas de morir, violada, sin lágrimas, sin aliento de cerrar los ojos, drogada, vilipendiada, ultrajada, desnuda, despeinada, embarazada, sin ilusiones, sin sueños, entregada... ¡Pérdida total!” (p.215).

“Cuando el Tití vio a Catalina con las tetas grandes se obnubiló. Sintió vergüenza pensando cómo decirle que, ahora sí, estaba muy buena, que ahora sí clasificaba y que la quería, no para su vida pero si para un instante de ella (...). Durante tres meses seguidos, semana tras semana, la feliz adolescente se paseó por todas las fincas, casas y apartamentos, búnkeres, haciendas, caletas, celdas y condominios de un sinnúmero de mafiosos que, sin embargo jamás contemplaron la posibilidad de hacerla su novia, precisamente, porque su doble moral les impedía formalizar una relación con una mujer, que aunque bella y protuberante como la impulsaron a serlo, rayaba en la

prostitución” (p.216-217).

“Fueron tres largos meses durante los cuales se paseó sonriente y realizada por las camas de los traquetos de Cartago, Pereira, Medellín, Cali, Bogotá, Villavicencio, Montería, Cartagena, Girardot, La Picota, La Modelo y Combita (...). Vivió una época decadente y efímera de esplendor al debe, aunque para ella fuera la más maravillosa de su vida, el cumplimiento pleno de sus sueños” (p.218-220).

“Me habló de las tetas de colores y usadas que le puso Mauricio Contento para llevarla a su cama. De la tetas talla 40 y sobre una cirugía reciente que le hizo un falso médico de nombre Alejandro Espitia para llevarla a la cama. Las cosas que le otorgó Marcial Barrera, incluido su estatus de mujer casada, para llevarla a la cama. De las artimañas de Albeiro para no revelar su gusto por doña Hilda antes de llevarla a la cama. De hecho, y haciendo cuentas sobre la dependencia de los hombres de las vaginas, se preguntó aterrada en medio de su disertación: ¿Qué hubiera sido de ella si no hubiera tenido una?” (p.286).

“Durante el viaje a Islas Faroe le escuché a un colega, que su hija de 16 años, que estaba terminando el bachillerato, le había pedido como regalo de grado el implante de silicona en los senos. No me sorprendió tanto la petición de la niña porque al fin y al cabo los narcos, la vanidad y los medios de comunicación ya les han creado, a casi todas las mujeres, la necesidad de obtener una figura protuberante” (p.305).

Comentario: En esta novela es posible evidenciar un período que en Colombia fue cruel y doloroso, por las lógicas operacionales y fuerzas como las del narcotráfico que hoy día siguen estando vigentes; y cómo a partir de este fenómeno, varias esferas de la vida en sociedad fueron profundamente permeadas; y cómo la mujer bajo una visión androcéntrica y dominante es considerada simplemente como objeto sexual.

Fecha y lugar de consulta: 26 Febrero de 2016. Medellín, Colombia.

Autor de la Ficha: Shirley Patricia Vergara Serrano